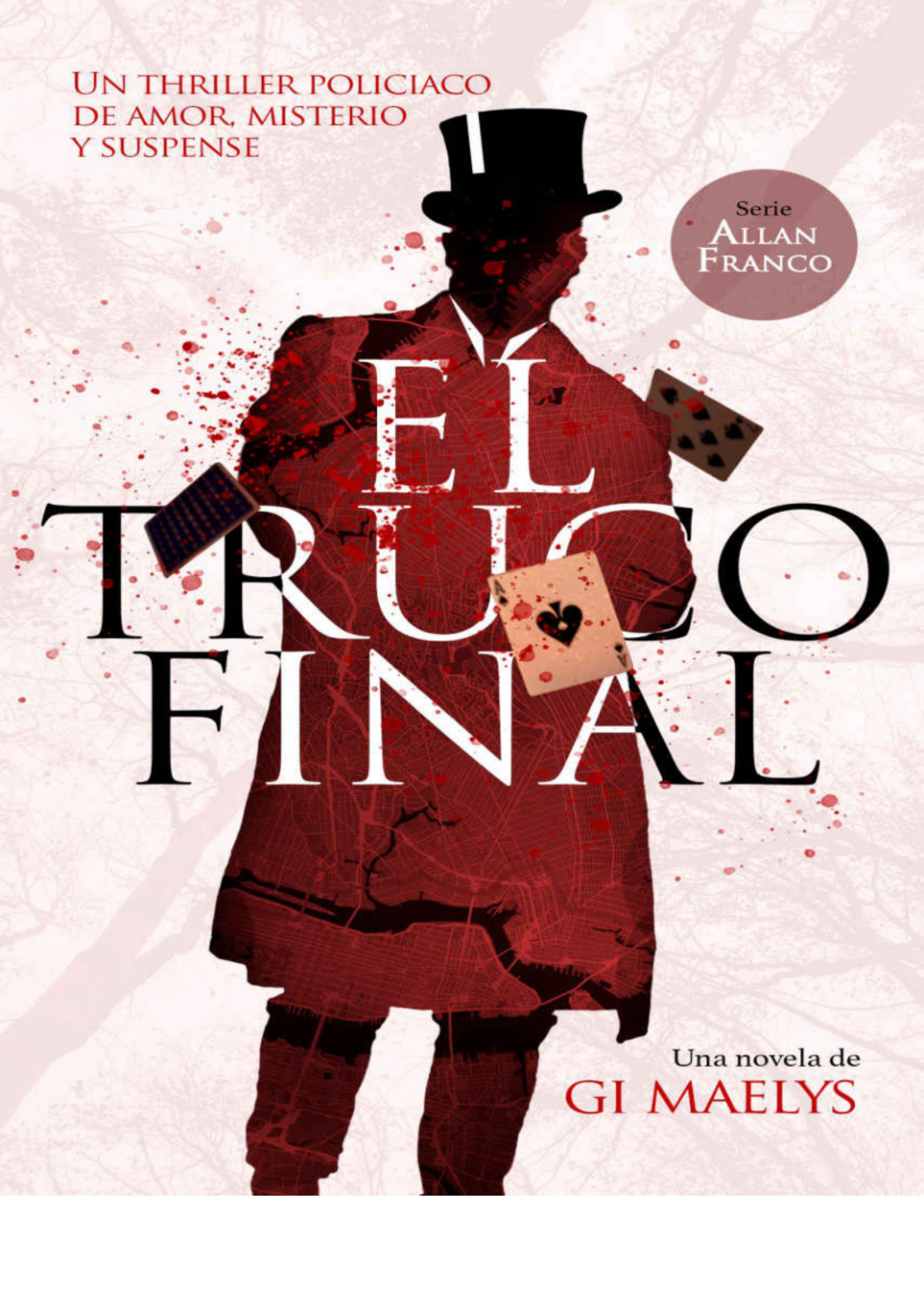

UN THRILLER POLICIACO
DE AMOR, MISTERIO
Y SUSPENSE
Serie
ALLAN
FRANCO
EL
TRUCO
FINAL
Una novela de
GI MAELYS

# El Truco Final

GI MAELYS

Portada realizada por Pedro Tarancón

Correcciones, Ana Vacarasu

La pregunta no es cómo, sino cuándo.

—Mikkel
(Dark)

# 1

# MORIR POR ARTE DE MAGIA

La muerte de su hermano fue lo primero que a Allan debió haberle indicado que algo no iba bien. Y no por el dolor generado, sino por las extrañas circunstancias bajo las cuales había muerto.

Los médicos afirmaban que había sufrido un paro cardíaco, pero el corazón de su hermano siempre había funcionado muy bien.

Aquel evento, sin duda marcaba el regreso del asesino de los trebejos. Aunque en ese momento, Allan Franco se negó a aceptarlo.

Él mismo se había convencido de aceptar lo dicho por los doctores. Y por el estado de shock en el que se encontraba, decidió no investigar a profundidad la muerte de su hermano.

Desde entonces, no existió día alguno en el que los recuerdos no volvieran. Presentándose ante él con el dolor suficiente para sofocarlo y apretujarle el corazón hasta dejarlo frío.

Desde ese día Allan permaneció inactivo. Reconocía que le hacía falta una nueva aventura, enfocar la mente en otra cosa y olvidar, sobre todo olvidar.

—No fue tu culpa —se dijo una y otra vez, quizá para convencerse de estar bien.

Había pasado un mes, pero las insistencias de sus allegados por pasar página y olvidar el evento, lo obligaron a tomar un viaje que tanto había postergado.

Podía decirse que ahora se sentía más revitalizado, capaz de tomar un viaje, pero solo aparentaba. Él estaba consciente de que, para olvidar, había que centrarse en otra cosa, cambiar de aires y viajar.

Pues bien, eso era lo que hacía.

Allan Franco era un hombre violento —o por lo menos era la primera impresión que daba al tenerlo frente—, castaño, de espalda ancha y fornido. En su mirada albergaba gran intriga —respecto a su persona—, algo oscura, con una profundidad inmensa; hechizaba.

Un inspector de poca paciencia o más bien, enfocado en los detalles y en lo realmente importante dentro de una investigación, aspecto altamente encantador de su personalidad. Aquello que le llevaba a ser poco tolerante ante las banalidades. Un hombre analítico

y observador, ya podrá intuirse. No era Auguste Dupin, en absoluto, pero tenía un poco de él. Tampoco era un máster en la intuición, tan solo tenía un modo peculiar de atar cabos.

Como todos, un ser humano con defectos, errores y fisuras.

Además, como en varias ocasiones lo llegó a pensar, su presencia infundía miedo en los interrogatorios. Podía jurar que era aquello lo que hacía hablar a cualquier testigo que tuviera frente a él.

Había pasado tiempo desde su último caso, la humanidad había dado la bienvenida a un nuevo año. Los festejos y las ilusiones, pronto quedaron atrás.

Los críos tenían vacaciones, descansar y pasarlo bien era primordial, el momento adecuado para viajar.

—No puedes dejar pasar la oportunidad —le dijo su subalterno aquella mañana en la comisaría—. Mira, aquí todo estará bien, relájate, descansa hombre y olvida los problemas. ¡Son vacaciones! Ha pasado mucho desde…

—Sí, lo sé, pero… —expresó buscando una razón para evitar relajarse.

—Lo has estado postergando. Siempre dijiste que era un sitio al que podías volver sin pensarlo.

—Ya, no hace falta que me lo recuerdes… —suspiró reconociendo que estaría bien. Después de todo había pasado mucho tiempo y había llegado el momento de seguir adelante—. Lo haré.

Y esa misma tarde, contactó a un colega más, hizo reservación en un hotel y compró un boleto para viajar en tren a la mañana siguiente.

El sitio al que se dirigía era una villa en la que vivía su más entrañable amigo, un gendarme de muy buen prestigio con el que había entablado amistad, luego de haberlo conocido en una convención.

En aquel entonces le bastaron pocas semanas para caer embelesado ante la arquitectura del sitio y para conocer a Lucas, el gendarme. Empero, jamás había encontrado el momento adecuado para volver, hasta ahora.

Aquella era la primera vez en largo tiempo que recurría al tren, poco recordaba sobre una experiencia apacible, carente de misterio y un viaje ligero.

Una vez dentro, Allan Franco percibió que sería diferente. El ambiente era agradable, con el interior en tono marfil, el piso ocre y algunos sillones que a simple vista transmitían comodidad.

Ante este panorama, pronto se encontró caminando a lo largo del pasillo, hasta situarse sobre uno de los asientos para iniciar el viaje.

Con la ventana abierta prosiguió a echar humo por la boca, mientras frente a sus ojos, y a una distancia considerada, contemplaba un pequeño artilugio de metal que sostenía entre el dedo índice y el

pulgar; objeto que a primera vista carecía de función, aunque una vez en manos, el fin por el que había sido creado podía percibirse. Se trataba de un encendedor de gran valor sentimental. Obsequio de su hermano.

El motivo, más allá de visitar a un amigo por camaradería, era para olvidar el dolor del último mes, para despejar la mente y desconectar del mundo por tan solo un momento. Decisión tomada por Camille, su pareja, aunque Franco lo consideraba más bien, innecesario. Lo había superado, quizás una semana atrás, pensaba él. Además, sabía que eran cosas que pasaban en la vida, que uno no permanecía vivo hasta la eternidad.

Ante los minutos transcurridos, el sonido de la locomotora, las ruedas del tren sobre los raíles y una que otra cavilación, pronto se encontró moviéndose entre fascinantes calles adoquinadas. Con la naturaleza entrelazándose sobre las construcciones, todas ellas dotando a la villa de tan inverosímil apariencia.

Se preguntó entonces, ¿por qué no había vuelto antes?

Pocos turistas había por el sitio, eso lo supo por el acento y las conversaciones que pudo escuchar durante su trayecto. Sin duda, un sitio tranquilo. Característica que horrorizaba aún más. Si Allan tenía algo muy claro, era que no podía existir un lugar tan tranquilo, que tarde o temprano la templanza terminaría y una catástrofe podría surgir. No lo premeditaba, pero su trabajo como inspector le hacía pensar en ello.

No obstante, se tomó el tiempo para descansar y disfrutar de la belleza, para respirar con dulzura y degustar de un aperitivo mientras contemplaba todo desde la terraza de un café.

Aspiró con anhelo dándole la razón a Camille. Era la primera vez que se distanciaban y aunque no lo reconocía como un problema, le molestaba mucho no poder acompañarla durante su visita a la casa de sus padres. Franco era un hombre que se había ganado su confianza y al que le gustaba hacer acto de presencia en las conversaciones familiares. Sin embargo, comenzaba a reconocer las ventajas de una nueva aventura.

Caído el atardecer, fue cuando encontró por uno de los callejones de vuelta a su hotel, un tumulto de personas expectantes a un evento que deslumbraría a cualquiera.

Movido por la intriga y el ajetreo, se aproximó a ellos para saber de qué se trataba. Y haciéndose espacio entre la multitud, pronto logró inmiscuirse sin ningún problema hasta llegar a la parte frontal. Frente a él se encontraba un joven que guardaba cierto misterio, posicionado sobre una tarima para que el público pudiera observarlo, con cartas sobre las manos, realizando un truco de magia.

En aquel momento y movido por la curiosidad, el inspector logró

vislumbrar algo fuera de serie: ¡una carta pendía entre las manos del mago! El truco parecía impresionar a cualquiera. El hombre lo sabía y aprovechaba la estupefacción para hacerse de alardes y aplausos. Aunque el mérito no podía quedar ahí, pobre sería si así lo hiciera. Había que probar su credibilidad, y el joven no encontró mejor manera, que la de animar a un espectador a palpar por encima y por debajo de la carta, con la intención de demostrar que no había ninguna especie de hilo o artefacto que la sostuviera.

—Bien pensado, excelente estrategia —susurró Allan con media sonrisa.

El suceso ya causaba impresión, los aplausos y las facciones sorpresivas, pronto surgieron entre los presentes. Después de esa acción, pocos se atreverían a refutarlo. Ver para creer, como comúnmente se escuchaba decir. Y eso era lo que había ocurrido, todos lo vieron y todos lo creyeron, a excepción de Allan quien, movido por la intriga y la necesidad de poder explicarlo, permaneció ahí, observando algunos trucos más.

Para él eran eso, trucos. Porque todo tenía explicación. Para un ser analítico, observador y fiel a la lógica, pronto descubrió el modo en el que el mago actuaba. Sonrió y pensó en lo bueno que sería aprender al respecto.

Sin más, continuó su caminata hasta el otro extremo del callejón, momento en el que logró visualizar a su amigo, un hombre que, con paso decisivo, marcaba su dirección hacia el hotel en el que Franco se hospedaba, quizás en su búsqueda, así que apresuró el paso para alcanzarlo.

—¡Lucas! Qué gratitud volver a verte —gritó impidiéndole la entrada al recinto. A su vez, Lucas detuvo el paso, giró el rostro y se aproximó a su encuentro con una enorme sonrisa.

—¡Allan! —expresó con gran emoción recibiéndolo con un fuerte abrazo—. Estaba por preguntar por ti, como no habías acudido a mí, pensé que habías reculado en el camino —mencionó con guasa recordando lo mucho que había tardado hasta acceder, por fin, a visitar la villa.

—Ganas no me faltaron luego de verte —respondió con gracia acompañada de una corta carcajada—. Tan solo me tomé el tiempo y me detuve a observar el sitio. La arquitectura me sigue pareciendo maravillosa, la apacibilidad en las calles, el aroma hogareño en los locales... Todo eso me trae buenos recuerdos —habló con nostalgia emprendiendo el paso—, pero no me dejes hablar a mí, vamos, así me pones al tanto.

Y dirigiéndose calle abajo, Allan sacó una caja de cigarros, junto al encendedor metálico que guardaba en el bolsillo interno de su chaqueta. Segundos después, se apresuró a prender el pitillo y luego le

ofreció uno al hombre que caminaba a su lado.

Lucas era tan alto como Allan, el peinado hacia atrás y su barba corta cuadrada, le asemejaban al mismísimo David Harbour, aunque con algunos años menos.

El manto estelar y las luces de las farolas pronto los acompañaron en su caminar, la gente pasaba a sus costados, algunos iban, otros venían, y a pesar de todo, el ambiente seguía sereno. Quizá más que durante el día.

Pasó largo tiempo luego del apacible silencio que los envolvió, hasta que finalmente Allan Franco se atrevió a interrumpir el pensamiento de su compañero, quien ya se veía bastante ensimismado por la caminata y el humo que soltaba en el aire.

—¿No es aquel el destino de un buen mago? ¿Morir por arte de magia? —formuló con tremendo interés ante lo que Lucas pensaba.

El gendarme detuvo el paso, soltó una bocanada de humo y lo miró con inmensa curiosidad. Asimilaba lo que el inspector le había revelado. Parecía analizarlo con la mirada, estudiaba sus movimientos y trataba de descifrar el crucigrama que Allan resultaba ser.

Y en su afán por encontrar respuestas, en sus recuerdos prontamente comenzó a retroceder sobre su posible habla —que quizás hubiera podido omitir, y que le hubiera dado ciertos elementos al inspector para realizar tremenda conjetura—, pero no encontró nada. Inhaló una vez más y prosiguió convencido de no haber dado pie a la conversación.

—Ya lo creo, así debería ser o por lo menos eso es lo que… —Se detuvo nuevamente sin poder omitir el suceso. Estaba seguro de no haber dicho nada en largo tiempo, ni de mencionar cosa alguna sobre los magos, por lo que no podía sacarse de la cabeza, el modo en el que Allan había llegado a dicha conclusión—. Disculpa, espero que no me malinterpretes, pero me gustaría saber ¿cómo es que has intuido que pensaba en…?

—¿Messier Gromund? —reveló con sagacidad, comprendiendo que Lucas necesitaba una prueba contundente ante sus pensamientos desvelados.

—¡Sí! ¿Acaso lo conoces? —inquirió alarmado, reconociendo lo insólito en la afirmación—. Y, además, ¿cómo sabes que ha muerto? La investigación ni siquiera ha comenzado —expresó con horror.

—¡Alto! No quiero perturbarte, ha pasado tiempo desde nuestro último encuentro, reconozco que soy más observador, mi labor lo demanda… pero por lo que me has revelado, sé que he intuido bien.

—¡Vaya que sí, has acertado y de un modo descomunal!

Caminaban por una calzada más amplia, con el viento soplando sobre sus rostros. El cigarrillo estaba por terminarse.

Si Allan no erraba, estaban dirigiéndose hacia el teatro de la

comunidad y ya intuía lo qué estaban a punto de hacer.

—Bien, ya había vislumbrado a un mago antes de encontrarte —comenzó con la explicación—, la situación me pareció más bien superflua, hasta que conversamos sobre las cosas que habían cambiado por aquí. Tú lo mencionaste antes de caer en silencio, de entre tanto señalaste que, a pesar de los cambios, la villa te seguía pareciendo mágica, alucinante y digna de conocer. Ya me explicabas sobre los lugares a los que debía asistir: el museo, en el que gracias a un boletín que tomé del hotel, supe que la exposición versaba sobre los magos más célebres del lugar. Y el teatro, en el que esta noche se presentará uno de los magos más importantes del sitio…

—Incluso aunque fuera posible, en ningún momento mencioné la muerte del mago —lo interrumpió con extrañeza.

—Es cierto, no lo hiciste, pero en tu habla estuvo la palabra “mágico”, y los sitios de los que me has hablado, por raro que te parezca, los relacionas con el mago, eso por el ambiente generado del suceso de hoy. Cualquiera hubiera pensado en magia, incluso yo lo hice cuando me hablabas de aquellos lugares. Imposible no aludir a ellos en este momento.

»Pero hubo algo que me hizo afirmar las sospechas, justo antes de ensimismarnos en el silencio. Cuando ante nosotros, se aproximó un joven con sombrero y capa negra. Lo recordarás porque se interpuso entre nosotros con rapidez, quizás hubiera olvidado los boletos para ingresar al teatro, no lo sé.

»Giraste la mirada y no la volviste al frente hasta que se perdió entre la multitud, te vi hacerlo. Caíste en silencio, ahí corroboré que pensabas en el mago, pero ¿en quién? En uno de muchos, pensé. Y no fue hasta segundos después, cuando te vi reparar en uno de los carteles de “El Gran Messier Gromund”. Así estaba escrito en el promocional. E instintivamente, miraste hacia el cementerio, apenas visible desde el punto en el que nos encontrábamos. Intuirlo no fue complicado. Y pensé ¿por qué habría muerto si nos dirigíamos a presenciar su acto?

»Entonces, me percaté de que nos dirigíamos al teatro para corroborarlo. Aunque aún no sé por qué lo corroboraríamos. Ha sido ahí cuando me he animado a hablar, en espera de que pudieras revelar algo que aclarara mi mente.

—Y has dicho: “¿No es aquel el destino de un buen mago? ¿Morir por arte de magia?”

—Sí, y ahora que sé que pensabas en eso, ¿por qué intuyes que está muerto? —intervino tomando ventaja en la conversación.

—No lo intuyo yo —explicó girando a la derecha para comenzar a subir las escalinatas que los llevarían a la entrada del teatro. Un lugar en estilo neoclásico, con columnas sosteniendo una serie de arcos con

cúpulas naranjas. Al centro y por encima de ellos, el nombre del recinto en letras mayúsculas blancas, haciendo contraste con el negro del teatro. Por debajo, los accesos aún cerrados, adornados con largas filas de fanáticos, en espera del evento: “El Truco Final”—. Me lo han dicho esta mañana en la comisaría. Ha llegado un hombre afirmando ser amigo del mago y me ha dicho que el martes, durante su último acto de escapismo, Messier no acudió a verlo… razón suficiente, según él, para pensar que está muerto. Aunque ya le he dicho que no puede ser posible, porque se ha estado haciendo promoción del *show*. Me ha costado convencerlo de lo contrario y me he comprometido a asistir al evento para corroborar que estará ahí.

—Y como es de suponerse, hasta ahora todo apunta a que estará ahí, ¿no es así?

—Sí, eso parece. Pero no lo sabremos hasta verlo salir al escenario… Me disculpo por arruinar tus vacaciones o, mejor dicho, tu noche, que ya puedo anticipar no habrá motivos para comenzar una investigación.

—¿De qué hablas? Si esto es mejor que sentarme a ver el televisor —mencionó entusiasmado por la pesquisa.

—Me parece que no es necesario pedírtelo, pero en caso de ser cierto lo que me han dicho, ¿podrías…?

—¿Asistir en la investigación?

—Sí.

—Por supuesto. Estaría desilusionado si luego de todo lo que he conjeturado, me pidieras no involucrarme —expresó consciente de lo mucho que un caso, podía ayudarle en pasar página a un evento que prefería no recordar.

Caminaban rumbo a la taquilla, aprovechando los minutos disponibles antes de abrirse las puertas. Toda una euforia podía percibirse alrededor, los oficiales a cargo del acceso, reflejaban el estrés del momento en sus rostros. Y una fila en menor cantidad, estaba en espera de los últimos asientos.

Allan y Lucas pertenecían a esa fila, no tenían el pase y de llegar a acabarse, tendrían que pasar al plan B: mostrar la placa.

No obstante, la suerte estaba de su lado. En cuanto llegó su turno, el hombre que atendía los miró con asombro y cierta emoción, tan solo para informarles que habían adquirido los últimos boletos.

—No se preocupen, los últimos lugares también son buenos, tendrán buena vista. Lo que cuenta es estar ahí —expresó animándolos a ver el lado positivo—. Además, son los últimos boletos, muchos morirían por ellos.

—Ya, tampoco es para tanto —expresó Lucas aguantando las ganas de reír—. Buenas noches —dijo con claras intenciones de aproximarse a una de las filas de acceso.

Ahora, ambos tenían el pase para presenciar el acto de magia del Gran Messier Gromund, en un evento que el mismo llamaba “El Truco Final”.

¡Vaya delirio y horrenda coincidencia! De pensarlo muerto el nombre del evento podría tener sentido. Allan pensaba en eso mientras contemplaba el promocional, el augurio era irrefutable.

Decenas de espectadores se reincorporaban haciendo fila en los accesos. En menos de cinco minutos las puertas se abrirían para brindarles la oportunidad de presenciar el mejor acto de sus vidas.

—¿Crees en la magia? —preguntó Lucas al inspector mirándolo de reojo.

—Te seré sincero, soy escéptico a la magia, creo que son trucos que ignoramos y que ese es el motivo por el que caemos asombrados, aunque no lo descarto para impresionar y sacar partido de ellos.

—Ya lo creo, aunque me parece que aún no has presenciado un buen acto de magia, quizá tan solo los has observado en una pantalla —expresó con un ápice de gracia—. Verás, hace algunos años incursionaron en la villa, por aquí no los veías, tan solo en televisión y eso con suerte. Pero Messier Gromund llegó a deslumbrar con su magia —explicó con bastante emoción—, un originario de la villa que a temprana edad viajó al extranjero. Se cuenta que fue ahí donde surgió su interés por la magia. Estudió y perfeccionó su talento, llegando a triunfar en muchos sitios, más de lo que algún otro lo ha hecho. Así es la fama.

—Y volvió a su pueblo natal para compartir los logros…

—Sí, en cierto sentido. Al principio pocos acudían a verlo, pero pronto su fama se expandió, cruzó algunas fronteras. También yo solía ser escéptico a sus trucos, y ahora me resulta difícil saber cómo los hace. ¡Va más allá de lo que hayas visto jamás!

—Puedo intuir que hay una probabilidad de cincuenta-cincuenta entre simpatizantes y detractores. ¿Podría alguien asesinarlo?

—¡Shhh! —mencionó con rapidez asegurándose de que ninguno de los que estaban a su alrededor, los hubieran escuchado—. No des nada por sentado, no lo sabemos aún, puede que ese hombre me haya querido tomar el pelo y que, en su defecto, nada con Gromund haya ocurrido.

—Seguro, lo tengo claro, pero de ser posible… habrá que despejar el terreno.

—Ya, eso seguro. Ahora te parece mucho porque no sabemos ni siquiera si ha muerto, y de ser así, en dónde, pero te aseguro que no pasará a más. Disfrutaremos de un buen acto y luego iremos a descansar, a disfrutar de estas vacaciones. Por cierto, no ha venido Camille… ¿sigues con ella?

—Sigo con ella. No hables de eso como si hubiera sido una mala

decisión…

—No lo hago, vaya que no. Camille es maravillosa, excelente mujer has encontrado.

—Basta, no quieras arreglarlo… —mencionó irritado—. No ha venido, está con su familia. Acordamos viajar en diferentes direcciones, luego me encontraré con ella, a finales del mes, una vez termine mi estadía en este lugar.

—Ya…

—No tenemos problemas si es lo que intuyes.

—¡Qué va! Si no he intuido nada —soltó con una carcajada incontenible.

—¡Anda ya! Camina —dijo golpeándole el hombro al ver que la fila comenzaba a avanzar frente a ellos.

Las puertas habían abierto, el acto estaba por comenzar y la emoción entre el tumulto ya se hacía visible.

Cuando el inspector y el gendarme llegaron al acceso indicado por sus boletos, gran parte de los espectadores ya se encontraban ahí, por lo que les fue complicado transitar entre las filas hasta sus asientos.

Durante el trayecto de las puertas de acceso hasta su lugar, el inspector logró escuchar conversaciones en las que los fanáticos auguraban sobre el acto. Algunos de ellos, incluso afirmaban que sería un acto descomunal, tenían altas expectativas luego de la última vez en la que el mago se había presentado en el teatro. Los testigos aseguraban que realizaría un acto en el que se esfumaría ante la vista de todos. Su acto estelar.

La situación le sorprendió, aunque en su cabeza, Allan ya pensaba en cómo podría hacerlo. No podía evitarlo, la lógica se apoderaba de su raciocinio.

Frente a él le fue imposible no reparar en la fachada del sitio, con rombos negros sobre una pared blanca, o quizás fueran líneas blancas dibujando rombos sobre un inmenso lienzo negro. Por encima, las cosas no eran muy diferentes, el lugar guardaba la misma apariencia, a excepción de algunos rombos horizontales que sobresalían del techo, para emanar luz al recinto entero. Al frente y un piso por debajo: el escenario. Con un telón rojo guardando el misterio por detrás de él.

La vista era buena incluso en las últimas filas, pero las perspectivas cambiaban en cualquier punto. De cualquier manera, les bastaba con verlo y saber que estaba vivo.

Cada uno, ahora sentado sobre un cómodo sillón de terciopelo, esperaban impacientes el momento en el que el mago saldría al escenario para deslumbrar con sus actos.

Para Lucas significaba librarse de un caso y para Allan, darse la oportunidad de ser sorprendido. Todos tenían algo que ganar, cada uno estaba ahí por su propio interés.

Con las emociones al borde y el ferviente frenesí dentro de sus cuerpos, fue cuando las luces se apagaron y ante ellos el telón se abrió.

De pronto, un hombre de mediana edad, alto, con una barba en candado, atiborrado de fijador, esbelto, trajeado, con los zapatos negros, lustrados y con una suela muy característica: roja como la corbata y el chaleco que llevaba. Deslumbrante en vestimenta y aspecto —quizá Tom Ellis fuera lo más cercano a él—, apareció frente a ellos.

Con una serenidad característica de los magos, con el suspenso formando parte de su personalidad, con el caminar y la intriga que ya podía suponer, se presentó ante ellos apenas diciendo nada, pero ya podía saberse que había dicho mucho.

Dentro de sus actos solo había uno por el que todos esperaban, aquel que no imaginaban llegarían a presenciar al instante: escapismo en cajas de cristal. El resto de los trucos se realizarían después del gran estelar.

Acto seguido, bajaron las cajas, tal como el inspector lo había escuchado en los augurios de los fanáticos. Los artefactos pendían del techo despertando tremenda intriga y gritos de euforia entre los presentes.

Sin esperar más, Messier Gromund reveló que realizaría un truco de escapismo.

El suceso que Allan ya había estado formulando en su cabeza, pronto se desvaneció, tendría lógica si las cajas hubieran estado en el piso. Ya podía suponer que habría un escotillón por donde podría escapar para salir al otro lado, pero con las cajas suspendidas en el aire, lo que había estado pensando, simplemente, quedaba descartado.

Impresionado ya estaba, pero otra cosa era verlo y eso aún no sucedía.

—Ya te lo había dicho, ese imbécil me ha tomado el pelo. ¡Míralo, ahí está el Gran Messier Gromund! Quizás esa fue su manera de hacerle promoción al *show* —mencionó Lucas riendo—. Y ahora, prepárate para vislumbrar un buen acto de magia —finalizó sin poder contener el entusiasmo, mientras se reconfortaba en su asiento.

Sin premura, un par de asistentes le colocaron a Gromund una camisa de fuerza, la ajustaron muy bien y luego fue introducido a la caja de cristal, que comenzó a subir a la altura de la otra.

En la pantalla inició la cuenta regresiva y la efusividad de los espectadores no se hizo esperar. Gromund comenzó a moverse. Un mago debía tener buen control de sus emociones y del estrés —pensó Allan—, al notar el nerviosismo en la gente y el esfuerzo de Messier por salir vencedor.

Estando ya a poco de liberarse, fue posible notar cuando una de las cuerdas que sostenían la caja en la que se encontraba, comenzaba a incendiarse.

El suceso fue aplaudido al instante tras pensar que formaba parte del acto, y así lo pensaron todos hasta que el fuego arrasó con prontitud hacia el telón, consumiéndolo todo a su paso.

Messier seguía dentro pero ya no concentrado en el truco, pedía que lo sacaran, aunque sus súplicas fueron en vano, nadie pudo ayudarlo.

El recinto pronto estuvo en llamas y en medio de la evacuación y los gritos, la caja de cristal se estrelló contra el piso, provocando un fuerte alarido. Para salvar al mago poco se pudo hacer, la segunda caja cayó y con ella el telón, los ornamentos, las luces y toda la estructura sobre ella.

La situación fue terrorífica. Entre los escombros se podía escuchar un grito desgarrador. Era Messier Gromund quien, imposibilitado por salir, no vio más que la muerte en su esplendor.

Las intenciones por salvarlo fueron inútiles, había quedado en medio de una llameante brasa que impedía el acceso de alguien sin protección. No obstante, sus seguidores se arriesgaron, pero sin conseguir llegar hasta él, tan solo llegando a sufrir fuertes quemaduras que los obligaban a recular a medio camino.

El equipo de bomberos y la Policía llegaron minutos después. Se actuó inmediatamente para controlar el fuego, seguían un protocolo, había que rescatar a los infortunados que no habían logrado salir y trasladarlos con urgencia a un hospital para tratar sus quemaduras. Aunque lo que realmente todos esperaban, era el rescate del mago.

El suceso había ocurrido demasiado rápido. Lucas y Allan lo sabían muy bien. El fuego era impredecible y el inspector sabía que algo en el evento carecía de lógica, o por lo menos no lo percibía como el resto.

Gran parte de los espectadores lo creía irreal, parte de un acto más.

Esperaban verlo reaparecer en medio de la multitud, frente a un edificio, en la calzada; reapareciendo como en muchos de sus actos. No obstante, entre cada segundo transcurrido, todas sus ilusiones decaían cada vez más.

Messier Gromund había muerto por arte de magia.

# 2

# SOSPECHAS

La mirada furtiva de uno de los hombres inmersos en el tumulto, fue lo segundo que a Allan debió haberlo mantenido alerta. Pero estaba tan impaciente por un nuevo caso, que no pensaba en nada más que en el crimen que se presentaba ante sus ojos.

—Sabrás ya lo que ha ocurrido, ¿no es así? —habló el inspector dirigiéndose con gran revelación hacia Lucas. Lo miraba con interés, intentando saber si existía la posibilidad de que pudiera intuir lo mismo que él. Aunque pasados los segundos y ante las pocas respuestas expresivas del gendarme, pronto reconoció, que no tenía ni la más mínima idea de lo que le hablaba.

O tal vez su sopor y la falta de visibilidad en los hechos, se debiera a la fuerte impresión que había recibido al ver que alguien perdía la vida.

Después de todo, moverse entre el pavor del tumulto y salir del teatro con las mínimas lesiones, había sido supervivencia.

El desenlace que había tenido el acto había sido descomunal. Los espectadores lloraban frente al recinto la muerte de un hombre al que admiraban, y lamentaban tan fatídico final.

Lo que no sabían, era que alguien había planeado la muerte del mago.

Un fanático o quizás un *hater* había acabado con su vida, como solía ocurrirle a la mayoría de los bendecidos por la fama. Gromund era uno más del montón.

Las sirenas de las ambulancias no dejaban de sonar. Allan pensaba en el contraste entre su llegada y el actual ajetreo en el ambiente. Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces.

—¿De qué hablas? —inquirió con una pregunta mientras se comunicaba con sus compañeros de trabajo, intentando saber si Messier Gromund había sobrevivido.

—¡Del incidente! Me parece que alguien ha planeado matarlo —habló sin guardarse nada—. Solo digo que el hombre que ha acudido a verte, ha tenido sus razones para denunciar la muerte de su amigo.

¿No se te hace raro que se hubiera presentado afirmando una cosa así, horas antes de que esto ocurriera?

—No lo sé, pudo haber sido una coincidencia, tú mismo lo has visto. Y mientras no se realice una investigación no puedo hacer más que atribuirlo a una coincidencia. Si nos vamos por presagios, el mismo nombre del evento auguraba su muerte: “El Truco Final”. Hay que estar descerebrado —expresó aún en shock.

—¿Qué va, si no es un presagio! Tan solo digo que no son coincidencias. He estado ahí, algo he visto y no puedo esperar más a decírtelo, pero no aquí, no ante la vista y el oído de todos, no en este ajetreo. Sé que es necesario, que seguir el protocolo y salvaguardar la vida de los afectados es imprescindible, poco puedo hacer en este momento para convencerte, pero ten en cuenta lo que te digo. Ya lo notarás.

—Por supuesto —mencionó con los pensamientos distantes—, esperemos a que todos sean trasladados a un hospital y a que el fuego sea controlado, después podrás decírmelo.

Y sin darle oportunidad a responder o siquiera a refutar, Lucas se alejó tan solo para adentrarse al perímetro que ya había sido delimitado por el equipo policial. Aquel en el que se encontraban algunos de sus colegas y los bomberos.

A Allan no le quedó más que averiguar por sí mismo, algo debía sacar en claro de los testimonios de la gente que aún estaba ahí y quizá con suerte, encontraría al hombre que había acudido a Lucas.

Caminó entre la multitud deteniéndose a escuchar cada una de las conversaciones, observando las actitudes y esperando por un buen testigo.

—Yo estuve ahí, en primera fila, creí que era parte del truco… He tenido suerte de poder salir ileso…

—Disculpa, ¿has dicho que estuviste en primera fila? —preguntó el inspector.

—Sí, sí —afirmó el joven aún en shock.

—¿Qué ha pasado? ¿Has visto algo fuera de lo común en el acto? —Quiso saber, pues a la distancia a la que él se encontraba, le fue difícil percibir algo más. Las perspectivas de personas que hubieran estado en diferente sección a la suya, le permitirían identificar algo que antes no había hecho.

—¿Acaso eres policía?

—Sí, asisto en la investigación…

—¿Ha sido planeado? ¿Quisieron asesinarlo? ¿Es una maldición? —preguntó alarmado.

—¡No, para nada! ¿Qué dices, hombre? ¿Una maldición? —Se apresuró a tranquilizarlo con algo de gracia y tremendo misterio. Magia, maldiciones… vaya, esto iba más allá de sus cavilaciones—. No

es eso, tan solo indago sobre lo que ocurrió, no estaba ahí y mi deber es investigar cómo ha ocurrido el incendio. ¿Pudo haber sido parte del acto?

—Al principio lo pensé, y creo que fue así porque la cuerda fue encendida en cuanto un asistente dio la señal…

—¿Dices que fue un asistente del mago quién dio la señal para encender la cuerda?

—Sí, en sus últimos trucos había estado ocupándose del fuego, pero siempre en escenarios abiertos… Se daba una señal para que prendieran fuego y esa misma señal la vi hoy. Creo que el error se debió a que solo se hubiera encendido una de las cuerdas y no todas, eso le hizo perder el equilibrio. Además, era un lugar cerrado… Jamás lo había intentado así.

—¿Le has visto la cara? Al asistente, quiero decir, ¿podrías reconocerlo?

—No, hombre. Las luces se habían apagado, solo vi un destello de luz posicionándose sobre las cuerdas y luego, el fuego sobre una de ellas.

—Ya, muchas gracias, sin duda me ayuda a comprender lo ocurrido.

—¡Espera! —lo detuvo el joven con cierto misterio—. ¿En serio no es una maldición? Quiero decir, “El Truco Final”, el incendio, la catástrofe…

—Mira chaval, aquí las maldiciones se quedan cortas. Créeme, al mundo de los muertos, si es que llegase a existir, que lo dudo, no le importamos en lo más mínimo.

Dicho esto, el inspector continuó con su caminar. Descartaba las paranoias y los misterios sobrenaturales, que ávidamente se habían esparcido entre los sobrevivientes. Quizás aquello les ayudaba a sobrellevar la muerte de su ídolo, a mantenerlo en el pedestal y a hacer honor en su nombre.

Lo que a Allan le importaba tenía que ver con el mundo de los vivos, y las revelaciones de los testigos sobre ese aspecto, eran altamente trascendentales en la investigación que había comenzado.

Alguien había dado fuego a la cuerda, haciendo a cualquiera intuir que se había realizado bajo el consentimiento del mago. O quizás era como Lucas lo había afirmado, y el evento no era más que una simple casualidad, un mal movimiento en el acto. Los accidentes ocurrían.

—No, imposible —se dijo una vez más ante lo que había averiguado, algo que tuvo que corroborar con los espectadores que afirmaban haber estado en primera fila.

Satisfecho con lo obtenido y al no poder hacer más, se dirigió al hotel. No obstante, era consciente de que aún quedaban muchas cosas por aclarar.

A su alrededor, las personas, incluso las que no habían asistido al evento, pronto comenzaron a llegar.

La zona ahora estaba contaminada, cargada de bullicio, de huellas, de decenas de sospechosos.

Minutos después se encontraba de vuelta a su habitación, reconfortándose al saber que, desde ahí, tenía la vista perfecta para vislumbrar lo que quedaba del teatro. Observó a lo lejos que el fuego seguía expandiéndose, que las llamas se alzaban por lo alto y que la humarada resurgía con gran intensidad.

Cualquiera podía pensar que era imposible que Messier Gromund fuera sacado de allí con vida.

* * *

A la mañana siguiente la apacibilidad volvió a inundar el sitio, quizá se debiera a la característica principal de la villa, a la ubicación en la que se encontraba y a la poca gente —relativamente—, que se encontraba ahí. O por el suceso acontecido la noche anterior, que más bien parecía se estaba de luto. Habría ocurrido lo mismo en cualquier otro lugar, ante una catástrofe similar, incluso peor.

Los habitantes se desplazaban lamentando lo ocurrido, el silencio era increíble y ahí, a través de la ventana, Allan Franco pudo divisar a muchos de ellos, haciendo fila india. Colocando un ramo de flores en una de las estatuas que, con anterioridad, le habían construido al mago —para reconocer su talento—. Después de todo, había sido un tipo adorado por todos, o por lo menos así se mostraba ante los ojos de los demás.

La razón de su muerte estaba clara, pensó el inspector, que luego de lo que había presenciado no pudo esperar más a encontrarse con Lucas. Salió así de la habitación y prosiguió hasta el café en el que había estado el día anterior. La visibilidad que desde ahí tenía y lo magnífica que le resultaba la terraza del sitio, le agradaba mucho.

El hombre más bien disfrutaba de esas cosas, algo de minimalismo, sentarse y disfrutar del caminar de la gente, contemplarlas, degustar de una buena comida y de un buen vino, escuchar las experiencias de otros y descubrir algunas más en persona, adentrarse a lugares recónditos, asistir en la investigación de un caso, pasar tiempo con la persona que ama, pero también darse tiempo para él, vivir, embelesarse con un buen beso, con la calidez de los labios, un aroma, una melodía… Cosas que para muchos, pasaban desapercibidas.

Solicitó un café y algo de desayunar, luego llamó a su amigo para que lo encontrase en aquel sitio. Mientras tanto, el inspector se tomó el tiempo para escribir sobre un cuaderno lo que había observado desde su llegada hasta el acontecimiento.

En ese cuaderno pequeño que siempre llevaba consigo, guardaba los acontecimientos más interesantes de su trabajo.

Franco se centró en escribir lo más representativo, no era un diario, tan solo plasmaba el orden de los sucesos, las pistas que tenía, los fallos o más bien, las inconsistencias en el evento y el fatídico desenlace. También se detuvo a colocar la hora y el día en el que había ocurrido, la información que le habían proporcionado y lo que hacía falta por saber.

Al centro del folio se encontraba el nombre del mago y en la parte baja, una interrogante sobre el amigo que había denunciado su muerte. ¿Qué razones tenía para intuirlo de ese modo? Y por lo que había observado en el evento, existía la posibilidad de que no se hubiera encontrado en el teatro, aunque solo lo pensaba, porque entre tanta gente, no sabía quién era.

Pasaron minutos hasta que Lucas se presentó en el café. Con la ropa arrugada y los ojos hinchados, parecía que había tenido poco tiempo para dormir. Allan ignoraba el tiempo que se había quedado en el lugar de los hechos, pero intuía que el suficiente para no poder descansar con satisfacción.

—¡Allan! Lo siento, se me ha ido el tiempo… no dormí bien —explicó la demora mientras tomaba asiento y llamaba al mesero.

—No hace falta que me lo digas, comprendo la gravedad del asunto y es justa razón para creer que estás pasando algo por alto… No obstante, antes de revelártelo, es imprescindible que me digas lo que has averiguado. ¿Qué se sabe del mago? ¿Qué hay de su amigo? ¿Qué sabes del incendio? Por favor, no te guardes nada, que me servirá mucho para saber si lo que pienso, puede tener siquiera posibilidad de haber ocurrido.

—Sí, te lo diré y disculpa si hablo mientras como, pero ya sabes que no puedo decir nada con el estómago vacío.

Allan asintió y se preparó para tomar nota.

—Bien, se ha encontrado un cuerpo en el centro del lugar, justo donde estaba Messier Gromund antes de ingresar a la caja. Se sabe que es él porque estaba cubierto de cristales que, al colisionar, han quedado adheridos a ciertas partes de su cuerpo. Murió casi al instante y eso se debió a un cristal que le perforó la garganta. Ya pensarás que ha sido lo mejor, porque habría sido un delirio de haber permanecido vivo.

—Por supuesto, morir calcinado debe ser la peor de las sensaciones.

—¡Exacto! Eso ha pasado, el fuego lo alcanzó y eso provocó los desgarradores alaridos. Su dolor terminó en cuanto se desangró a causa del corte, los segundos más largos de su vida —suspiró—. Parte de él ha quedado calcinado, me refiero a sus piernas, que fueron las

más expuestas al fuego abrazador. Sus restos ya han sido entregados a su familia. Del incendio se sigue investigando, aunque hay quienes han afirmado que era parte del truco. Gran parte de la construcción ha sido devorada por el fuego y eso ha dificultado tener un informe detallado… De su amigo sé que ha sido trasladado al hospital. Aún no he ido a verlo, no sé cuál es el estado de salud en el que se encuentra, esperaba que pudieras acompañarme.

—Bien… —habló sin detener la escritura. Lucas lo miraba con detenimiento entre cada sorbo de café—. Ahora que tengo algunos detalles, me resulta más fácil decirte lo que he averiguado, claro está, habrá que investigarlo, pero me resulta imposible quitarme la idea.

—Venga, dilo ya, que ayer me fue imposible escucharte. Sé que es imprescindible.

—Igual no servía de mucho decírtelo ayer, había mucha gente y difícil nos sería trabajar mientras la prioridad era otra. Sin embargo, me he adelantado un poco. Interrogué a algunos testigos, en especial a los que estuvieron en las primeras filas. Y como has dicho, el fuego era parte del truco, se dio señal para que las cuerdas se quemaran, aunque solo una de ellas ardió en llamas. Mi idea de que alguien hubiera querido asesinarlo pronto se desvaneció y no es que me hubiera aferrado a encontrar una prueba plantando evidencia falsa, para nada, no soy así. Te aseguro que no he hecho más que interrogar y confiar en lo que han declarado. Pero lo que observé durante el incidente me dejó perplejo. El fuego es impredecible, lo sabes, puede que avance con lentitud o con mayor rapidez, eso estando a cierta distancia, con una ráfaga de aire o con un poco de ayuda…

—Ya, ¿qué dices? Insinúas que…

—Todo fue muy rápido, el fuego consumió gran parte del escenario en cuestión de segundos. Lucas, el fuego siguió un camino determinado, y en cuanto llegó al piso, no me quedó duda alguna, había gasolina —reveló provocando que Lucas casi se ahogara con el bocadillo—. No conforme con lo que intuía y que vuelvo a asegurar, no forcé a nadie a decírmelo. Me fue revelada información que atribuí a mi indagación. Un olor inconfundible en las primeras filas se podía percibir. Desde donde tú y yo estábamos, fue imposible percibirlo, el aire acondicionado estaba encendido. Sabes cómo actúa aquel olor en un lugar cerrado. El ambiente estaba más frío de lo normal y el olor en la parte baja era mayor. Lo suficiente para ser detectado por algunos y, sin embargo, no el necesario para levantar sospechas, no hasta lo ocurrido. Podrás corroborarlo cuando se obtenga el informe final, estoy seguro.

Lucas lo miraba con interés, lo que le estaba diciendo era bastante serio y jamás visto en la villa. Había sido un homicidio planeado con ahínco, algo que había puesto en peligro la vida de muchos inocentes.

—Y de la maldición ya no hablamos, ¿no? —mencionó con una sonrisa, acción que Allan se limitó a observar con una mirada fría, carente de gracia y llena de odio.

—Te lo digo en serio.

—Que sí, que sí… Vamos, era broma —mencionó manteniendo la serenidad.

—Piensa en esto, Messier comenzó con el truco estelar. ¿Por qué? ¿No se llama así porque se hace al cierre del *show*? ¿No se deja lo mejor para el final? ¿Por qué iniciar con ese truco?

—Espera… ¿te basas en el estelar?

—¿Cuál es el problema? Fue el inicio de mi intuición y no estoy perdido. Lo he comprobado con los interrogatorios, alguien planeó el incendio. Messier actuó con prontitud, el acto no estaba listo, se le salió de las manos o alguien lo arruinó y lo asesinó.

—No lo sé… ¿Estás seguro?

—Completamente seguro, no fue accidental.

—De acuerdo —expresó soltando un gran respiro—, pero si para el final del día no tenemos nada, lo abandonamos.

Allan sonrió, guardó su libreta y consumió el último sorbo de café.

—Deberíamos hablar con Félix, el amigo de Messier —propuso emprendiendo el paso.

—Y de esto no diremos nada, imagina el pánico que podríamos generar al difundir que el evento ha sido planeado —advirtió Lucas haciéndole mantener el secreto.

—Estoy de acuerdo, habrá que guardar suma discreción mientras se investiga.

Adentrándose por los callejones del sitio y ante la escalofriante revelación del caso, les fue posible observar a jóvenes, hombres y niños realizando trucos de magia en honor al Gran Messier Gromund.

Para Allan resultaba magnífico el modo en el que los niños se adentraban a ese mundo, ya podía pensar en las reacciones de sus padres, al ver que el interés había pasado a más, para convertirse en una verdadera pasión.

Lo curioso de la magia, pensó, era que en televisión los trucos tenían más sentido. Nuestra mente podía idear infinidad de alternativas en las que el evento podía ser posible, o simplemente atribuirlo a las maravillas de la edición. Bastaba eso para convencerse de que era falso.

Pero admitía que ahí, en un lugar que se había convertido en la casa de los magos, vislumbrar un verdadero acto de magia, era algo que no podía explicar, incluso analizándolo con meticulosidad.

Ya se lo había dicho su amigo. Allan no había presenciado un buen acto de magia.

Acto seguido, atravesaron la calzada en la que habían visto por

última vez a Gromund, resultándoles imposible no poder sentir el pesar de los que ahí se congregaban, aunque si querían hacer algo por él, debían averiguar quién había planeado su muerte, y algo de eso, Félix debía saber.

No les tomó bastante llegar al hospital, un edificio con mucho movimiento debido al trajín de la noche anterior.

Los médicos circulaban a paso acelerado, las enfermeras registraban los signos vitales de los pacientes, y los familiares, consternados, descansaban en la sala de espera.

Frente a ellos se extendían paredes pulcras, pisos relucientes y un personal altamente comprometido con su trabajo. Todos ellos centrados en su labor, sobre todo en salvar la vida de sus pacientes.

Y los heridos, soltando alaridos entre cada puerta abierta, algunos durmiendo, debatiéndose entre la vida y la muerte. Al inspector le fue imposible no imaginarlo y no detestar la escena, en un lugar como ese había muerto su hermano apenas un mes atrás. El dolor seguía latente, la muerte no se olvidaba con facilidad.

Con el deseo de no avivar el sentimiento, Franco apretó el paso decidido a abandonar sus penas, como si con aquello pudiera asegurar el desvanecimiento de sus pensamientos.

Situado frente a la recepción se apresuró a solicitar información a la enfermera en turno, sobre el estado en el que se encontraba Félix. Su porte y el tono de voz con el que se había presentado, le había ayudado a obtener lo que quería sin impedimentos. Incluso la mujer les permitió ingresar a la habitación.

Según los comentarios brindados por ella, Félix se encontraba bien en comparación con otros de los ahí trasladados. Félix no tenía quemaduras severas y ahora se encontraba en mejores condiciones para recibir visitas.

El inspector y el gendarme caminaban a lo largo del pasillo siguiendo los pasos de una enfermera. El silencio y el olor a pulcritud inundaban el ambiente.

—Es aquí —mencionó la señorita cediéndoles el paso, para luego, marcharse sin decir nada más.

Acto seguido, ambos hombres ingresaron a la habitación en la que Félix se encontraba recostado sobre la camilla, con los ojos cerrados, quizá durmiendo.

Pero poco les duró la impresión pues el hombre al parecer tan solo descansaba, abrió los ojos y se reincorporó con algo de dificultad.

—Oficial, ¿a qué debo su visita? —articuló con dolor pues parte de su abdomen y brazos, estaban vendados.

—Félix, este es el inspector Allan Franco. Sabemos lo que ha ocurrido en el teatro y no pudimos evitar pensar en ti…

Félix, postrado sobre la camilla, observó a Allan. El hombre había

llamado su atención, tan solo hacía falta una mirada para hacerle ver que lo conocía, que incluso aunque jamás se hubieran visto, podía conocerlo apenas hablase. Mentir le sería inútil, pensó Félix.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntó Allan con la intención de ganarse su confianza, además de ser educado.

—Bien, mejor que hace unas horas…

—Me alegra mucho —respondió con amabilidad—. Conversaba hace un rato con el oficial, que morir abrasado podía ser la peor de las muertes… No me imagino el dolor que usted ha sentido —expresó al tiempo que tomaba asiento, aunque sin apartar la mirada.

—Sí, ha sido fatal. Cuánto me alegro de la suerte que he tenido al lograr salir casi ileso, por desgracia no puedo decir lo mismo de…

—¿Messier Gromund? —intervino Lucas.

—Sí, quiero decir, verlo ahí… —mencionó con gran dolor en las palabras, bastante mal le hacía poder recordar y saber que no había podido hacer nada para sacarlo de ahí.

—Lo apreciaba mucho ya puedo intuir, ¿no es así?

—Sí, era mi amigo. Intenté salvarlo, pero no pude, así me hice estas quemaduras. No han logrado rescatarlo, ¿cierto? —expresó con la cabeza gacha y gran pesar en la voz.

—Mucho me temó que no, Messier Gromund ha perecido… —mencionó el gendarme con bastante pena.

El silencio los inundó por algunos instantes, hasta que Allan volvió a tomar la palabra.

—Horas antes del acto usted ya intuía que podía estar muerto, ¿por qué? —interrogó sin guardarse las dudas.

Félix se lo pensó, miró a Lucas y luego se volvió hacia el inspector. Tragó saliva, respiró con dificultad y luego abrió la boca indicando que diría algo, pero al instante, la cerró. Pensaba en el modo correcto para dirigirse a ellos sin parecer un loco, buscaba las mejores palabras hasta que, una vez más, volvió a abrir la boca, esta vez, logrando articular algo.

—Verá, inspector. Messier y yo nos conocíamos de hacía tiempo, nuestras casas estaban una al lado de la otra, era fácil cruzar miradas y jugar por las tardes. Él y yo teníamos la misma edad y por algunos años, fuimos al mismo colegio, eso hasta que se fue… Aunque perder comunicación, jamás. Nuestros padres se conocían y en algunas ocasiones acudíamos a verlos. Grata fue mi sorpresa cuando me informó que volvería. Aunque me sorprendí mucho más cuando me mostró lo que hacía, cuando se plantaba en la plaza y realizaba sus actos de magia… jamás me reveló nada y jamás yo lo quise saber. ¿Sabe? Soy un hombre al que le gusta ser sorprendido… Además, me agradaba cuando él me decía: “es magia”, incluso sin que yo le solicitara una explicación —expresó con nostalgia.

»Messier me contaba sus planes, me decía cuál iba a ser su siguiente acto y en dónde. Pero había algo que le caracterizaba de entre los demás, podía llegar a hacer trucos como los que vemos en televisión, también hacia magia de un modo descomunal, sus actos eran simplemente fantásticos. Una vez hizo que en la espuma de mi café apareciera la clave de mi cuenta bancaria, algo que no podía saber más que yo. Aunque eso no era lo mejor, lo sorprendente, eran sus actos de escapismo. Ya se lo relataré y podrá llegar a pensar que miento, pero los vi, todos lo vimos.

»Los puso en práctica luego de su tercera semana en la villa, para ese entonces ya contaba con un gran número de simpatizantes. Aquella vez no hizo falta hacer promoción ni avisar a nadie, pronto las personas se congregaron y alucinaron con el acto.

»Se situó justo donde está la estatua que le han construido, lo hizo simple y colosal… quizá fue eso lo que más sorprendió. Colocó una caja en el centro, usted sabrá que toda la calzada está conformada por adoquines y que difícil le sería poder colocar algo más para esconderse, algo como una escotilla. Sobre el piso estaba solo la caja, la mostró, en ella no había nada. Una simple caja. Ingresó ahí, solicitó ayuda y dijo que en cuanto fuera sellada con cadenas y un candado, comenzáramos con la cuenta regresiva. Solo en ese momento, había que abrir la caja, la llave estaba en el piso.

»Así lo hicimos, todo sucedió como él dijo. Una vez terminado el conteo, alguien tomó la llave y abrió el candado. Nuestro asombro fue inmenso al ver que había desaparecido, y que, en su lugar, había una nota en la que afirmaba reaparecer dentro de tres días, especificando un sitio y una hora.

»Ha de creerme que, al cabo de los tres días, él estaba ahí.

»Esa misma tarde hizo otro acto y desapareció como en el primero. Aquel día me fui a casa, confiaba en que aparecería al cabo de tres días, pero no fue así, llegué a mi hogar y encontré a Messier hurgando en mi refrigerador. Aquella ocasión fue la primera de la tradición…

—¿Messier acudía a usted tras realizar un acto de escapismo? —habló el inspector.

—Sí, tal cual ha escuchado, Messier Gromund lo hizo así en cada ocasión.

—Así que hace tres días que no ve a Messier, quiero decir, teniendo en cuenta que ayer lo vislumbró en el teatro.

—Sí.

—¿Hace tres días la nota decía que reaparecería en el teatro?

—Sí.

—Pero como no acudió a usted luego del último acto de escapismo, ha intuido que podía estar muerto… —indagó Allan.

—Sí.

—Pero ¿por qué muerto y no desaparecido? Hay gran diferencia entre ambos términos, ¿no lo cree? Una diferencia muy grande.

Félix se quedó helado, sin habla, y Allan no hizo más que atribuirlo a una confusión momentánea. El hombre ocultaba algo más. Algo que quizá no lo convertía en sospechoso, pero sí, en alguien que podía ayudarles a resolver el enigma del mago.

—Tiene razón, inspector —pronunció finalmente—. Aquella tarde, luego de su último acto, volví a casa, como solía hacer en cada ocasión. Caminé hasta la cocina, lugar en el que siempre lo encontraba, sin embargo, en esa ocasión, él no estaba ahí. En su lugar, una nota impresa reposaba sobre el refrigerador.

—¿Una nota? ¿Qué decía? —indagó con curiosidad.

# 3

# EL ENIGMA

—Al principio me costó descifrarlo, y no lo entendí hasta la mañana de ayer, cuando acudí a usted, oficial —reveló girándose hacia Lucas, quien lo miraba con detenimiento, recordando el modo en el que se había presentado ante la comisaría. Tan preocupado y temiendo por la vida del mago—. Era una especie de código. La nota sigue en mi refrigerador, si gustan pueden ir a por ella, comprenderán que en esta condición no puedo ir yo —explicó haciendo referencia al estado de salud en el que se encontraba—. Puedo asegurar que en cuanto la vean, sabrán que tenía bastantes motivos para creer que estaba muerto. Mientras tanto no me queda más que explicárselos así, sin ayuda de la nota. Verán, en la hoja no había más que números acompañados de algunos espacios. A primera vista, todo parecía carente de lógica. Tan solo eran números sin sentido —explicó recordando el mensaje que tenía marcado en la mente.

Al instante y en su afán por no olvidar lo que Messier había registrado en un trozo de papel el día de su desaparición, el hombre solicitó una hoja y un bolígrafo con el que pudiera plasmar el enigma del mago. Acto seguido y con gran disposición, Allan se apresuró a proporcionarle un cuaderno que sacó del bolsillo interno de su chaqueta, y Lucas le proporcionó una pluma en tinta negra.

Sin titubeos, Félix comenzó a trazar números con gran rapidez sobre la hoja en blanco. Recordaba muy bien lo que había en ella, pues la había estado examinando desde aquel momento y ahora que sabía lo que decía, le fue fácil poder hacer una nota facsímil.

Estos fueron los números que representó luego de pocos minutos:

```
5  9 14 =8   1 97 =5   81  =4    1791=5    1 1= 4
```

31 9 =5   5 =2   5 =2   3  9 5 =7   4  14 =6

4  =9   5 =2   13  =4

Una vez hubo terminado, tomó el cuaderno y lo extendió hacia ellos, quienes se apresuraron a observar con atención. En verdad estaba atiborrada de números. Allan los miró con detenimiento, logrando reparar en el espacio que los separaba. Hizo lo mismo con el resultado entre cada conjunto de números, y una idea sobre lo que podían significar, ávidamente atravesó su cabeza. Aunque permitió que el hombre prosiguiera con la revelación del mensaje.

»Comprenderán que lo primero que pensé fue hacer una suma, lo hice tomando en cuenta los totales y la posibilidad de poder obtener el resultado final. Además, como han podido observar, hay conjuntos de números, trece en total, que atribuí a una palabra. No mentiré, me habría encantado encontrar el patrón, pero al hacer la suma, claro está, el resultado no era el que se marcaba en cada caso. Habría sido en vano hacer una suma de cada uno de ellos. Lo que sí hice, fue una suma total, como les dije antes. Pero obtuve un número que no me decía nada, no tenía relación alguna con Messier… Por lo que me pareció carente de sentido. Comprenderán que fue un riesgo que tuve que tomar, quizás podía encontrar algo. Debía agotar todas las posibilidades, ¿no?

»Volví entonces a las trece palabras que intuí podía haber escrito. Quise relacionarlo con el alfabeto, ya saben, el número uno representaría la letra “a”, el dos, la letra “b”, etcétera, pero no encontré ninguna relación evidente. Además, estaban esos espacios entre algunos números. Me fue difícil asegurar cuántos espacios había, uno podía significar dos, y aquel en donde solo había un número, me despistaba. Dios, me volvía loco…

—Eso era fácil de deducir —expresó el inspector sin poder contener las ganas de interrumpir la explicación del hombre—. El resultado marcado entre cada conjunto de números, indicaba el número de letras de las que constaba cada una de las trece palabras. La primera era una palabra de ocho letras, la segunda, una de cinco…

—¡Sí! Lo descubrí minutos después y llegué a la misma conclusión. También reparé en que se trataba de números de una sola cifra, los primeros nueve, del uno al nueve. Y volví a la idea del abecedario, eso debía ser, ¿no? ¿De qué otra manera podría haber comunicado algo, sino con elementos que me guiaran al abecedario? Messier era fanático de estas cosas, le gustaba hacerme sufrir, ya lo han visto, pero

estaba convencido de que debía haber algo. En ese momento, recordé que siempre dejaba una pista, lo conocía… A partir de ahí todo debía ser más fácil, solo tenía que encontrarla.

—Y, ¿qué hizo entonces? —preguntó Lucas sin poder contener el interés.

—En este trozo de papel les será difícil poder percibirlo —continuó sin perder ningún detalle, tenía la atención de ambos—. Ya había logrado relacionar los números con las primeras nueve letras del abecedario, pero aún me faltaban las demás. El resultado era este… —mencionó mientras lo representaba en la libreta.

e  i ad =8   a ig =5   ha  =4    agia=5    a a= 4

ca i =5   e =2   e =2   c  i e =7   d  ad =6

d  =9   e =2   ac  =4

—Tan solo tenía la palabra “magia”, derivada de la cuarta palabra registrada. Eso lo pude intuir porque era la única en la que solo faltaba una letra, y aquella en la que la predicción era más fácil, siguiendo el patrón de la igualdad. Sin embargo, para el resto no tenía ni idea… Y no fue hasta caído el atardecer del día siguiente, cuando volví al trozo de papel y reparé en algo más.

»Tomé asiento sobre el sofá de la sala y lo examiné, lo miré sobre la mesa por algunos segundos y luego lo tomé. Visualicé todo en él, le di la vuelta y no fue hasta ese momento, cuando me percaté de la consistencia del papel. Había estado tan concentrado en descifrar los números, que había olvidado pensar en la sensación que producía al tocarlo. No era un trozo de papel de una hoja común, no era siquiera similar a la de esta libreta, su aspecto era diferente y pensé en la posibilidad de “una hoja mágica”, quiero decir, Messier era mago, debía emplear un truco. Aunque pasado el tiempo, percibí que no era así. Enseguida y con sumo cuidado, palpé el espacio por encima de los números. Al principio me fue difícil, aunque al final, logré percibir algunos puntos, pequeños en realidad…

Allan había seguido cada una de las palabras que salían de la boca del hombre, logrando saber lo que aquello significaba. Messier se había comunicado usando el sistema Braille, estaba seguro, y como Félix se los había dicho antes, les sería imposible poder percibirlo

palpando la hoja que sostenía.

»Pasé largo tiempo en ello —siguió explicándoles—, mi inquietud por desvelar el mensaje me mantuvo la noche entera intentando leer los puntos. Lo intenté todo, pensé en representarlo en una hoja, aunque me fue inútil, no lograba percibir cada uno de los puntos y no conocía a nadie que se comunicara de ese modo. Tuve que actuar con prontitud optando por rayar la hoja, eso sí, con mucho cuidado para no arruinarlo. Pasé el grafito sobre los puntos y de este modo me fue más fácil poder identificarlos. Luego me metí en Internet y busqué su significado. Tuve que observarlos con detenimiento, de manera que, al separarlos, coincidiera con el total indicado al final de cada grupo de números. No podía errar. Con cada uno de los conjuntos separados proseguí a su reconocimiento… Si me permiten —habló extendiendo la mano hacia la mesa conjunta a su cama, tomó el teléfono y buscó en la galería—. El resultado era este y con las letras que ya había encontrado, logré identificar que estaba en lo cierto. —Les extendió el móvil mostrándoles una fotografía en la que se podían ver los puntos.

e i ad =8 a ig =5 ha =4 agia =5 a a = 4

ca i =5 e =2 e =2 c i e =7 d ad =6

d =9 e =2 ac =4

»Y no fue hasta llegado el amanecer, cuando logré colocar cada una de las letras y leer con claridad lo que Messier había representado. La nota decía lo qué iba a hacer, con quién y en dónde estaría… Pero algo en ella me hizo dudar de su credibilidad, los hechos no cuadraban, el acto se iba a posponer y, sin embargo, el promocional seguía. Ese fue el motivo por el que decidí acudir a usted a primera hora de la mañana. Y por lo que ha ocurrido, sé que hice bien.

—Díganos, ¿qué es lo que decía la nota con exactitud? —pidió el

gendarme con gran interés.

Félix les enseñó el cuaderno y ambos hombres lograron leer lo que la nota contenía:

```
"estimado amigo haré magia para camil en el
coliseo dorado pospondré el acto"
```

—Por supuesto, con comas, puntos y mayúsculas, el mensaje estaría completo. Aun así, se entiende. —Lucas finalizó su tan elaborado descubrimiento.

—¿Quién es Camil y en dónde está el Coliseo Dorado? —preguntó Allan con grato interés.

—No lo sé inspector, no tengo idea… Pensé que ustedes podrían ayudarme con eso.

—Además, ha dicho que pospondría el acto —intervino Lucas.

—Sí, justa razón para acudir a usted, ¿no lo cree? ¿Por qué el promocional? —expresó Félix con efusividad dándole la razón.

—Gracias por la información, acudiremos a su casa y tomaremos la hoja que asegura haber encontrado. Corroboraremos la información y proseguiremos con la investigación —finalizó el inspector con claras intenciones de abandonar el sitio. Félix lo miró con gran admiración, pensando en que podrían ayudarle a aclarar lo que había pasado en el teatro, y con una sonrisa de satisfacción y cierto dolor, se despidió de ellos—. Si recuerda algo más no dude en llamarnos, todo es importante.

Acto seguido, salieron de ahí y se dirigieron a la casa de Félix. Comprobar lo que había dicho era crucial.

Ingresaron por la puerta principal, el hombre les había dado la llave. Atravesaron un pasillo, la sala y finalmente, la cocina, hasta situarse frente al refrigerador.

Lo que Félix les había dicho era verdad, tal cual lo había explicado. La nota estaba pegada en la puerta del electrodoméstico con ayuda de un imán, en ella se veía el grafito que había empleado y debajo de los números, los trazos que había hecho para descifrar el mensaje.

El hallazgo no terminaba ahí, había que comprobar que el mensaje fuera realmente ese, saber quién era el hombre y averiguar la dirección del lugar mencionado.

—Tienes que admitirlo —habló el inspector guardando la nota en una bolsa destinada a recoger pruebas.

—¿El qué?

—Lo que dije, el evento fue planeado. Estamos ante un homicidio.

—Te emociona, ¿no es así?

Allan observaba cada objeto en el sitio, todo parecía tener un orden. Miraba entre los libros, los muebles y las fotografías.

—¡Por supuesto, es el enigma del mago! ¿Qué hizo? Todos lo querían, parecía no tener enemigos y, sin embargo, ha muerto. Su último truco sí que ha deslumbrado. ¿No te parece emocionante?

—Bueno, lo vivimos en nuestro día a día. Investigamos…

—Sí, pero… ah, olvídalo.

Lo cierto era que un caso como este, le hacía volver a la rutina, al movimiento, a agilizar la mente. Solo así la muerte de su hermano no ocupaba más sus pensamientos.

Allan había estado distante durante semanas, sin una investigación, sin actividad, lamentándose por no haber estado ahí. Lo más correcto era enfocarse en algo más y aquello era lo que le emocionaba.

—Dímelo, ¿cuáles son tus razones? —cuestionó Lucas con interés.

El inspector guardó silencio apartando la vista de las pertenencias de Félix. Suspiró y emprendió el paso hacia la salida.

—Es Santiago.

—¿Tu hermano? ¿Todo está bien? —Caminó tras él abandonando la habitación.

—Murió —soltó con desilusión acompañada de un disimulado suspiro.

El gendarme no supo que decir, sabía que dar el pésame o cualquier otra palabra de apoyo no serviría de nada. En momentos como esos, uno nunca sabía qué decir.

El apoyo se mostraba con acciones.

Lucas comprendió que, participar en la investigación, era lo mejor para él, que resolver el caso era lo que necesitaba y no hizo más que estar de acuerdo.

—Fue antes de las vacaciones de verano —habló una vez que se encontraron fuera—. Estaba de encubierto en una investigación cuando se armó un tiroteo. Recibió una bala. Y en la madrugada, después de una larga recuperación, logró despertar. Los médicos me informaron que él estaba bien, pero jamás imaginé que sería su último día… Cruzamos algunas palabras y me lamenté por no haber estado con él en la investigación… Dijo que podía hacerlo, que no hacía falta que alguien más estuviera con él. ¡Oh, era un maldito imbécil, siempre dispuesto a arriesgar la vida! —Allan suspiró al recordar el evento y luego de una pausa, continuó—. Fumamos un cigarro, luego me obsequió su encendedor. No lo resistí más y salí de la habitación, quería respirar aire puro y despejar mi mente. No quería verme abatido frente a él. Cuando volví, observé las caras de los médicos, no

había nada que decir, lo comprendí al instante. Todos ellos me miraban con tristeza. Santiago pasó sus últimas horas en el hospital y murió solo, en una de esas frías habitaciones…

—No sé qué decir… —dijo apenado.

—Quedó atrás —soltó quitándole hierro al asunto—. Pasé tiempo inactivo, me dieron vacaciones para despejar la mente… ¿Sabes? Es lo peor que pueden hacerte… Mantener la mente inactiva es la peor de las curas. Este es mi primer caso luego del incidente y a eso debo mi efusividad. Ahora, basta de anécdotas… visitemos a la familia Gromund.

* * *

—Hay algo que sigue retumbándome en la cabeza —expresó Lucas una vez que estuvieron de vuelta a los adoquines. Eso luego de haber estado con la familia de Gromund. Allan había considerado importante visitarlos para darles el pésame y averiguar algo a lo que le había estado dando vueltas, tras salir de la casa de Félix.

El inspector no dijo nada, pensaba, posiblemente en lo mismo, pero de eso se aseguraría más tarde, quizás a la mañana siguiente.

Lucas tampoco dijo nada a pesar de la inquietud que sentía, sabía que Franco diría algo cuando lo considerara necesario. No se equivocaba, al cabo de unos minutos el hombre comenzó a hablar.

—¿A qué te refieres?

—Estaba seguro al pensar que la nota representaba los motivos por los que Messier no había estado en casa de Félix, que se lo decía para no alarmarlo, qué sé yo. Quizá Gromund estaba cansado de visitarlo cada vez que hacía un truco de escapismo, que la nota había sido el modo perfecto para hacérselo saber, pero ahora no lo sé… ¿Por qué has decidido acudir a visitarlos? ¡Y encima, has desaparecido por largos minutos! Tengo razones para saber que no has salido a fumarte un cigarro…

—Lucas —lo interrumpió soltando una bocanada de humo—, sé que has intuido que no he salido a fumar como se lo dije a la familia, lo sabes porque cuando te ofrecí uno, miraste la cajetilla con interés, recordabas cuántos me quedaban, y seguía teniendo la misma cantidad cuando te los ofrecí.

—Ya, ¡lo sabía! Parece que algo he aprendido de ti… —Carcajeó con encanto.

—Tienes razón, en esto y en lo que dijiste antes. —Seguían el

camino hacia la comisaría—. Jamás he pensado que la nota era para deshacerse de Félix, todo lo contrario… —divagó sin llegar a concretar algo—. De lo que estoy seguro, es de que tuvo sus razones. Que lo que decía, lo cumplía. Y que, no había razón alguna para presentarse en el teatro, luego de lo que había afirmado en la nota, ¿no crees? Messier era un hombre de palabra, eso lo dijo su familia. Y, sin embargo, lo hizo, se presentó al acto y murió. Comprenderás que tenía motivos para abandonar la sala —explicó con tranquilidad.

—Estás insinuando que… —habló Lucas permitiéndole terminar la frase para asegurarse de que estuvieran pensando lo mismo.

—Sí, el hombre que murió en el teatro no es Messier Gromund.

El gendarme se quedó sin palabras por unos instantes, aquello era una gran revelación que, de ser confirmada, las cosas no harían más que empeorar.

Y si el cuerpo que le habían entregado a la familia no era de Gromund, ¿entonces de quién era?

—Yo estaba pensando en que lo habían obligado a presentarse al teatro. Escucha lo que dices, esto es algo serio, tendríamos que solicitar a la familia el permiso para realizar la prueba de ADN —dijo Lucas consternado al cabo de un tiempo.

—¡No! ¿Basados en qué? ¿En una simple suposición sobre una nota que me ha inquietado? Apenas me conocen… ¿Y qué pasa, si después de todo, no estamos en lo cierto?

—¿Cómo pretendes que lo sepamos entonces? —gruñó el hombre con desesperación. Fastidiado de haberse hecho a la idea, para luego tener que renunciar a ella.

—Tranquilo, ¿por qué crees que vamos a la comisaría? Ahí podemos solicitar un análisis, ¿no es así?

—Por supuesto… —habló con extrañeza—. ¿Análisis de qué? ¿Qué fue lo que en realidad hiciste?

—No es nada que no podrías haber intuido ya. En cuanto llegamos, vi a la familia consternada, todos estaban en la sala junto al féretro. Tuve que esperar largo tiempo hasta que uno a uno se fue alejando. En ese momento, tomé la oportunidad y me acerqué a él. Mientras tú conversabas con la familia, pude observar que, por encima del hombro del occiso, había un cabello suelto. Así que, con cuidado y sagacidad, me hice con él. Eso había sido fácil, solo me faltaba encontrar algo que hubiera pertenecido al mago, y para eso debía salir de ahí. Fue cuando dije que saldría a fumar —explicó sin detener el paso y con el humo frente a él—. Subí las escaleras y llegué a su habitación. Lo supe porque su vestuario estaba dentro del armario y en uno de los cajones había cartas, pañuelos y muchas cosas más. Me dirigí al cuarto de baño y encontré poco en realidad, el hombre era saludable y ordenado, o por lo menos no había ningún cabello suelto o algo que

pudiera emplear, más que el cepillo de dientes, que coloqué en uno de los pañuelos que encontré en su habitación.

—Vaya, si me lo hubieras dicho antes hubiera podido ayudar…

—Lo hiciste, me ayudaste a mantener a la familia distraída mientras yo hurgaba en la habitación. De habértelo dicho antes, quizás también hubieras querido pedirles su consentimiento.

Allan no erraba del todo.

Entre caminos rectos y algunos esquinazos, pronto llegaron a la comisaría. La pesquisa comenzaba, las intuiciones se formaban en la cabeza de Franco y la idea de iniciar una investigación, pronto lo apartó de sus penas familiares.

Sin gran demora, el inspector sacó de su chaqueta el cepillo de dientes que había mantenido envuelto en el pañuelo, y sacó el cabello que había guardado en el cuaderno en el que Félix había garabateado.

También proporcionó la nota pegada al refrigerador, deteniéndose a pensar en lo que pudo haberle ocurrido al mago para terminar de ese modo.

—Los resultados son confidenciales y de alta prioridad, asegúrate de comunicármelos solo a mí y de tenerlos en cuanto antes —le avisó el gendarme al joven analista.

Lo más probable era que tuvieran los resultados al atardecer del día siguiente.

—También deberás pedir una investigación sobre el hombre del hospital, aún no me fio de él —solicitó Allan Franco a Lucas, con cierto misterio.

—Por supuesto, me encargaré de eso. —concluyó, al mismo tiempo que, con un ademán, solicitaba la presencia de un oficial.

—Bien, hasta entonces —dijo el inspector Franco abandonando el sitio. Era momento de descansar, por lo menos antes de adentrarse a los fatídicos eventos que vendrían a continuación.

# 4

# COLISÉE DORADO

Se encontraba mirando por la ventanilla, frente a él todo pasaba con placidez, lo suficiente para disfrutar del paisaje. A Allan le gustaba viajar en tren, le hacía recordar una interesante anécdota que había vivido en uno de esos transportes. Después de todo, ¿cuántos homicidios podían ocurrir a bordo de uno de ellos? Sonrió al recordar, todo lo guardaba en su mente y en el cuaderno que llevaba. Ya habría tiempo para contarla, para sacarla de su cabeza y para plasmarla sobre una hoja en blanco. Lo que ahora le interesaba, era saber sobre el lugar al que se dirigían.

Lucas estaba frente a él, leía un libro, una novela policíaca.

—¿Te lo has planteado? —habló Allan logrando interrumpir su lectura.

—¿El qué? —inquirió con cautela.

—Eso, escribir un libro —comentó con ahínco mientras señalaba lo que el gendarme sostenía entre sus manos.

Lucas carcajeó, cerró el libro y lo colocó a un costado, sobre el asiento de piel. Con anhelo y por algunos instantes, observó las páginas que le faltaban por leer, luego se volvió hacia el inspector que no le apartaba la mirada de encima.

—Soy más de los que disfrutan leyendo. ¿Tú sí? —respondió mostrando una sonrisa pícara.

—No lo sé —contestó alzando los hombros—. Tengo tantas anécdotas que a veces me lo pienso. La gente se interesa por saber cosas como estas, cosas como las que lees. Algunas son reales, otras son ficción, pero al final, terminan entreteniendo, sacándote del mundo real para sumergirte en otro. Estoy convencido de que eso es alucinante. Y de que la vida de otros, les parece más interesante que la propia, porque pueden imaginar que son ellos los protagonistas. Por un momento pueden estar en el pellejo de otro, viviendo aventuras, resolviendo un crimen, huyendo de la policía, escondiendo un cadáver… qué se yo, infinidad de cosas. ¿O qué es lo que lees en ese libro? ¿No te sientes el protagonista? ¿No ríes, te enfureces, lloras y disfrutas? ¿No eres un mar de emociones y no sientes que quieres

matar al autor, pero en el fondo, sabes que eres masoquista y te gusta que el personaje principal sufra, caiga y luego se levante?

Lucas escuchaba con atención cada una de las palabras que salían de la boca del inspector. Escucharlo hablar lo embelesaba y pensaba en eso más que nada, porque si ya le agradaba escucharlo, por supuesto que le encantaría leer lo que fuera que llevara en esa libreta. La respuesta estaba clara, Allan debía compartirlo, de eso no había duda. Por lo menos no para Lucas.

—Hazlo, estoy seguro de que en esas hojas tienes mucho por contar —lo animó con la seguridad de poder convencerlo y de aclarar sus dudas, si es que las llegó a haber en algún momento—. Y, ¿quién no se moriría por saber qué escribes ahí? —expresó con una sonrisa y con gran intriga, que la idea de poder saberlo le maravilló. Definitivamente era buena idea.

—Quizá lo haga —respondió satisfecho ante la respuesta. Luego volvió la vista al paisaje y Lucas hacia la lectura, aunque más bien, pensaba en todos los casos que Allan había resuelto y en la vasta experiencia que tenía.

Aún ni escribía el libro y ya estaba pensando en adquirirlo.

Su destino era algo que los mantenía expectantes. Se dirigían a una villa cercana a la capital, situada a poco más de cuarenta minutos de viaje en tren, de su residencia.

El motivo del viaje se debía a la investigación que habían realizado a primera hora del día, algo debían hacer mientras esperaban por los resultados de ADN y por la información de Félix.

Dentro de su búsqueda por el ordenador, habían localizado el sitio al que Messier se refería en la nota: El Coliseo Dorado.

Se trataba de una taberna localizada a las afueras de la villa a la que se dirigían, era un sitio conocido o por lo menos eso debía ser, al encontrarse en internet y contar con cuatro estrellas. Aspecto que les permitió dar con él sin grandes dificultades.

Dispuestos a averiguar lo que pudo haber hecho el mago en ese sitio y a descubrir la historia detrás del incidente del teatro, fue lo que los incitó a comprar los boletos y adentrarse a un sitio como ese.

Igual les servía para tomar un trago y ponerse al tanto sobre lo que había sido de sus vidas, luego de largo tiempo sin verse.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Allan en medio de su caminata hacia el Coliseo Dorado. Se adentraban a la vereda que los dirigiría a la taberna que ya se visualizaba a la lejanía, eso a través de la ruta indicada por el GPS.

—¿De mí? —cuestionó sin saber a qué se refería.

—Sí, ¿tienes pareja, vives con alguien? ¿Qué ha pasado contigo? —inquirió sin reparos.

—¿Que si tengo pareja? ¿Ahora a qué viene esto, hombre? —

carcajeó sin detener el paso.

—Dímelo tú, que mientras caminábamos hacia la plaza central, mirabas objetivamente a cada pareja que se nos cruzaba por el camino. No lo sé, quizá pensabas en ella o en la posibilidad de tener una relación.

—¡Pues claro que tengo pareja! —carcajeó con gusto—. Pero como lo has dicho antes, también está de viaje, fue a vacacionar con sus amigas en la playa. Hacía tiempo que lo venían planeando, y ¿qué más podía hacer yo? Sino quedarme y esperar por ella.

—¿La extrañas?

—¡Por supuesto! Me he acostumbrado tanto a vivir a su lado que me ha costado hacerme a la idea. La conocí hace dos años, entablamos muy bien y difícil nos fue no quedar entre cada semana… Las cosas se dieron, ¿sabes?, en el amor no hace falta forzar las cosas, cuando menos te das cuenta ya has caído, no eres el mismo, te sientes diferente. Más revitalizado.

—¡Vaya que sí! Sin duda merece un brindis.

Y en medio de una conversación que pronto pasó a la vida de Messier, giraron a la izquierda y se adentraron al callejón de la taberna. Vislumbraron todo, sin olvidar que estaban ahí para identificar algo que pudiera llevarlos a saber quién era Camil, y por qué Gromund había decidido acudir al sitio sin decirle a nadie más que a Félix.

Allan no sabía por qué, pero siempre había tenido fascinación por los callejones, quizás fuera porque en ellos sucedían muchas cosas, porque se trataba de lugares estrechos, escondidos del resto, algo ocultos y que parecían no llegar a ninguna parte. Quizá fuera por el modo en el que la luz se reflectaba, especialmente durante la noche. O por la belleza que representaba. Y el hecho de estar ahí, ya le indicaba que algo realmente interesante había pasado.

Continuaron algunos metros a través de la calzada de adoquines, deteniéndose finalmente frente al letrero negro por encima de ellos, en el que se podía apreciar en letras blancas y cursivas, el nombre del sitio: Coliseo Dorado.

No había duda, ese era el lugar que buscaban.

Ingresaron uno detrás del otro, había poca gente a esas horas, apenas a mitad del día. Y de los pocos ahí concentrados, ni siquiera se molestaron en observarlos. Al ingresar a un sitio como ese se aseguraba la camaradería, en la mayoría de los casos. Lugar en el que las penas y los malos ratos se olvidaban, en donde tras finalizar la noche, salías con algunos amigos más en tu lista de contactos.

Antes de decir nada, Allan y Lucas se dirigieron a la barra como un par de colegas sin nada que investigar. A veces era mejor inmiscuirse entre la multitud y descubrir cosas sin levantar sospechas, a veces la

gente solía hablar de más y con sinceridad, cuando no sentían la presión de un interrogatorio.

Una vez situados frente a la barra, ambos pidieron un trago y se dejaron llevar por las conversaciones que pudieran llegar a ser de su interés. Ya habría momento para preguntar e inspeccionar.

Por lo pronto, brindar por las mujeres de su vida había sido lo más viable. Aquellas damiselas que se divertían y descansaban mientras ellos se sumergían al mar, envueltos en una camisa de fuerza, tratando de realizar un acto de escapismo, que Messier pudo haber hecho perfectamente. Caían al abismo, incluso sin saberlo.

Con las copas encima pronto el ambiente comenzó a envolverlos. Lucas era el más perdido y para su suerte, Allan aguantaba más. El gendarme aún podía sostenerse sobre sus pies, pero había bebido y aunque seguía en sus cinco sentidos, pronto su cuerpo comenzaría a decaer al transcurso del anochecer.

Motivo suficiente para que minutos después, el inspector tuviera que tomar la decisión de sacarlo de ahí. Además, una mujer lo esperaba y en ese estado no podía cargar con el hombre que lo acompañaba, había que dejarlo descansar en un hotel cercano a la taberna. Por lo menos unas cuadras arriba.

Ella era una mujer despampanante, alta, delgada, con un aroma que enamoraría a cualquiera. Sus ojos, un destello en la oscuridad, sus labios, ampliamente cálidos y muy bien definidos. Con un ligero rubor en los pómulos, que hacían maravilloso contraste con su sonrisa. A primera vista, la calidez de su rostro hechizaba, era difícil poder apartarse de ella. Llevaba el cabello suelto, cayéndole por los hombros como una fina y suave cascada en el paraíso.

Se aproximó a ellos ante la insistencia de sus cuestionamientos y es que, con el alcohol sobre sus venas, habían olvidado mantener la prudencia en la pesquisa. La locuacidad se les había ido de las manos y muchos en el sitio pronto supieron el motivo de su visita.

Ante su aparición y luego de una conversación alejada de la investigación, Lucas pronto se animó a invitarle un trago. La acción inmediatamente fue percibida por el inspector como una punzada al corazón. La mujer había estado a su lado y no comprendía el atrevimiento de su amigo.

Quizá solo se debiera a las copas, pensó animándose a volver la conversación hacia lo que quería saber sobre Messier, pero entre cada segundo transcurrido, el gendarme lo hacía más complicado. Sacarlo de la jugada, por al menos unas horas, debía ser lo más prudente.

Convencido de eso, Allan solicitó información a la damisela sobre un hotel cercano al sitio. Después de todo, el objetivo de su visita se había cumplido.

Estaba seguro de la importancia de la información que la mujer le proporcionaría, por lo que prefirió solicitarle que lo acompañase al hotel, excusándose en no conocer la villa.

Solo de este modo podía asegurar su permanencia, por lo menos hasta averiguar todo lo que ella sabía.

Afuera, el atardecer ya había caído. Tanto, que cuando salieron del lugar, un manto oscuro los envolvió. No era de extrañar que una vez estado fuera, la frescura del ambiente les oxigenara el cerebro, obligándolos a despertar y a estar más atentos al cabo de unos cuantos pasos.

—Es por ahí —dijo ella y Allan la contempló por lo que pareció ser una eternidad. Ensimismado en sus cavilaciones, creyó ser presa de sus encantos, aunque de eso, ni una palabra mencionó.

Acto seguido se encontraban caminando calle arriba, él con Lucas al costado y con el brazo sobre sus hombros, balbuceando incoherencias. Ella, caminando a su lado, con una hermosa sonrisa ante la locuacidad del gendarme.

—Ignóralo, tan solo ignóralo —decía Franco agradeciendo no haber sido él, el alcoholizado hasta el cuello. Vaya condena.

Entre risas y banales conversaciones, pronto doblaron a la derecha hasta llegar al sitio recomendado por la mujer. Un hotel deslumbrante a primera vista. Con una fachada esplendida, con las luces haciendo contraste con el interior del recinto, reflectándose en los cristales del acceso. Con un mozo vigilando en la entrada y recibiéndolos con encanto. Con sofás y muebles ocres amplios y cómodos, contrastando con el beige de las paredes. Delante de ellos, en la recepción, por encima de la cabeza del hombre que le atendía, se encontraban algunos relojes mostrando diversas zonas horarias.

—Buenas noches. Una habitación para dos, por favor —solicitó volviendo la vista al hombre que había dejado recostado sobre uno de los sofás, y hacia la mujer que esperaba con complacencia. Resultándole imposible no cruzar sus miradas en un acto de incertidumbre y vacilación, al tratar de recordar su nombre. Quizá no se lo hubiera mencionado.

Segundos después, volvió la vista al recepcionista, mostró su identificación y registró sus datos. También le extendió la tarjeta de pago y una vez terminado el registro, le fueron proporcionadas dos tarjetas de plástico con las que podría ingresar a la habitación.

—Gracias y buenas noches —expresó su gratitud guardándolas en su bolsillo, para después dirigirse hacia donde había dejado a Lucas. Lo tomó entre sus brazos y le pidió a la mujer que lo acompañase, no se fiaba de dejarla abajo y pedir que lo esperase.

Los tres subieron al elevador, Lucas estaba casi dormido y se encontraba en un estado tan miserable que difícil le sería recordarlo

todo a la mañana siguiente.

Una vez hubieron llegado, la mujer abrió la puerta y Allan entró seguido de ella. Colocó a Lucas sobre una de las camas y luego se dirigió al cuarto de baño para mojarse el rostro. Para espabilarse y evitar caer abatido como su amigo.

La damisela que lo esperaba no merecía que Allan se quedara dormido a mitad de la conversación.

—Listo, vámonos —expresó su impaciencia, y consiente de los desbarajustes que había hecho, o más bien, arrepintiéndose de los pocos modales que había tenido—. Soy Allan Franco, lamento no haberlo dicho antes.

—Oh, sí lo mencionaste —sonrió la mujer.

—¿Sí? —preguntó desconcertado.

—Sí… Yo soy Nora, eso no te lo había dicho… de cualquier manera, creo que también lo habrías olvidado.

—Vaya, no lo haría… —respondió con encanto reconociendo no estar tan perdido—. Un gusto Nora, vamos, salgamos de aquí.

La mujer resplandecía en su plenitud y Allan no podía evitar pensarlo, aunque pronto el recuerdo de su novia lo abrumó, y le hizo sentirse fatal al pensar siquiera serle infiel. Sacudió la cabeza intentando alejarse de aquellos pensamientos, para concentrarse en la investigación sobre el mago. Por eso estaba ahí, para desvelar los hechos y no para flirtear.

—Si recuerdo bien, en la taberna has dicho que conocías a Messier Gromund, ¿no es así? —inquirió después de abandonar el hotel, no quería parecer desesperado, ni mucho menos inquietarla, como solía hacerlo cuando interrogaba. Más bien, quería que se tratara de una conversación amena—. Es mi amigo, y no me coge las llamadas, estoy preocupado por él, hace ya cinco días que no lo veo —explicó haciendo referencia al último día en el que se le había visto haciendo un acto de escapismo. En el que había asegurado volver al cabo de tres días, el viernes, cuando las llamas consumieron a un hombre que no era él—. No sé, quizás tú lo hayas visto…

—Sí, lo vi. Estuvo aquí, en la villa.

—¿Cuándo? —cuestionó con gran interés.

Nora lo pensó por algunos instantes y luego habló.

—El martes, hace cinco días. Estuvo en el verdadero Coliseo Dorado. Lo vi esa noche, quizás por eso no lo has visto desde entonces, él estaba aquí… —reveló.

—¿Tú y él…?

—Yo y él…

—Sí, ustedes… —Se anticipaba a algo que podía intuir, aunque no entendía por qué su presencia le infundía inquietud, quizá fueran las copas que le impedían pensar y expresarse con claridad, como solía

hacerlo. Decidió dejar de parecer un idiota, se convenció a sí mismo, tomó un gran respiro y sentó cabeza—… ¿son pareja?, ¿de qué lo conoces? Te refieres a él como si lo conocieras de mucho, quiero decir, estoy seguro de que no se trató de un encuentro banal y casual.

—Vaya, cómo has cambiado. Has despertado —se burló con encanto.

Ambos continuaron con la caminata, y entre cada pasó Allan se sentía con mayor energía. El frío pegaba contra su rostro y lo agradecía, porque eso le permitía oxigenar el cerebro, luego de haber pasado la tarde en la taberna.

Sin embargo, no dijo nada ante el comentario de la chica, sabía que hablaría, tan solo estaba pensando por dónde comenzar o qué decir, lo veía en sus facciones, no hacía falta formular una pregunta más.

—Lo conozco de mucho tiempo, sin embargo, él y yo no somos pareja. Messier es atractivo, pero no he sido yo en la que se ha fijado… —habló reavivando los recuerdos, algo que el inspector desconocía—. Más bien, somos muy buenos amigos. Él solía frecuentar el lugar, sobre todo después de haberle presentado a un amigo que, si te cuento, seguro no me creerías.

—¡Venga ya! Creería todo menos la magia.

—Vamos, no seas pesado. Has dicho que Messier es tu amigo.

—Con justa razón, nada mejor que molestarlo con eso, ¿no?

—Estoy segura de que no te soporta —bromeó.

—Dímelo.

—Tenía un plan de locos, trabajaba en ello. Supongo por eso vino a la villa, me hizo prometer que no se lo diría a nadie… con el tiempo, el amigo que le presenté se convirtió en su representante… —Lo miró con extrañeza pensando en algo en lo que no había reparado—. Si eres su amigo, ¿por qué no te lo ha dicho a ti? Dices que te llamas Allan, Messier jamás habló de ti, nos habló muchas veces de Félix y tú no encajas en la descripción.

La mujer detuvo el paso y lo observó intentando descubrir algo, pero le fue imposible. Allan sabía mantener la calma.

—¿Félix sabía del plan? —quiso saber.

—¿Por qué quieres saber de Messier? ¿Quién eres?

—Escucha, es cierto. Gromund no es mi amigo, pero investigo. ¿Lo has visto? ¿Sigue en la villa?

—¡No pienso contestar nada! —bramó dispuesta a alejarse, no obstante, Allan se apresuró a tomarla del brazo para impedirle dar un paso más.

—¿Quién es Camil? ¿La chica de la que se ha enamorado? ¡Responde!

—¡Suéltame! No tengo nada que decirte. —Y con la mano que

tenía suelta, le propinó una buena bofetada que lo obligó a soltarla—. ¡Cabrón!

—¡Nora! ¡Espera! Soy inspector, investigo sobre su muerte… —explicó en el afán por mantenerla a su lado para continuar con la investigación.

La mujer detuvo el paso pensando en las últimas palabras del hombre al que había abofeteado. Permaneció helada, sin mover un músculo. Pensaba con detenimiento.

El inspector aprovechó la estupefacción y apresuró el paso hacia ella. Había que comenzar de nuevo.

—Siento no habértelo dicho antes, creí que sería mejor averiguar sin tener que decirte nada sobre el caso, pero ahora que lo sabes, háblame sobre el plan de Messier. Dime si lo has visto o en dónde está, dónde se hospedaba. ¿Quién es Camil y por qué te pidió que no dijeras nada?

—¿Él está muerto? Has dicho "investigo sobre su muerte" —mencionó conteniendo las lágrimas.

Allan suspiró y comprendió que, si quería saber los secretos sobre Messier, debía ser recíproco al compartir información. Por lo menos no se lo diría todo, tan solo lo necesario para que Nora hablara sin llegar a comprometer la investigación.

Hasta ahora solo Lucas y el inspector sospechaban que el cuerpo encontrado en el teatro no era del mago al que todos conocían, y que el incendio había sido un paripé o más bien un despiste para ocultar algo más grave.

¿Qué secretos escondes? Había escrito en la libreta durante su viaje en tren. Y ahora sabía que Nora podía ayudarle a responder la cuestión.

—Quizás el plan que tenía le salió mal. —La mujer expresó su revelación.

—¿Te contó detalles sobre el plan? —preguntó el inspector aún sin reanudar la marcha.

—No, no del todo. Camil no le tenía permitido revelar nada, solo sé que se trataba de un acto que había copiado de otro mago. No me lo dijo con esas palabras, pero lo intuí…

—¿Sabes qué hacía cuando venía aquí o sobre los lugares que frecuentaba? Esa puede ser obvia razón para asesinarlo —pensó en ello y guardó la información en su memoria como el posible móvil del crimen.

—Sé de uno… como lo dije antes. En el verdadero Coliseo Dorado…

—¿El verdadero? ¿Qué quieres decir? ¿No es aquel en el que estuvimos antes?

—Para nada, aquella es una taberna común, para "el resto" —

mencionó poniéndose en marcha—. Verás, hace algunos años, cuando los magos se congregaban en este sitio, tenían una especie de cabildo. Lo nombraron Coliseo Dorado. Solo se permitía el acceso de magos y ante la demanda de civiles que suplicaban poder ingresar, se creó el otro Colisée. Por supuesto, algunos magos lo frecuentaban. Pero durante su decadencia, se olvidaron de él. Al pasar de los años, la esencia se olvidó y los magos abandonaron el sitio. Ahora funciona igual, pero para personas más refinadas. Ese es el verdadero Coliseo Dorado, tal vez ahí puedas encontrar información, tal vez alguien lo haya visto con anterioridad… A ese sitio nos dirigimos ahora.

Ambos prosiguieron por aproximadamente dos cuadras, hasta situarse frente a un recinto más refinado, con una especie de fachada que daba la sensación de ser de mármol. Algunos cristales que hacían contraste con la luz y al interior un destello deslumbrante. Por encima, estaban las palabras: Colisée Dorado.

Ingresaron con prontitud luego de haber observado el sitio y maravillarse con el estilo. Luego, prosiguieron hasta la barra.

Allan analizaba todo en busca de un rostro conocido, aunque no corrió con suerte.

Acto seguido, pidieron una copa para pasar desapercibidos y cuestionaron a todo aquel que podían para obtener algo que los llevara a la verdad sobre Messier Gromund.

Al fondo sonaba una melodía, el ambiente estaba por los cielos, las charlas, las risas, las revelaciones y las camaraderías se visualizaban por todo el sitio. Allan y Nora habían pasado a formar parte de ellos.

Sin embargo, sus preguntas fueron en vano. Nadie afirmaba conocer al mago, nadie había hablado con él ni lo había visto.

Lo estaban cubriendo o en verdad nadie lo conocía.

Para el inspector Franco estaba claro, había quien sabía sobre el hombre pero que, por obvias razones, ocultaban información. Era un gremio que se cuidaba, que no hablaba hasta estar seguros de no existir ningún problema, hasta asegurarse de no correr ningún peligro. Pero, sobre todo, se trataba de individuos que cuidaban su integridad, que no revelaban información que los llegara a incriminar y que, de llegar a ser los culpables, por supuesto, nadie hablaría.

Después de todo, robar un acto de magia podía considerarse grave.

—Vámonos, ya hemos hecho bastante revuelo —dijo el inspector susurrándole al oído—. Si alguien sabe algo, pasará la voz y lo sabré. Me encontrarán.

Bebieron un último trago y salieron de ahí.

Allan acompañó a la dama a su domicilio en torno a la medianoche.

El cuerpo le pesaba, sus sentidos estaban a punto de colapsar, sin embargo, se esforzaba por aguantar, por mantenerse erguido y por

obligar a sus pies a responderle. Esta vez el alcohol le había hecho efecto.

Y sin oportunidad a oponerse, cayó rendido hasta que sus músculos se relajaron y le hicieron perder la noción del tiempo.

# 5

# AMENAZA

Lucas se despertó con dificultad, le costó identificar el sitio en el que se encontraba y lo qué había sucedido la noche anterior. Un fuerte dolor de cabeza lo sacudió al reincorporarse, obligándolo al instante a sentarse sobre el borde de la cama. La luz del sol le fastidiaba, apestaba y sabía que debía tomar una ducha.

Con cuidado y gran esfuerzo, logró abrir los ojos hasta acostumbrarse a la luz diurna. Bostezó elevando los brazos y se dirigió al cuarto de baño. Intuía que Allan lo había llevado ahí luego de haber bebido.

No recordaba mucho, de hecho, nada. En su cabeza había un torbellino de ideas y suposiciones sobre lo qué había pasado, no obstante, pronto las ideas se disiparon al recordar que esperaba unos resultados de ADN.

Apresurado, ingresó al cuarto de baño para tomar una ducha y posteriormente vislumbrar los resultados, pero no hizo más que sorprenderse ante lo que tuvo frente a él. Sobre la pared había un mensaje en rotulador negro, algo que solo había visto en las películas, pero que, sin duda, formó un enorme agujero en su estómago.

La situación lo obligaba a olvidarse por completo de tomar una ducha y a mantenerse alerta al tiempo que desenfundaba la pistola.

«¡Dejen de investigar sobre lo que no les concierne!»

El mensaje era simple, sin rodeos y para su suerte, sin ninguna otra sorpresa.

Alarmado, miró a su alrededor en busca de algún intruso, y caminando sigilosamente, examinó cada compartimento hasta asegurarse de que nadie más estuviera ahí.

Se dirigió al cuarto conjunto y miró en la pequeña sala, también

examinó cada uno de los muebles y vislumbró debajo de la cama. A veces era necesario tomar medidas extremas, pensó. Sin embargo, en la habitación no había nadie.

Sin pensarlo y algo alarmado, asomó la cabeza con suma cautela a lo largo del pasillo, con la intención de identificar algo, aunque el resultado fue el mismo, no había rastro de Allan ni de nadie más que él.

De vuelta a la cama, Lucas buscó con urgencia su teléfono móvil para localizar al inspector y ponerlo al tanto de lo que había ocurrido.

Lo llamó con insistencia una y otra vez hasta que finalmente tomó la llamada.

—¡¿Dónde diablos estás?! —pronunció con furia y tremendo desconcierto.

—¡Lucas! Estoy en la recepción, voy en camino.

—¡Apresúrate! Alguien ha entrado a la habitación y nos ha dejado un mensaje —expresó alarmado, con el frío recorriendo su espina dorsal, como si en cualquier momento fuera a aparecer el agresor.

—¿Un mensaje? ¿Qué clase de mensaje? —indagó curioso.

—¡Una amenaza! ¡Allan, creo que nos hemos metido en algo muy grueso! Créeme, debemos abandonar la investigación —reculó.

—Pero ¿qué dices? Es una buena investigación, no te habrás acobardado. —Se burló soltando una pequeña risa—. Además, tú lo has dicho, solo es un mensaje…

—¡Maldición, Allan! No tenía razones para investigar… —Se defendió haciendo notar su arrepentimiento—. De haber sido por mí, esto habría quedado en un fatídico incidente.

—He encontrado a alguien —reveló con pausa para tranquilizarlo —, me ha dicho lo que planeaba Messier… Teníamos razón, han intentado asesinarlo.

El inspector Franco ingresó al elevador y guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón. Pensaba en lo que Lucas le había dicho y en lo poco que había reparado en ello. No había sido consciente de lo poco interesado que él estaba respecto a la investigación, y que más bien, resultaba intrigante para Franco. Parecía que se lo hubiera tomado como algo personal. Aspecto por el que le resultaba imposible poder olvidarlo.

Allan era del tipo de personas a las que les gustaba aventurarse, asumir riesgos y llegar al final de un caso, pero, sobre todo, desvelar el motivo por el que los sucesos habían ocurrido. Él sabía que Messier tenía una gran historia por contar, que no era coincidencia que hubieran querido asesinarlo.

Las puertas del elevador se abrieron frente a él, y prosiguió a paso acelerado hasta donde se encontraba su amigo. Sacó la tarjeta de su bolsillo y se apresuró a colocarla sobre la puerta, teniendo acceso

inmediato a la habitación.

Lucas estaba ahí, sobresaltándose al percibir su ingreso y enfundando la pistola con mayor tranquilidad, al saberse a salvo tras atisbar al inspector. Lo miraba con rabia, se estaba jugando la vida, pero así era su trabajo, nunca sabía cuándo sería el último de sus días, y culpar a Allan por algo así, no era precisamente lo más correcto. Después de todo, había sido él quien le había pedido ayuda y quien lo había adentrado a la investigación.

—Lo siento —habló cambiando el semblante—, me he pasado. Sé que es un buen caso y que he sido yo el que te ha pedido ayuda en la investigación. Perdí los estribos… —dijo apenado.

—No hay problema… —mencionó el inspector echando un suspiro luego de que los nervios de su amigo se hubieran apaciguado, por lo menos al tenerlo frente—. ¿Dónde está?

—Por aquí, en el baño —respondió al tiempo que caminaba para mostrarle lo que había encontrado—. Es una advertencia o por lo menos eso quiero suponer. ¿Qué razones tendrían para obligarnos a no investigar?

—Estamos en otra villa, a kilómetros de la nuestra, y estoy seguro de que algo ha pasado aquí que han querido asesinar a Messier. Me parece que estás consciente de que todo lo que ocurra será extraoficial, que está fuera de nuestro alcance y que, si queremos seguir investigando, será por nuestra cuenta o con ayuda de los oficiales de este lugar…

—Lo estoy, aunque nos será difícil poder pasar desapercibidos de la Policía. Tengo conocidos en este sitio, si hablo con ellos puede que nos faciliten las cosas.

—Hazlo y procura actuar con discreción, aún no sabemos a lo que nos enfrentamos. Al parecer Messier trabajaba en algo que molestó a ciertas personas…

—¿De qué hablas?

—Ayer, cuando te saqué del bar, venía con nosotros una mujer que afirmó conocer a Messier, charlé con ella durante unas horas. Nos dirigíamos a otra taberna, el verdadero Coliseo Dorado —explicó hablándole sobre lo que Nora le había revelado al respecto—. Nos adentramos al lugar y me contó todo lo que sabía —dijo alejándose del baño para tomar asiento en uno de los sofás, Lucas hizo lo mismo reconociendo que lo que a continuación le revelaría, sería crucial—. Su nombre es Nora, conoció a Messier en un evento fortuito, en la misma taberna en la que tú y yo estuvimos ayer. Deslumbró a todos con sus actos, eso fue antes de volver a su pueblo natal. Podría decirse que esta villa era su segunda casa. Aquí pasó gran parte de su adolescencia y juventud. Justo como Félix lo dijo, Messier y su familia se mudaron, vivían en otro sitio y en algunas ocasiones acudían a

visitarlos. Pero eso solo durante la niñez, después perdieron contacto y hasta hace unos años, se volvieron a ver.

—Cuando volvió a la villa…

—Sí, cuando volvió y fue considerado uno de los mejores magos. Pero aquí no, no en este sitio.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Nora me ha revelado que aquí había magos… cómo decirlo, más sofisticados, algo cuidadosos con sus trucos y algo egoístas al no permitir la entrada de alguien más a su grupo, aunque Messier estuvo dentro. Trabajó e interactuó con ellos en múltiples ocasiones, se hizo de grandes aliados y, sin embargo, su nombre no figuraba en los titulares. Darse a conocer fue difícil, pocos lo conocían en este sitio, eso pasó con algunos más y todos tuvieron que emigrar, no recibían el aprecio y la admiración que merecían.

—Por eso volvió a la villa, tenía más oportunidades, ¿no es así? —cuestionó Lucas.

—Sí, puede ser.

—Pero no es eso lo que te inquieta, ¿cierto?

—Para nada. La mujer ha dicho algo que me ha dejado especulando —continuó—. Cuando le pregunté por las ocasiones en las que coincidía con Messier, me ha quedado claro que era porque asistía al Colisée Dorado, para luego perderse durante uno o dos días. Nora no sabe a dónde iba y no le importaba, porque siempre reaparecía. Eso es lo que me inquieta, ¿por qué a pesar de no ser reconocido en este sitio, seguía frecuentándolo? ¿Qué le hacía venir? ¿Cuáles eran sus motivos? No me creo que sea por la calidad o el ambiente en la taberna, hay mejores sitios en los que residir. —Se detuvo un momento intentando encontrar un motivo y luego prosiguió —. Además, me dijo que tenía un plan, que realizaría un evento increíble. Aunque a ella no le reveló grandes detalles, tan solo sabía que se trataba de algo como lo que se pretendió realizar en el teatro. Afirmaba tener un as bajo la manga. Quizá robó el acto… También me reveló que Camil era uno de los hombres con los que había estado trabajando, tal vez un residente de aquí.

—¿Su asistente?

—Sí y como ella me lo ha descrito, puede que además de ser su representante, también fuera su amigo y confidente. De cualquier manera, el único que sabía lo que Messier estaba planeando. Y debemos encontrarlo, tal vez fue él quien dio el aviso para iniciar el fuego. ¿Tú lo conoces? ¿Habías escuchado hablar de él?

—Para nada, en la villa no se sabe quién es su representante y jamás había escuchado ese nombre, pensé que se trataba de una mujer… —dijo quitándole importancia.

—Sí, eso creía hasta hace un rato… —concordó el inspector.

—Incluso llegué a creer que todo esto era parte de un crimen pasional. Yo qué sé, podría ser lo más viable para justificar sus ausencias, quizás venía a visitar a una bella damisela, esa podía ser buena excusa para abandonar a un amigo, a Félix…

—Puede que lo que Nora me ha dicho sea cierto. Míralo así, existe la posibilidad de que Messier hubiera robado el truco de algún mago y que hubieran querido asesinarlo por no darle los créditos, o por dejarlo fuera… —conjeturó el inspector interrumpiendo a Lucas—. Eso lo he estado pensando desde que la chica me reveló lo que sabía de él. Aunque no explica mis sospechas sobre el hombre que ha muerto en el teatro, de ser eso posible, Messier estaría muerto y nada en esta investigación tendría sentido.

—Tendría sentido si los resultados coinciden. Piénsalo, han asesinado al mago porque robó un truco y como lo has dicho antes, aquellos hombres con los que se relacionaba eran cuidadosos. No me extrañaría que tuvieran un ego enorme para reclamar algo que les han robado. Eso podría explicar las irregularidades en el incendio. Planearon su muerte… —vaticinó con convicción.

—¿A qué te refieres? ¿Ya tienes los resultados? —cuestionó sin aparatar la mirada de su compañero.

—Los resultados, sí. Los he revisado. Coinciden, son idénticos.

—¿Idénticos? —habló para sí pensando en una posibilidad que no llegaba a concretar.

—Sí, coinciden. No hay duda.

—Pero, no tiene sentido… —pronunció intentando explicar una inferencia, producto de la pesquisa que habían estado realizando, empero, un golpe frenético en la puerta los desconcertó, provocando cierta quietud y alerta en ambos individuos.

Allan fue el primero en levantarse luego de cruzar miradas furtivas con su amigo. Lucas iba tras él, comunicándose con la mirada y asiendo la pistola a la altura de sus hombros. Sigilosos, caminaron a lo largo del pasillo que conectaba con la entrada. Los golpes aún se escuchaban y el inspector acercó el ojo a la mirilla.

El gendarme estaba a punto de disparar.

—Guárdala, es el botones —susurró con alivio.

Acto seguido, abrió la puerta y lo miró sin pronunciar palabra alguna.

—Siento molestarlos, caballeros, pero me han pedido que les dé un recado. —Se notaba que el hombre llevaba años trabajando en el hotel y que tenía poco interés por asistir a una habitación para dejar un recado. Aunque teniendo a Allan frente a él, se lo comenzaba a cuestionar. Lo primero que hizo fue mirarlos a ambos, algo sorprendido. Con el pulso cardiaco disminuyendo. Cruzó miradas con Lucas y luego con Allan, tragó saliva y volvió a hablar—. En la

recepción hay un hombre, dice que los conoce, intenté llamarlos a la habitación, pero no cogían el teléfono.

—¿El hombre sigue abajo? —cuestionó sin recordar haber escuchado sonar el teléfono.

—Sí, bueno, no lo creo. Me ha pedido que les comunicara que los espera en diez minutos en la taberna más cercana al hotel. El Coliseo Dorado. ¿Lo conocen?

—Sí, pero ¿cómo se llama ese hombre? —quiso saber Franco acercándose a él.

—No lo sé, tan solo me ha dicho eso —expresó el botones con nerviosismo infundido por la cercanía.

—¿Cómo era? —insistió el inspector.

—¿No lo conocen? —expresó alarmado.

—Por supuesto, conocemos a muchos. Peor si no nos has dado su nombre.

—Bueno, mencionó algo de un mago, dijo que quería hablarles de él. De un tal Me… Mester Grond… —pronunció rebuscando con insistencia en sus recuerdos.

—Messier Gromund —aclaró Lucas.

—Sí, eso mismo. Bien, debo irme, tengan buen día.

—¡Alto! —expresó Allan evitando que diera un paso más y en su lugar, se girara hacia ellos—. ¿Puede existir la posibilidad de que además de nosotros, alguien más pueda ingresar a nuestra habitación? Es decir, ¿alguien más tiene la tarjeta de acceso?

—No señor, no se puede. ¿Acaso alguien ha entrado a su habitación?

—No, olvídelo. Simple curiosidad. Gracias por el mensaje.

—Por nada, buen día —dijo y se perdió al doblar el pasillo.

El inspector Franco cerró la puerta y pudo percibir un suspiro de alivio saliendo de la boca de Lucas.

Alguien sabía sobre la investigación que estaban realizando y no les gustaba para nada. Aquello les hacía pensar que los enemigos de Messier ahora también eran sus enemigos.

—No iremos, ¿cierto? Es una trampa —articuló Lucas tomando un vaso de agua.

—No lo sabemos, además han dado con nosotros, nada aquí nos mantiene a salvo. El hombre que ha venido a buscarnos puede ser Camil o el mismísimo Messier.

—¡Pero está muerto!

—Es un mago, pudo habernos mentido —intervino Franco con astucia. Revelando algo que Lucas no esperaba escuchar y que ahora reconocía podía ser factible.

—Ahora soy yo el escéptico —carcajeó con fuerza y cierto nerviosismo—. Solo digo que, si vamos, aseguramos nuestra muerte.

—¿Qué pasa Lucas? Te creí con agallas, eres el gendarme, tienes una pistola, dispara si es necesario, pero piensa en la gente que resultó herida por el incendio. Ambos sabemos que no fue un accidente y que algo muy macabro está detrás de todo esto. No sé tú, pero yo iré —finalizó con decisión.

Dicho esto, tomó su chaqueta, se enfundó la cajetilla de cigarros que había sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta de salida.

—No te olvides de tomar la tarjeta de acceso —pronunció Lucas siguiéndolo detrás.

Quedarse en la habitación no era seguro y estar afuera tampoco, pero dos ya hacían la diferencia. Les sería más difícil ser embestidos estando juntos que uno por su cuenta.

# 6

# CAMIL

El sol calentaba la acera, el calor era infernal y una cálida oleada pronto los embistió tras atravesar las puertas del hotel. Cuestión de minutos para que las camisas se les pegasen a los cuerpos. Había sido mala idea llevar sus chaquetas, pero no había de otra, no regresarían a dejarlas.

Los viandantes se cruzaban con ellos, la gente comenzaba a congregarse en las calzadas y los murmullos de los visitantes, pronto afloraron por el ambiente. Era lógico, estaban en plenas vacaciones de verano. Momento aprovechado para salir a tomar el sol, descansar y adentrarse a los lugares que habían planeado visitar desde hacía tiempo.

Todos caminando sin reparar en nadie, tan solo viviendo, disfrutando del día y olvidándose de la rutina, un pequeño momento para desconectar.

Todos ellos ajenos a lo que acontecía en otros sitios, a los miles de incidentes que terminaban en un fatídico final y a los miles de arrepentimientos ante un “si no hubiera”, quizás eso fuera lo que pensaba Lucas, si no hubiera invitado a Allan a presenciar un acto de magia, si no hubiera acudido a él para pedirle ayuda, si no hubiera llevado la chaqueta.

Sin embargo, él sabía que no tenía sentido lamentarse, que todo siempre seguía su curso.

—Hay algo que no te he dicho… —reveló Franco deteniendo el paso a la mitad del camino.

—¿Qué? —cuestionó Lucas tratando de mantener la compostura.

—Hice algunas preguntas cuando fui al Colisée. Estoy seguro de que mi plan ha funcionado —Lucas lo miraba sin comprender—. No obtuve ninguna respuesta, nadie conocía a Gromund, nadie me dio información y, sin embargo, sabía que alguien hablaría. Sabía que las noticias sobre mi pesquisa llegarían a los oídos adecuados.

—Así que esto no es coincidencia. El mensaje de advertencia y el hombre que ha solicitado vernos en la taberna, es debido a tu imprudencia —bramó con locura.

—Yo no lo veo así, solo he agilizado las cosas. Los involucrados comenzarán a hablar.

—¿Y si las cosas salen mal? ¿Y si no son cómo las esperas?

—Este es el plan —habló el inspector Franco dirigiéndose hacia Lucas sin siquiera mirarlo, más bien, se centraba en los adoquines que ahora estaban pisando—. Tomaremos asiento frente a la barra, no lo buscaremos, él llegará, nos conoce, claro está. Llegará segundos después de que nos instalemos, se sentará a nuestro lado y pedirá lo mismo que nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo más lógico para iniciar conversación, yo lo haría. Actuaría disimuladamente y luego la charla surgiría —explicó reanudando el paso—. Trataremos de hacer que nos diga todo lo que sabe y no nos iremos sin tener respuestas… Ha elegido un lugar conglomerado, con personas ingresando y saliendo constantemente. No creo que tengamos problemas o que se trate de una trampa, pero, si las cosas se ponen feas, en caso de ser un engaño —esta vez alzó la mirada y se detuvo por escasos segundos, cruzando sus pupilas llenas de determinación, con las de Lucas—, saca la pistola, sabes qué hacer, todo siempre será en defensa propia, no lo olvides.

Lucas lo miró y asintió sin ninguna objeción. Lo comprendía muy bien, más valía anticiparse a lo que pudiera llegar a suceder.

Doblaron a la izquierda, se detuvieron por un momento y luego prosiguieron al imaginar su futuro. Una especie de siniestro *déjà vu* los envolvió al recordar el día anterior, cuando pisaron los mismos adoquines, ignorando lo que pasaría al día siguiente. Y por muy extraño que pareciera, algo les decía que ocurriría lo mismo.

Tomaron un largo respiro como si fueran a necesitarlo posteriormente y se adentraron al lugar con porte valeroso.

Pese a lo relativamente temprano que era, en el sitio ya había uno que otro hombre que se tambaleaba sobre la silla. Algunos más, hacían apuestas colocando los billetes sobre las mesas, y otros, aún con cordura, se mantenían frente a la barra.

Lucas y Allan prosiguieron hasta aquel lugar, pidieron una cerveza al cantinero y éste los atendió enseguida.

Instantes después, luego de que sus bebidas les hubieran sido entregadas, se aproximó a ellos un hombre de mediana edad, alto, con pantalón mezclilla y una camisa ligera, lo suficiente para sobrevivir en medio del calor infernal. Cualquiera que lo mirase pensaría en él como un cliente más.

—Lo mismo que han pedido los caballeros, por favor —solicitó al *barman*.

Lucas no pudo evitar sonreír al saber que estaba sucediendo lo que el inspector había augurado.

En un acto disimulado, tomaron un trago y nadie habló hasta pasados unos minutos. Estaba claro que Allan y Lucas no lo harían hasta que el hombre pronunciara la primera palabra.

—Me han hablado de ustedes… —intervino mientras se llevaba el vaso a los labios—. Me han dicho que investigan sobre Messier, que lo buscan —susurró como si alguien estuviera vigilándolos—. ¿Ha muerto? Es lo que se rumorea con insistencia —pronunció con cautela.

Sus miradas se cruzaron ante esta última pregunta, Lucas bebió y sin saber qué responder, prefirió dejárselo a Allan.

—¿Quién eres tú?

—Soy Camil, el representante de Messier, hace cinco días que no lo veo, desde el miércoles. Lo he llamado, pero no he logrado localizarlo, al parecer se ha deshecho del móvil.

—¿Ha hecho algo? ¿Por qué no querría que lo encuentres? —preguntó Allan con astucia.

Camil carraspeó y luego tomó un trago, lo necesitaba para poder hablar.

—No, es decir, no, él…

—Se más específico y evítate los rodeos —propuso el inspector.

—Estuvo aquí el miércoles o por lo menos lo vi ese día, hablamos sobre negocios, su próximo acto… había estado preparando algo arriesgado… y no digo “un riesgo” por lo que el acto representaba, sino por los recursos humanos que pensaba emplear…

—La idea no era suya, ¿cierto? —intervino Lucas con picardía.

—No —afirmó apenado—, pero ¿qué en esta vida es original? Todos tomamos ideas de todos, ¿quién no lo ha hecho así? Aunque ese no era el problema. Lo habíamos solucionado, con pequeñas variaciones, el truco podía realizarse. No aquí, por supuesto, ni en ningún otro lado más que en la villa en la que residía, esa fue la única condición para que el truco pudiera ser concretado. Le dije muchas veces que no estaba listo, que no podía aventurarse a hacerlo, creí que lo había convencido… Veo que no fue así —suspiró—. Lo he visto en las noticias, lo hizo sin mi consentimiento, pero ¿quién de los dos?

—¿Los dos? —inquirió el inspector con intriga.

—Sí, él o su hermano, ¿de quién es el cuerpo? —reveló provocando desconcierto en ambos hombres.

Al instante, el teléfono del gendarme sonó y afuera un gran estruendo se percibió provocando el desconcierto de muchos, entre ellos, el inspector y el policía.

—¡Son los que nos han amenazado! —anticipó Lucas omitiendo la llamada proveniente de la comisaría bajo su jurisdicción.

—¿Los han amenazado? ¿Quién? —inquirió Camil con extrañeza.

—Probablemente los mismos que han saboteado el acto de Messier —gruñó Allan—. Una puerta, ¿hay una puerta trasera?

—Sí, vamos, ¡vengan, por acá! —expresó Camil guiándolos por detrás.

Un par de hombres habían ingresado con tremenda violencia a la taberna, haciendo sobresaltar a los ya dormidos, elevando al mismo tiempo sus emociones tras provocar pavor en ellos. Los intrusos no tardaron en dirigir una mirada panorámica, y presentándose con cara de pocos amigos, lograron enfocarla en el trío de hombres que corrían hacia la puerta trasera.

Sin pensarlo y movidos por sus instintos de cacería, se apresuraron a abrirse paso entre las mesas, lanzando con brutalidad a todo aquel que se interponía en su camino. Corrieron detrás de ellos, siguiendo el mismo recorrido.

—¿Pero, qué mierda? ¿Quiénes son ellos? —preguntó Camil.

—¡Creí que tú podrías decírnoslo! —expresó Lucas maniobrando sus movimientos para esquivar los obstáculos.

Camil los dirigió hacia la salida más cercana y luego de unos segundos, se encontraban zigzagueando entre callejones y puestos ambulantes.

Las represalias de las personas les hacían saber que estaban causando un gran desastre, y que estaban en medio de una funesta persecución que, difícilmente terminaría bien. Ante la vista de todos seguían indicaciones de Camil, el único que sabía hacia dónde ir y qué camino tomar para lograr perderlos. Lucas y Allan iban por delante.

El descontrol en sus palpitaciones era el mismo en momentos como esos. Porque cuando uno se juega la vida y sabe que solo tiene una oportunidad para salir vencedor, lo único que queda, es correr.

—¡Dijiste que no había problema con el truco de Messier! —habló Allan volviéndose hacia atrás tan solo para identificar a lo lejos, un par de cabezas que se apresuraban a ir por ellos. Lanzando a la gente que se interponía en su camino, siendo piadosos en lo más mínimo.

—¡Y no lo hay, créeme! Lo de Messier no tiene nada que ver con robar el acto de alguien más, tengo los papeles, estaba todo arreglado, no había razón para que pudieran arrepentirse. Más bien, era como el conejillo de indias, si él fallaba, otros magos sabrían qué perfeccionar para que el acto fuera colosal.

—Y está persecución, ¿a qué se debe? —gruñó Lucas—. Para mí que alguien ha reculado, no le ha parecido que Messier fuera quien tuviera el privilegio de hacer el acto y en su lugar, ha acabado con él.

—¡No lo sé! Hablen con Efrén… —articuló con dificultad, dudando esta vez de la solidez del acuerdo—. ¡Por ahí, a la derecha y luego a la izquierda! —propuso incitándolos a ingresar a un callejón más.

En el sitio había gran tumulto de personas, los turistas se molestaban por ser interrumpidos y brutalmente forzados a despejar el camino. Algunos de ellos les gritaban vulgaridades que poco les

interesaban en esos momentos. Salvar su pellejo era lo primordial.

Corrieron siguiendo la dirección que Camil les indicaba, logrando llegar a la plaza central, un sitio más amplio y lleno de transeúntes, lo ideal para pasar desapercibidos y sentirse a salvo, por al menos algunos segundos.

Al instante, los gritos de inconformidad de los afectados, pronto se desvanecieron. El gendarme y el inspector detuvieron el paso ante el silencio, no había rastro de aquellos que los seguían, mucho menos de Camil.

Miraron en todas direcciones, buscando algo que les hiciera pensar lo contrario, quizás el hombre se hubiera perdido entre la multitud, aunque a su alrededor no había rastro de él.

El palpitar en sus corazones disminuía y su instinto de supervivencia volvía a la normalidad. Su respiración comenzaba a apaciguarse y a su alrededor, parecía no haber ocurrido nada.

—¿Crees que se lo hayan llevado? —preguntó Lucas sofocado.

—No lo sé, Camil conocía el sitio, debió haber encontrado otra salida, sería un idiota si se hubiera dejado capturar. Conocía muy bien el sitio, quiero pensar que lo hizo bien, que no arriesgó su vida por nosotros.

—Te lo dije, era una trampa.

—Pero no una trampa de Camil, esto ha sido planeado por alguien más, quizás de los que nos han dejado el mensaje. ¿Has escuchado lo qué dijo? —indagó recordando lo que el hombre había mencionado segundos antes de haber iniciado la persecución—. Messier tiene un hermano, ¿lo sabías?

—Messier no tiene hermanos, todos en la villa lo saben —aclaró con tremenda seguridad.

—Pero puede existir la posibilidad, ¿y si era algo que nadie sabía? Un oscuro secreto —vaticinó.

—La prueba de ADN lo dice, se trata del mismo hombre. No existe posibilidad alguna de que se trate de otro. Es Messier, el único.

Allan lo pensó por un momento, aún situados en medio de la calzada, ante el caminar de otros, sin mover músculo alguno. Lo que estaba cavilando lo había visto antes en una de sus tantas investigaciones, aquello podía encajar perfectamente en la pesquisa que estaban realizando.

—No si se tratara de gemelos monocigóticos —comenzó a explicar con encanto. El caso le maravillaba aún más entre cada descubrimiento—. Teniéndolo en cuenta podrían ser gemelos idénticos, con el mismo ADN, ¿de qué otro modo podría ser posible? Solo eso podría explicar los resultados de los análisis. De ser gemelos fraternos, habría coincidencias en un 50%, como se encontraría con cualquier hermano…

—Pero ¿qué te hace pensar que se trata de gemelos? ¡Esto es tan descabellado como pensar en la maldición del mago! —Lo interrumpió Lucas con fastidio—. Si solo es él, Messier Gromund, el único en el mundo…

—Camil lo dijo —aclaró con rudeza—, él preguntó "¿de quién es el cuerpo?", ¿de él o de su hermano? Y tú y yo lo hemos visto, el cuerpo encontrado en los escombros es similar al de Messier. Es suficiente para saber que tenía un gemelo y no un doble, como en varias ocasiones lo llegué a pensar… De cualquier modo, sea uno o sea el otro, sabemos que uno de ellos ha perecido, pero ¿qué hay del otro? ¿En dónde está? ¿Y por qué mierda nos persiguen? Ya te decía que esto no tenía sentido.

—¿El qué?

—Eso, que los resultados de ADN coincidieran y que nos hubieran dejado un mensaje de advertencia. De existir solo un Messier el asunto habría terminado ahí, con su muerte… Créeme, alguien más sabe de su gemelo. Ya te lo digo yo, hay algo aquí que huele a podrido y alguien no quiere que se destape.

—Por supuesto —reculó ante sus dudas, concordando con lo que Allan intuía—. De ser Messier el único, todo esto habría acabado en el momento en el que el teatro se incendió, ¿no es así? No habría motivo para seguir con esto.

—Sí. No habría motivo para ir tras él o tras nosotros, con amenazas, pero sigue ahí y alguien quiere darle cuello para que no hable. Alguien sabe que estamos investigando y nos quiere apartar del camino, pero ¿por qué? Eso es lo que debemos averiguar. ¿Qué escondía el acto que robó?

—Puede que Camil no tuviera razón y que, en su defecto, sea como lo he dicho antes. Puede que en realidad todo este asunto esté relacionado con el acto, que alguien se haya arrepentido y que no le haya parecido que Messier fuera el primero en realizar el truco —concluyó Lucas con gran seriedad en sus facciones.

En ese momento, su teléfono volvió a vibrar en el bolsillo. Le llamaban de la comisaría.

—Gendarme, los padres de Messier quieren hablar con usted. —Escuchó al otro lado de la línea—. Al parecer se trata de una revelación estremecedora, se han negado a hablarlo con alguien más, quieren extrema confidencialidad y están dispuestos a acudir a donde está usted…

—Tómales declaración y asegúrales la confidencialidad que solicitan. Ahora me es imposible poder volver, pero en cuanto lo tengas, envíamelo a mi correo y no se lo comuniques a nadie más.

Lucas guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta y mirando con gran intriga al inspector, comprendió que estaban metidos en eso

hasta el cuello, y que, la única manera de salir, era llegar al final de la investigación.

—Además, ¿quién es Efrén? Camil lo mencionó —expresó Franco emprendiendo el paso sin poder detener sus pensamientos.

# 7

# PUTREFACTO

Establecer comunicación con sus contactos era lo ideal luego de la fortuita persecución que habían tenido, y de lo cerca que habían estado al ser embestidos, sin duda, lo más correcto era tener a la Policía de su lado.

De Camil nada podían saber, no había modo de llamarlo y no sabían dónde vivía. Respecto a Nora, estaba claro que debían ir a su apartamento para obtener información sobre el paradero del representante de Messier.

Por otro lado, Allan sabía cuál era la residencia de la mujer porque la había acompañado la noche anterior. Sin descartar que por ella habían logrado dar con el lugar y llamar la atención de Camil, un tipo que les había dado un dato más para desvelar el misterio del mago.

Les había dado un nombre: Efrén.

El enigma aún no estaba resuelto, quizás se tratase de algo muy simple que, por el hecho de ser así, simplemente resultaba ser más complejo.

—Ni siquiera lo pienses —pronunció el inspector con la chaqueta sobre el brazo. Lucas la llevaba igual. El calor era infernal, ni para fumarse un cigarrillo luego de la emboscada.

—¿El qué?

—Lo que pasó ayer luego de haber bebido —explicó con media sonrisa—. Sé que lo intuyes y está vez no he reparado en nada que me haga pensarlo, pero…

—Quizás sea porque en verdad ha ocurrido, porque te pesa en la conciencia —chasqueó al interrumpirlo.

—Podría jurar que no, no me lo perdonaría —dijo sin saber si lo decía por él o por ella—. Quiero decir, más me vale no haberlo hecho…

—¿Es en serio? ¿Ahora lo dudas?

—No, estoy seguro, no lo hice. Fuimos a su apartamento, charlábamos mientras tanto, pero al igual que tú, también había bebido, el cansancio pronto se apoderó de mí. Caí abatido. Cuando desperté yo estaba sobre el sofá, tenía la ropa puesta, esa es buena

señal, ¿no?

—Si tú lo dices —se burló.

—¡Cabrón!

—Y ¿qué dijo ella cuando despertaste?

—No estaba, tan solo salí de la habitación y volví al hotel… Supongo que habrá salido a correr, a comprar algo... ¿qué se yo!

—Tranquilo, sé que no ha pasado nada, en la vida le serías infiel —pronunció reconfortándolo respecto a la relación que mantenía.

—Es por ahí, cruzando la calle. En aquel edificio.

Frente a ellos, se extendían construcciones y locales de deslumbrante arquitectura, con fachada espectacular y reluciendo armónicamente con todo a su alrededor. A lo alto, sobresalían los balcones en los que se podían observar las ventanas abiertas, para dejar ingresar una ráfaga de viento que mantuviera la frescura en el interior.

La arquitectura de la villa era impresionante, aspecto que al inspector le reconfortaba en cualquier sitio, aseguraba ser aquella, la magia de adentrarse en sitios recónditos, porque parecía un bello descubrimiento, un elixir para los sentidos.

Atravesaron la calle siguiendo las franjas blancas delineadas sobre ella. Pocos autos había por el sitio, lo mismo que transeúntes. Segundos después, ya estaban ingresando al sitio, deteniéndose ante la presencia del portero, quien no tardó en plantarse frente a ellos para pedirles información.

Un hombre, vestido con lo que parecía ser un uniforme en tono gris con un par de franjas negras a los lados. De mediana edad, espabilado y algo entusiasta, se apresuró a saludarles.

—Buenos días caballeros, ¿qué se les ofrece? No son de aquí, ¿cierto?

—Buenos días, buen hombre. Buscamos a una amiga.

—¿Son policías? Tienen porte de serlo —dijo curioso.

—Buscamos a Nora —explicó el inspector—. Ella vive aquí, solo queremos verla…

—¡Ah, Nora! Sí, ella ha dicho que podían venir a buscarla… que les permitiera el paso, pero… alguien más ya ha preguntado por ella —explicó el hombre con mucha seguridad.

—¿Alguien más? ¿Sigue aquí? —preguntó Lucas alarmado, posicionando su mano sobre la pistola en un acto preventivo.

—Sí, bueno, no lo he visto bajar… o quizás lo hubiera hecho mientras fui a prepararme una bebida. ¿Ocurre algo, caballeros?

—Para nada —expresó Allan transmitiéndole alivio—. Si no le importa, subiremos. Ella nos espera.

—Por supuesto, adelante —expresó despejando el camino, y al mismo tiempo elevaba la mano para indicarles el acceso que debían

seguir, pues el elevador no funcionaba.

Ambos subieron las escaleras hasta el segundo piso. Llamaron a la puerta con algunos golpes, pero nadie abrió, giraron la manija y se sorprendieron al lograr abrirla. En ese momento Allan comprendió que habían cometido un error, así que se apresuró a limpiar sus huellas y a ser más precavido. Lucas ingresó primero, con la pistola al frente seguido del inspector.

Caminaron con cautela hasta que un ruido proveniente de la cocina los despistó. Alarmados, se aproximaron al sitio en espera de encontrarse con alguien, pero tan solo se trataba de un gato negro que estaba sobre la alacena, buscando comida, que en cuanto los vio asomando la cabeza, se apresuró a huir por la ventana más cercana.

—¡Maldición! Estaba a punto de darle un disparo —suspiró el gendarme enfundando el arma.

—Ella no está —mencionó omitiendo el suceso—. Nora se ha ido.

—O se la han llevado —dijo incitando al pánico.

—No lo creo… es bastante lista como para dejarse atrapar —pronunció como si la conociese de años, aunque solo se hubiera tratado de una noche.

—Debemos preguntarle al hombre, quizás hubiera sido Camil quien estuvo aquí. Podría darnos una descripción, eso seguro.

Sin nada más que encontrar, salieron de la habitación y bajaron las escaleras para reencontrarse con el portero.

—No ha abierto la puerta, quizás se haya ido —explicó Allan—. ¿Podría decirnos si ha sido este hombre quién ha preguntado por ella? —habló apenas lo vio frente al mostrador, extendiéndole una fotografía de Messier.

El hombre la tomó y la observó con gran objetividad, hasta finalmente, lograr identificarle.

—Sí, es él. Aunque parece más descuidado, quiero decir, no se parece al de la foto, con el traje, la picardía y el aire de superioridad. Más bien, parecía preocupado y con mucha prisa —explicó el portero.

—¿Lo había visto por aquí con anterioridad?

—No, caballero. Es la primera vez que lo veo por este sitio. ¿Pasa algo? —quiso saber nuevamente, no le era difícil intuir que algo ocurría luego de las preguntas que le realizaban.

—No, hombre. Mera curiosidad. Gracias y buen día —dijo abandonando la instalación, seguido de Lucas.

Prosiguió sobre la acera sin reparar en nadie más, se mantenía centrado en sus cavilaciones, pensando en el siguiente movimiento, en los cabos sueltos que se unían y en las pistas que afloraban entre cada personaje con el que mantenían contacto.

Había que volver al Colisée Dorado, contactar con la Policía y saber qué era lo que había declarado la familia del mago y conocer el

informe de su amigo.

La respuesta estaba clara, sus sospechas eran certeras y Lucas se daba cuenta de ello, aunque el motivo aún no lo sabía.

Lo siguiente en el plan trazado por el inspector, era acudir a la taberna a la que Nora lo había llevado con anterioridad y hablar con Efrén. El hombre podría darles respuestas sobre lo que Camil les había revelado antes de perderse en medio de los viandantes.

Recordaba el camino, Allan era bueno en eso.

—Es ahí —mencionó contemplando la construcción. Lucas sabía lo que tenía que hacer. Las formalidades y el papel de policía bueno se habían terminado. Se presentarían con violencia en busca de respuestas.

—¡Policía! —gritó presentándose con ímpetu, acaparando la atención de todos los presentes—. ¡Efrén! ¿Quién es Efrén?

Los hombres se dirigían miradas furtivas, ocultando lo que sabían, buscando un sitio para esconderse y evitar hablar.

—¡Sabemos que estás aquí! ¡Camil nos ha hablado de ti!

El silencio en el lugar fue aún peor, si es que pudiera llegar a existir. Y de pronto, en medio de un grupo de hombres, se movió un individuo alto, castaño, trajeado, con seguridad y gran misterio. Quizás así fueran los magos. Caminó hacia los oficiales y el murmullo pronto volvió al lugar, como si jamás hubieran sido interrumpidos.

—¿Camil ha hablado? ¡Vaya cabronazo! —rio con fastidio—. Ese hombre no se guarda nada. Y a ti ya te había visto ayer, ¿qué tal la resaca? —soltó con guasa dirigiéndose al inspector.

—Déjate de estupideces, ¿qué sabes de Messier? —mencionó Lucas omitiendo el dato de llegar a tener un gemelo—. Camil nos ha dicho que podías hablarnos de tu relación con el hombre.

—Cualquier cosa que haya hecho Messier me tiene sin cuidado… —pronunció invitándolos a seguirlo—. Caballeros, no hablemos aquí, vamos a un lugar más discreto —propuso guiándolos a un cuarto por detrás de la taberna—. Poco sé de él, no sé por qué Camil les ha pedido hablar conmigo.

—Sabemos del acto que Messier robó…

—No lo robó… quizá lo hiciera en un principio, pero luego de dialogar, se acordó que podía emplearlo.

—¿En qué consistía? ¿Podía alguien no estar de acuerdo con el truco? —habló en inspector.

—Para nada —carcajeó—. Messier era intrépido, algo arriesgado. Siempre buscaba algo que hacer. No me extrañó cuando supo sobre el truco, en realidad no era algo nuevo, lo que lo hacía relevante era que nadie se había atrevido a hacerlo. Quizá fuera eso lo que más le atraía. Era algo arriesgado, para él y para su carrera —explicó—. Era un conejillo de indias, lo supo desde el primer momento. De llegar a tener

éxito, otros podrían hacerlo con pequeñas variaciones. Lo complicado era que el público se lo creyera, que en realidad creyeran en la magia. Por eso no se le permitió hacerlo aquí ni en ningún otro lado más que en su lugar de procedencia. Ya saben, de no resultar, sería juzgado en su villa, y todo lo relacionado con la magia perdería credibilidad ahí y no aquí, con él y no con nosotros… Messier quería agregarle al truco un acto de escapismo, hacerlo en tiempo récord y con las cajas suspendidas en el aire. Solo lo probó una vez… sin éxito. Escapó, sí, pero no logró pasar a la otra caja, no en tiempo récord.

—¿Alguien podía estar en desacuerdo con la decisión de Messier?

—Absolutamente nadie, ya se los he dicho, era nuestro conejillo de indias.

—¿Messier llegó a presentarse aquí con alguien más? ¿Con su hermano quizás?

—¿Dices "su hermano"? —carcajeó con mayor soltura—. Me están tomando el pelo, ¿no? Él no tiene hermanos. Y nadie más que Camil lo acompañaba.

—¿Camil está aquí, ahora?

—No, salió esta mañana, dijo que volvería al cabo de una hora, pero no ha asomado cabeza por aquí. La noticia de Gromund le ha pesado, es una pena lo que ha ocurrido, las noticias vuelan… ¿Saben? El truco no estaba listo, se lo dijimos y no hizo caso. Quién sabe qué fue lo que lo llevó a hacerlo, actuó con prontitud, lo hizo a nuestras espaldas y ya ven cómo terminó. Aunque, sé que no están investigando por nada, alguien lo ha asesinado, ¿no es así? Si hubiera muerto debido a un fallo en el acto, no estarían aquí…

—No podemos revelar información, no obstante, de llegar a saber algo, no escatime en hacérnoslo saber —finalizó Allan proporcionándole una de sus tarjetas para luego marcharse.

Una ola de calor los golpeó en el rostro tras poner los pies sobre el asfalto. Los minutos transcurrían y la información que obtenían se sumaba a lo que Messier había hecho antes de desaparecer. Lo que Allan y Lucas debían esclarecer, era saber qué había hecho Messier Gromund durante los tres días que había estado ausente luego de su último acto, y al final del fatídico incidente en el teatro.

—Piensa en eso por tan solo un momento —le pidió el inspector manteniendo la marcha—. Piensa en lo que ha dicho el hombre, ha dicho que Gromund no tiene hermanos y, sin embargo, Camil ha afirmado que tiene un gemelo. Claramente su representante es el único que sabía de su existencia, el único que sabía los secretos que guarda el mago o por lo menos, la mayoría de ellos.

»Camil ha visto a Gromund o a quien creemos que es su hermano, y al igual que nosotros, no sabe quién de los dos ha perecido. El resto se piensa que Messier en realidad murió en el teatro, pero me resulta

complicado pensar que la familia no tenga conocimiento de esto. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué tú no sabías nada al respecto, incluso nadie en la villa? ¿Por qué Messier no dijo nada? Además, ¿de qué se esconde? Camil, su representante, no lo ha visto en cinco días. ¿Qué ocurrió para que Gromund fuera incapaz de contárselo, siendo la persona más cercana a él? Me atrevería a decir su único confidente. Me parece que el acto lo ha obligado a ocultarse de su familia, de sus amigos y del mundo entero, a excepción de Nora. ¿Por qué?

—Quizás estuviera en peligro, quizás es la única en la que puede confiar.

—¿Por qué no acudir a nosotros?

—Tal vez no sabe a qué bando pertenecemos, creerá que estamos tras él para asesinarlo.

—No lo sé, la idea no me termina de convencer. Nora ya podrá decírselo, podrá decirle que queremos ayudar.

—No creo que lo tenga muy claro. ¿Le has dicho eso, que estamos investigando para ayudarlo? Porque no sé si es exactamente así, no sabemos qué ha ocurrido y el hecho de estar fugitivo, lo complica más. Hay grandes secretos a su alrededor, decenas de personas han resultado heridas en uno de sus eventos. Además, ¿qué nos hace pensar que no fingió su muerte? O peor aún, ¿y si ha planeado la muerte de su hermano? Puede ser eso por lo que se esté ocultando —expresó sus dudas.

—Cualquier situación me parece viable, pero si tenemos en cuenta que alguien lo persigue, justo como a nosotros para borrarlo del mapa, es porque sabe algo. Y no me basta con hacer conjeturas a ciegas, así que deberás apresurarte y hablar con tus contactos en la Policía para que podamos investigar con mayor libertad. Algo saldrá. Debemos averiguar el paradero de Camil y esta vez hacer que nos diga todo lo que sabe sobre el mago.

—Lo haré enseguida, aunque una vez hable con ellos tendremos que contarlo todo, no les servirán nuestras conjeturas.

—Ya lo creo, por eso necesitamos tener la declaración de sus padres, puede ser nuestra llave. Con eso podremos sacarnos de dudas y dejar de divagar respecto a si tiene un gemelo o no.

Dicho esto, Lucas llamó a un agente revelándole los pormenores que habían ocurrido en la pesquisa luego del incidente del teatro. Ponerlo al tanto fue complicado a través de una llamada rápida y en medio del bullicio de la calle, por lo que acordaron verse en la terraza de una cafetería cercana a su hotel, en aproximadamente 40 minutos.

* * *

—Poco puedo ayudarte en estos momentos —explicó el agente tras escuchar los detalles que no habían podido ser concretados durante la llamada—. Mira, la comunidad está de luto. Hace cuatro días se encontró muerta a la hija del ministro de relaciones exteriores. Ya imaginarán como ha sido la investigación, todo se ha manejado a discreción. Por ahora no puedo investigar sobre los hombres que los persiguieron, ni solicitar la búsqueda del hombre que iba con ustedes. Su desaparición no es segura, no saben más que su nombre, buscaríamos a ciegas sin datos específicos. Y del mago, nada sé, por este lugar no se ha escuchado hablar sobre ellos en bastante tiempo.

—Vamos, debe haber algo —imploró Lucas.

—Si pudieran darme más datos, con gusto lo haría.

—No me molestaría investigar por mi cuenta —intervino Allan luego de haberse mantenido al margen, estudiando al agente y encontrando el modo de sacar provecho—. Quiero decir, comprendo el protocolo que siguen, con casos que involucran a los altos mandos, nunca se sabe qué pueda ocurrir. Tan solo me bastaría el permiso para moverme por las calles, para interrogar a algunas personas y dirigirme bajo los estatutos que marca la ley. Esto sin duda, nos facilitaría las cosas… Los hombres que nos han acechado pertenecen a esta villa, y el hombre al que buscamos, a la nuestra. Solo digo que hay cierta conexión y que, de llegar a conocerla, me gustaría saber que contamos con esta jurisdicción para concretar nuestra investigación.

—No me molestaría brindárselas, siempre y cuando sea como lo dices, sin malas jugadas. Hablamos de colega a colega —expresó sin apartarle la mirada.

—Cuenta con ello —afirmó Lucas con una sonrisa en el rostro. Confiaba en Allan y eso le animaba a poner las manos en el fuego por él.

—De acuerdo, háganlo. Investiguen, busquen a su hombre y no me fastidien —expresó con gracia, pero a la vez, con gran franqueza que Lucas no supo muy bien cómo interpretar.

Minutos después el agente abandonó la mesa, despidiéndose de los hombres que lo habían contactado. Debía continuar con la investigación de la hija del ministro, aspecto que había despertado ferviente interés en el inspector, pero debido al ajetreo de la mañana, la persecución y a la idea de buscar a Messier, olvidó preguntar al respecto.

—Qué suerte, ¿no? Que haya accedido a dejarnos investigar.

—Sí, ahora podremos movernos con mayor soltura. Vamos —mencionó animándolo a continuar con ello.

* * *

Mala suerte, destino, infortunio… aspectos siempre presentes, por al menos una vez en la vida de los seres humanos, quizá debido al karma, a la fuerza de un ser todopoderoso o a un castigo, sea lo que fuere, la humanidad siempre está expuesta a ellos.

Lo mejor es saber cómo lidiar ante situaciones de este calibre, estar preparados para ellos y para suerte de Lucas, Allan sabía cómo sobrellevarlos.

Se encontraban de vuelta al hotel, lugar en el que tomarían un respiro, y podrían ponerse en contacto con el policía que había tomado declaración a los padres de Messier Gromund.

Tal vez hasta planear una video llamada para preguntarles sobre sus hijos, aspecto que el inspector Franco no podía sacarse de la cabeza.

Ingresaron al sitio, detrás del mostrador estaba el recepcionista, quien luego de verlos, se apresuró a darles la bienvenida, un tipo con modales. Ambos respondieron al saludo y luego subieron al elevador cerrando las puertas frente a ellos.

En ese punto era imposible sospechar nada, venían de un encuentro lleno de júbilo, eso después de la persecución, por supuesto. Les era imposible imaginar que la situación empeoraría, pero así es la vida, ¿no? Jamás es lineal a la felicidad, los buenos ratos duran poco, las emociones son pasajeras y ninguna dura para siempre.

Eso lo tenían muy claro.

El ascensor se detuvo y las puertas de metal, se abrieron de par en par. Frente a ellos se extendía el amplio pasillo, con la alfombra a sus pies. Caminaban inmersos en una conversación que nada tenía que ver con el caso, no hacía daño hablar sobre banalidades, en algún momento había que hacerlo. El problema era que, un mal momento, siempre pesaba más cuando se pensaba tenerlo todo bajo control, cuando los niveles de endorfina estaban por los cielos o cuando se esperaba lo mejor. Bajar de la nube y caer de bruces contra el piso era lo peor.

Allan sacó la tarjeta de acceso y la colocó sobre la puerta girando la manija, el botón se activó y al instante, un fuerte olor a putrefacto los embistió.

Instintivamente, colocarse el antebrazo sobre la nariz y dejar de respirar, fue la mejor opción.

El calor encerrado en la habitación no ayudaba bastante, había contribuido a acelerar el proceso de descomposición. No había duda,

alguien les había lanzado un cuerpo y lo había dejado a la deriva para incriminarlos.

Lucas se apresuró a ingresar para abrir las ventanas, pero el inspector se lo impidió, la acción podía comprometer las huellas.

—Pero ¿qué mierda? ¿Te das cuenta? ¡Alguien nos ha dejado al muerto!

—¡Calla! —dijo cerrando la puerta—. ¿Dónde está el cuerpo? ¿Lo has visto? —mencionó al gendarme al haber ingresado primero.

—No, creo que es por allá —expresó señalando a su derecha, en la otra habitación, aquella con la puerta cerrada—. ¿Deberíamos abrirla? ¿No deberíamos llamar a la Policía?

—Por supuesto, ¿pero crees que después de esto nos dejarán investigar? Antes, debemos averiguar quién es y si han dejado alguna nota, un mensaje, algo. Debemos hacerlo rápido, no nos creerán si damos aviso después de cinco minutos. El hombre en la recepción nos ha visto ingresar… Y en cuanto llegue la Policía y los de criminalística, se apropiarán de la escena del crimen, nos interrogarán y no nos darán oportunidad a investigar sobre el homicidio… —Allan explicó mientras se colocaba un par de guantes que había sacado del bolsillo de su chaqueta, giró la manija con sumo cuidado y quizá con algo de estremecimiento.

Ya podía imaginarlo, alguien quería sacarlos de mapa, adjudicándoles un crimen que no habían cometido.

Contaban con pocos segundos para hacerlo todo, para identificar lo más relevante, lo fundamental para saber a qué se enfrentaban.

—¡Maldición! ¿Es en serio? El olor es aún peor —pronunció Lucas con dificultad casi queriendo vomitar.

Los rayos del sol reflectaban directo a la habitación, el calor encerrado era insoportable. Para Allan no era mejor, el olor le removía las entrañas, pero si querían averiguar de quién se trataba, debían soportarlo.

Frente a una de las ventanas se encontraba una silla y sobre ella, el cuerpo inerte de un hombre dándoles la espalda.

El inspector fue el primero en acercarse a él, actuar con rapidez era lo primordial y quedarse estupefacto, sin mover un solo músculo, era lo que no debían hacer. Convencido de eso, se aproximó para identificarlo.

El hombre tenía golpes en la cara, un ojo hinchado y el labio partido. Algo desfigurado pero reconocible, era él, estaba seguro de ello.

—Es él, es el imbécil de Camil —reveló a Lucas quien se había quedado helado al umbral de la puerta. Le parecía raro reaccionar de ese modo, pero tenía una debilidad y ese era el olor a putrefacto—. Y pensar que lo creí más inteligente —se arrepintió el inspector—. Lo

han golpeado, buscaban respuestas, quizá… —Seguía inspeccionando —. Momento, al parecer tiene algo en la boca.

—¡No, espera! —habló conteniendo la respiración—. Hablemos a la Policía.

—Está bien, hazlo. ¡Hazlo ya! Tenemos tiempo, llegarán en menos de cinco minutos, me sirve para sacar lo que tiene dentro y buscar por algo más.

Lucas se dirigió a la habitación conjunta, tomó el teléfono, presionó los botones, aunque no logró escuchar nada. El teléfono estaba desconectado, los cables habían sido brutalmente arrancados y no le quedó de otra más que llamar desde su móvil. Ahora recordaba al botones cuando les dijo que no había podido comunicarse a través del teléfono. Alguien les había cortado la comunicación para incriminarlos.

En la otra habitación, Allan abrió la boca del muerto y con ayuda de sus guantes, obtuvo una cadena que jaló con mucho cuidado. El dije había sido ingresado al cuerpo luego de la muerte del hombre. Se trataba de un relicario dorado que se apresuró a guardar en una bolsa de evidencia.

Buscó con avidez algo más en la habitación y en el cuerpo. Franco ya se había acostumbrado al hedor, facilitándole las cosas, miró de un lado a otro, en diversas partes del fiambre, por encima de él y por debajo, lo mismo con el resto del cuarto, pero no había nada más. Lo más importante lo tenía en su bolsillo.

Acto seguido, escuchó la voz de Lucas llamándole con insistencia. La Policía ya estaba en la recepción del hotel.

Allan cerró la puerta dejándolo todo como lo habían encontrado, salió al encuentro de Lucas y lo miró con desilusión. Aunque comprendía su actuar, después de todo, su instinto de supervivencia le había ayudado a obtener evidencias antes de que la Policía local llegase.

# 8

# EL RELICARIO

Un grupo de policías ingresó a la habitación con violencia, o por lo menos, eso se pudo percibir. Al frente estaba Pierre, el agente con el que habían entablado conversación hacía unos minutos en el café. El hombre se presentó con recelo y gran molestia. Sin mencionar palabra alguna, cruzó miradas con ellos y luego prosiguió a paso decisivo, hasta la puerta de donde procedía el olor.

Las preguntas, las haría después.

Con firmeza y gran determinación, pronto se abrió paso entre el equipo forense, ya podía imaginar lo que encontrarían. Aunque no fue consciente del suceso hasta que él y todos los presentes, fueron embestidos por una fétida ráfaga de aire al haber girado la manija. El olor nauseabundo pronto inundó la habitación y una vez más, Lucas sintió los estragos dentro de su cuerpo.

Dentro de la habitación un forense fotografiaba todo alrededor, mientras otro, examinaba con meticulosidad.

En la escena, además de lo que Allan había encontrado, se hallaba también la cartera del hombre, guardaba billetes y su identificación. No había duda, se trataba de Camil.

—Es el hombre —susurró el agente Pierre reconociendo el apelativo que ahora retumbaba en su cabeza, como una melodía de suspense en una película.

Se trataba del tipo al que el gendarme y el inspector le habían solicitado buscar. Ahora se arrepentía, aunque no podía evitar pensar que lo hubieran empleado como coartada para deshacerse del problema.

El sujeto tenía golpes, lo habían torturado, y la razón no se debía a un asalto, de lo contrario no tendría los billetes ni su relojería. Había que examinar el cuerpo e indagar sobre lo ocurrido, así mismo con toda la habitación.

Pierre salió de ahí para tomar un respiro y para hablar con los sospechosos.

—Creí haber sido claro con esto, no me fastidien, ¿qué parte no se entendió? —habló con fastidio—. ¿Es el hombre del que me habían

hablado?

—No sabíamos nada de esto, apenas lo conocíamos. Creímos que luego de la persecución había logrado escapar —expresó Lucas excusando el incidente que los comprometía—. Te juro que no hemos sido nosotros.

—Ya, y si no lo conocían ¿por qué está en su habitación? Listo.

—¿Qué sé yo? Quizá quieran inculparnos.

—Mira, debo llevarlos a dar declaración…

—¡Espera! —habló el gendarme recordando el mensaje—. Esta mañana, al despertar, encontré en el cuarto de baño un mensaje, una amenaza, quizá fuera el mismo que lo ha matado.

—¿Una amenaza? ¿Qué decía?

—“Dejen de investigar sobre lo que no les concierne”, está en el baño, puedes verlo tú mismo.

—Vamos, salgan de la habitación —expresó el agente, pidiéndole a un colega que los guiase hasta la patrulla, mientras él, se dirigía al baño a observar lo que Lucas afirmaba haber descubierto.

Escoltados, ambos caminaron hasta el elevador para llegar a la planta baja, donde muchos los observaban con gran intriga respecto a lo que había sucedido. El recepcionista tenía cara de miedo, recordaba haberlos visto ingresar con buen rostro y ahora, sus recuerdos hacían contraste con los policías escoltándolos hasta la patrulla.

El hombre les abrió la puerta del auto y Allan ingresó seguido de Lucas.

—¿Por qué no has dicho nada? —Le recriminó al inspector quien no se había molestado en soltar palabra alguna.

—Servía poco, ¿crees que nos iban a creer sin realizar la investigación?

—Pero no hemos sido nosotros, no volvimos a la habitación hasta ahora, estábamos con el agente, nuestra coartada es sólida.

—Lo sé, no te estoy culpando de nada, piensa un poco, somos nuevos en la villa, coincidimos con el hombre y nos vimos envueltos en una persecución. Fuimos a casa de Nora, estuvimos con Efrén y luego volvimos, eso nos hace ser sospechosos. Si no nos culpan de esto, nos culpan de la desaparición de la chica, en caso de no aparecer. Fuimos los únicos que afirmamos relacionarnos con esos dos. Ante los ojos de los policías, somos los últimos que los hemos visto.

—Pero no hay pruebas, no podrán encerrarnos si no tienen pruebas.

—Eso es lo que me tiene tranquilo… Tú y yo sabemos que no fuimos nosotros, justa razón para buscar a quién lo hizo. De eso depende nuestra libertad.

—Me parece que debemos hacerlo por nuestra cuenta, porque

estoy seguro de que ahora, ya no contamos con el apoyo que nos habían brindado.

—Sí, seguro. Mientras tanto, mantén la cordura, di todo lo que recuerdes, pero nada que nos incrimine. Hiciste bien al mencionar el mensaje, quizá pueda salvarnos.

Acto seguido, reapareció Pierre con cara de pocos amigos, caminó hasta el auto y se montó encendiendo el motor. No soltó ninguna palabra, se centraba en girar el volante y llegar a la comisaría.

Lo que había pasado lo tenía consternado, pero el caso en el que había estado trabajando le quitaba el sueño, y tener que lidiar con uno más, era lo que menos deseaba.

Apeó en el estacionamiento y abrió la puerta permitiéndoles bajar, los guio hasta la sala de interrogatorios y habló con ellos por separado. Quería resolver el homicidio al cabo de unas horas, dar carpetazo y continuar con lo demás, pero le sería imposible.

—¡Habla! —mencionó evitándose los royos, justo como el inspector solía hacerlo, aunque con menor violencia a la que Allan solía emplear hasta llegar a estremecer.

—No puedo decirte más que lo que ya conoces, sabes por qué estamos aquí, lo que investigamos y lo que ocurrió a nuestra llegada, sabes cuáles han sido los incidentes y al igual que yo, ignoras la identidad de quién nos persigue. Sé de sobra que piensas que no somos culpables, que no hemos sido quienes han asesinado a ese hombre. Como podrás imaginarlo él era pieza clave en nuestra investigación y alguien lo ha sacado del camino, justo como quieren hacerlo con nosotros. ¿De qué nos serviría asesinarlo si lo necesitábamos en la investigación? —explicó con encanto—. Sé lo qué haces, soy inspector, y no tienes pruebas sólidas. Vi la escena, no hay algo que nos incrimine, incluso, me atrevería a decir que no hay nada en ella que te haga saber quién es él o los culpables. A no ser que se logre encontrar alguna huella… y eso sin duda, nos facilitaría el trabajo, nos daría un nombre.

—Sabes mucho, ya lo sé —mencionó aclarándose la garganta—, sin embargo, no puede ser posible que no encontremos nada…

—Nada en la habitación, pero nos tienes a nosotros. Les hemos visto la cara a los hombres que nos perseguían.

—Lucas habló de una advertencia, fui al baño y no había rastro de ella. Por eso no dije nada durante el camino, me fue fácil imaginar que lo habían planeado todo. Tú lo creerías, lo sabes.

—Sí, en cierto modo, aunque tenemos coartada, en la taberna nos vieron corriendo junto a ese hombre. Hubo testigos de la persecución y la violencia con la que se presentaron ante nosotros. Además, no asomamos la cabeza por el hotel, el recepcionista podrá decírtelo. ¿Lo has interrogado? Alguien en el hotel debió haber visto algo —propuso

con astucia.

—Lo haré, un par de oficiales han ido por ellos para interrogarlos, pero, hay algo más. Les han cortado la comunicación en la habitación y las cámaras no funcionan, por lo menos no las de tu piso, las han tapado. Estoy en espera por ver el resto, aunque se corre el mismo riesgo. ¿Dónde estabas tú al inicio de la mañana? —cuestionó aún sin creer en su inocencia. Para él, todos eran culpables hasta que se demostraba lo contrario.

—No estaba en el hotel, llegué poco después. Había encontrado un testigo potencial para nuestro caso, una mujer que me guio a su casa…

—¿Quién es? —indagó registrando el nombre y su dirección en una hoja.

—Esta mañana, al acudir a su apartamento, no la encontramos. El portero dijo que alguien más había ido a buscarla —reveló una vez creyó que las sospechas sobre su culpabilidad se habían disipado, aunque no confiaba en ello al cien por ciento. En su lugar, él no los descartaría hasta comprobarlo. Había que hacer algo, darle al agente motivos contundentes que le ayudaran a esclarecer sus sospechas.

—¿Los que quieren deshacerse de ustedes? —Quiso saber.

—No, me temo que no… Puede que sea a quien buscamos.

—¿El mago? ¿No estaba muerto? —preguntó confundido.

—Eso creíamos hasta que Camil nos reveló que tenía un gemelo, no lo dijo exactamente con esas palabras, pero es lo que estamos investigando. ¿Ya comprendes a lo que nos enfrentamos…?

—Algo así…

—Entonces… ¿seguimos con la investigación? —habló intentando sacar ventaja.

—Es tu caso, sigue con lo tuyo y no te metas en lo mío, aunque no podrán abandonar la villa hasta que se aclare lo del hombre que ha perecido en su habitación —mencionó en un suspiro—. Los dejaré libres, bien lo has dicho, aún no tenemos nada que los incrimine, pero de llegar a encontrarlo no lo pensaré ni un segundo —sentenció con firmeza—. Los tendré vigilados.

Allan asintió y abandonó la sala, aún faltaba que interrogaran a Lucas, pero el resultado sería el mismo. Por ahora, contaban con algunas horas más para poder encontrar respuestas.

* * *

De vuelta a los adoquines y algo alejados de la comisaría, Allan se

dirigió a un sitio en el que pudieran guardar discreción. Lo que tenía en su bolsillo era algo por lo que había estado esperando con ansias para poder observar. Intuía que había una pista y que aquello podía llevarlos a algo más.

Prosiguió hasta un callejón y ahí detuvo a Lucas con insistencia.

—Espera —dijo—. ¿Recuerdas que mencioné que Camil tenía algo en la boca?

—No lo habrás sacado… ¡Allan, es una prueba!

—Nos querían incriminar. Pierre dijo que el mensaje de la amenaza había desaparecido, que no había nada. Querían hacernos pasar por locos. ¿Lo entiendes? No me quedaba de otra. Además, el hombre se mantiene firme, ha accedido a que sigamos investigando… —explicó.

—¿Lo crees en verdad? Pierre no nos dejará, estará detrás de nosotros, lo sé. Buscará por el momento adecuado y cuando nos veamos envueltos en otro infortunio, no escatimará en buscar algo que nos haga estar tras las rejas…

—Vamos, no seas tan pesimista. Además, no tenemos nada a que temer, no somos nosotros a los que busca. En cuestión de horas nos llamará para hacer un retrato hablado de los hombres que nos han perseguido, seguirá un protocolo y no encontrará nada porque no hemos sido nosotros —repitió para hacerle saber que se estaba acobardando y que sus razones eran injustificables.

—De acuerdo, muéstralo —expresó con mayor tranquilidad, aunque no tan convencido.

El inspector sacó del bolsillo de su chaqueta, una bolsa con un relicario dentro. En color oro, algo ensangrentado y con saliva seca. Se apresuró a sacarlo de la bolsa y a tomarlo entre sus manos. Dentro, se encontraba algo que no había llegado a anticipar.

Lucas lo contempló con interés. No mentiría, también quería saber lo que había dentro.

Allan prosiguió a abrirlo con mucho cuidado como si fuera a romperse, incluso a esfumarse entre sus dedos.

Al instante, un cosquilleo y un frío helado se apoderó de ambos. Sus pupilas se dilataron y la respiración les faltó, incluso más que durante la persecución de hacía unas horas. Lucas parecía marearse, Allan no lo creía posible. ¿Podía el mundo derrumbarse ante sus ojos? ¿Podía un truco llevarlos a la muerte?

El objeto contenía dos fotografías dentro, ambos sabían a quién pertenecían y eso era quizá, lo que más les estremecía. Una cosa era saberse en peligro, sabían a lo que se atenían, sabían lo que les esperaba o lo que podía pasarles en una labor como la que desempeñaban, pero otra cosa, era implicarlas a ellas, a las mujeres que tanto amaban.

—¡Joder! ¿Te das cuenta? ¡Son ellas! ¡Camille y Céline! —gritó con gran frustración—. ¡Las tienen amenazadas!

—¡No! ¡Maldición! No las tienen, es una advertencia para dejar de investigar, nos amenazan con ellas para abandonarlo todo. ¡No te apresures a anticipar las cosas! En su lugar, llama a alguien, tienes contactos, has que cuiden de ella, que vigilen sus movimientos, yo haré lo mismo.

—¿Estás loco! ¿Piensas seguir? —expresó atemorizado.

—Si huyera entre cada caso en el que me siento amenazado ya habría abandonado mi trabajo, ni siquiera serviría para esto. Comprendo que sientas que la situación nos rebasa, que pienses que no podremos salir vencedores o que no podremos dar con los culpables, pero concéntrate. ¿Cuántas veces los malhechores no actúan así? ¿Cuántas veces no hacen hasta lo imposible por no ser descubiertos? Lo hacen al sentirse amenazados, al saber que no podrán con nosotros, quieren darnos un motivo para desertar. Somos policías, ¡joder! Estamos para eso, para capturar a los hijos de puta que creen salirse con la suya, para dejarlos tras las rejas, ¡¿no lo consideras así?!

—¡Sí, por supuesto! Pero poner su vida en peligro, rebasa mis posibilidades…

—Lucas, no estaríamos en esto de no ser por ti. Si lo abandonamos, ellos no se detendrán, sabrán que seguimos vivos, tendrán la incertidumbre de saber qué haremos al día siguiente, a la semana, al mes o al año siguiente. ¡No se olvidarán de ello! Y quizá sí, quizá sea ese el momento que encuentren para tomar sus vidas y hacernos saber que debimos haberlo terminado antes. Haz lo que te digo, llama a alguien que vea por ella mientras nosotros estamos aquí, resolviendo las cosas. No dejes que tus emociones te cieguen —habló con seguridad para poder tranquilizarlo en un momento de incertidumbre. Momento en el que había perdido los cabales, dejándose llevar por la amenaza, olvidando que eran ellos los que iban tras el culpable y no el agresor tras ellos.

—Tienes razón —mencionó recobrando la compostura—. Me aterré imaginando lo peor, incluso me he llegado a avergonzar de mí mismo. No sé lo que me pasó. Perdí los estribos…

—No te atormentes, debió haber sido la sorpresa de haber encontrado el cuerpo de Camil en nuestra habitación. De encarar en una realidad en la que descubres que Messier no es quién creías y en el que el acto del mago fue planeado. Quizás la magia en todo este tiempo estuvo jugando con tu mente —bromeó para darle un respiro, por lo menos por algunos segundos.

—Vaya que sí —expresó con media sonrisa, luego sacó el móvil e hizo lo que Allan le había propuesto.

El inspector contempló las fotos por última vez, guardó el relicario en su bolsillo y tomó el teléfono para contactar con su subalterno, él único que sabía, podía cuidar de Camille durante su ausencia. El tiempo que había trabajado con él le había sido el adecuado para saber la inmensa lealtad que tenía, lo astuto y lo bien que sabía actuar en situaciones de ese calibre. Un tipo en cierto modo, similar a él, por lo menos dentro de su labor.

Con secretos, pero nada que el inspector no supiera ya, aspecto que lo animaba a elegirlo a él como guardaespaldas de su mujer y no a otro.

—Listo —expresó Lucas su alivio—. Terminemos con esto.

Prosiguieron cuesta abajo, armaban un plan, pensaban en los cabos sueltos y en el posible paradero de Messier o su hermano, y Nora. Pero lo que les daba mayor solidez a las evidencias y saber cuál sería su siguiente paso, sin duda, era interrogar a la familia. En ella se encontraba un secreto bastante sombrío, o por lo menos así podían imaginarlo.

Lo imaginaría cualquiera al saber de la existencia del gemelo del mago que, por extrañas razones, había sido apartado de la villa, escondido ante los ojos del resto, incapaz de salir y presentarse como digno hermano de un hombre exitoso, afamado, adinerado, y de una familia de alto nivel social.

Volver al hotel no era lo adecuado, no en esos momentos, así que tuvieron que acudir a otro sitio, un lugar en donde pudieran guardar discreción y en el que pudieran conversar con la familia, a la distancia, a través del móvil.

Frente a ellos había un hotel de bajo costo en comparación al anterior, y a un costado, una cafetería. El GPS los había llevado hasta allá, siendo ese el primer lugar en el que pensaron se podía hablar con mayor soltura sin que alguien más los escuchara.

El lugar estaba alejado de la comisaría y de su anterior hospedaje. Pidieron reservación para una noche, aunque no fueran a quedarse, lo único que necesitaban era eso, tiempo para investigar y conocer los motivos de la familia.

—Ahora que lo pienso, el relicario me parece conocido. Estoy seguro de que ya lo he visto, aunque ahora me resulta complicado recordar en dónde—mencionó Lucas sacándose la idea de la cabeza, de no externarla podía explotar.

—¿Cuándo? ¿Antes del caso o durante la investigación?

—Antes del caso… —dijo—. Quizás en algún acto con Messier… ¡Bingo! Fue con él, Gromund lo llevaba puesto siempre que hacía un acto de escapismo, aquellos en los que desaparecía tres días. Quizás lo llevara como un amuleto de la suerte. O porque con él recordaba a su familia, quizá dentro tuviera una foto suya y de su hermano.

Pensar en que además de las fotos de Céline y Camille estuvieran detrás de ellas, las fotos de Messier y su hermano, sería algo fuera de serie.

Movido por la curiosidad Allan volvió a tomar el relicario y lo abrió, esta vez, examinando por detrás de las fotos de las damiselas.

Dentro no se encontraba lo que esperaba, no había fotos, aunque si algunas siglas, una de ellas, hacía claramente referencia al nombre de Messier Gromund indicado con las siglas MG en letra cursiva, y del otro lado, estaban las iniciales JPG.

—Si esto aún no significa nada para ti, no sé entonces qué más necesitamos. El mago tiene un gemelo. Y alguien ya ha acabado con uno de ellos —concluyó el inspector maravillado.

# 9

# JEAN PAUL GROMUND

Un hermano jamás se olvida, la sangre siempre une, y por muchas que puedan llegar a ser las diferencias, siempre habrá un momento en el que terminarán significando nada. En el que las peleas, los malos ratos, las desventuras y los desacuerdos, terminarán por reducirse a nimiedades. A una experiencia más, a lo que hubo antes de la calma, a un bien necesario para trascender a la hermandad. Allan lo sabía muy bien, lo había vivido, lo comprendía en su plenitud. El inspector había tenido un hermano y su afecto por él no desaparecería nunca. Por tanto, sus motivos para desvelar el misterio se aguzaron aún más.

Para Messier, estar alejado de su hermano le pesaba, apartarse de él le dolía. Quizá lo quisiera demasiado como para arriesgar su vida, para meter las manos al fuego y salvarlo, para culparse por algo, para defenderlo, para cuidarlo, para hacerle saber que le importaba y que estaría ahí cuando lo necesitara. Cuando fuera necesario, cuando las cosas se tornaran turbias, cuando el sol no iluminara en la penumbra. En las buenas y en las malas. Hermanos por siempre.

Sin duda, aquel sentimiento y esa ferviente e indescriptible unión, era aquello que debía representar el relicario. El llevarlo consigo entre cada acto, en cada desaparición, en cada momento, en cada paso, todo siempre en honor a su hermano.

—Le he estado dando demasiadas vueltas —expresó Allan finalmente sin apartar la mirada del dije. Sentado frente a él mantenía una mirada curiosa, indescifrable, inquietante. Todo eso mientras esperaban resultados—. Estoy seguro de que el gemelo de Messier estuvo aquí, justa razón para decidir viajar a otra villa y encontrarse con él, ¿no crees? Pero debió haber estado en un orfanato, quizás lo dieron en adopción, querían deshacerse de él, o quizá tuviera alguna malformación… No lo sé, piénsalo, ¿qué razón tendría la familia para deshacerse de él de un modo tan cruel? ¿Apartarlo de ellos por algo así? Sería factible, aunque también existiría la posibilidad de que ninguna de estas cavilaciones sea la correcta… y que más bien, se encuentre enfermo, tanto que deba permanecer en un hospital… —hablaba con Lucas, infería para sí pero también lo hacía sabiendo que,

en muchas ocasiones, hablar en voz alta, era el modo perfecto para liberar las ideas y acertar—. ¡Eureka, eso es! —dijo luego de la maravillosa revelación en sus cavilaciones—. ¡Es eso Lucas! —expresó su euforia guardando el relicario en su bolsillo. Acto seguido, tomó su teléfono y con gran ímpetu, abrió el buscador.

Lucas lo observaba con una sonrisa en el rostro, sabía que Allan había encontrado algo sumamente significativo y que no volvería a hablar hasta tener resultados. Mientras tanto, él, recostado sobre la cama y con la mirada hacia el techo, esperaba.

El tiempo de angustia fue largo, comenzaba a desesperarse. Para Lucas los segundos transcurridos se habían transformado en horas, así que movido por la impaciencia y ante un mensaje recibido en el teléfono móvil, se reincorporó sobre el colchón y habló con entusiasmo.

—¡Hagámoslo! —dijo obteniendo la atención del inspector—. Me han informado que los padres de Gromund han solicitado hablar conmigo, no declararán ante ningún otro que no sea yo. Y eso no ocurrirá sino hasta dentro de dos horas. Mientras tanto, tenemos tiempo para hacer lo que sea que quieras hacer con eso que has encontrado —propuso.

El inspector Franco lo miró con entusiasmo, no erraba, tenía ideas y había encontrado algo. Hacía falta acudir al sitio y corroborar sus ideas que, de llegar a ser certeras, podrían llevarlos a estar un paso adelante.

—Vamos, no esperemos más, he realizado una lista de los sitios que podemos visitar. Tendremos que acudir a cada uno de ellos para descartar todas las posibilidades —planteó al tiempo que se levantaba de la silla y tomaba sus pertenencias.

El gendarme fue tras él, cerró la puerta de la habitación y prosiguieron a realizar el *check out*. Después de todo, no volverían.

Afuera no parecía haber cambiado nada, los viandantes continuaban la marcha, los turistas visitaban lugares recónditos, los vendedores ambulantes animaban a quienquiera que pasara a su lado, para convencerlos de adquirir algún producto.

El sol calentaba la acera, los bares, las tiendas y los locales seguían abiertos. El murmullo de la población se elevaba por los aires y la sensación de estar vivos, se apoderaba de cada uno de ellos entre cada paso que daban.

Movidos por el GPS comenzaron con el centro de atención para personas con discapacidad, en la villa había dos. La idea llamó la atención del inspector al recordar que Messier había empleado el uso del sistema Braille para comunicarse con Félix.

Pensando en la posibilidad de que su hermano hubiera sido ingresado para ser atendido y que, en su defecto, el mago hubiera

aprendido a comunicarse de ese modo. Después de todo, había sido la primera idea que había pasado por su mente, y quería sacarse de dudas.

Entretanto, abordaron un taxi proporcionándole al conductor el nombre de las calles y el lugar al que quería ir. El centro les quedaba lejos a pie y lo que necesitaban era actuar con rapidez, por lo menos para tener algo de lo que hablar durante la llamada con los padres del mago.

Una ráfaga de aire ingresaba a través de las ventanillas, la sensación de calor disminuía y la frescura pegaba contra sus rostros. El viaje les permitía deleitarse con las maravillas de la villa, aspecto que en otro momento habrían disfrutado como se debía, pero en esta situación, simplemente era imposible.

—¿Podría esperarnos aquí? —solicitó al taxista con cordialidad—. No tardaremos mucho…

—Por supuesto, después de todo, ustedes son los que pagan —sonrió el conductor aparcando frente a la instalación.

—Gracias, ya volvemos —mencionó apeando del vehículo con Lucas a un costado, dirigiéndose a la puerta del recinto.

Era un edificio alargado, con fachada de cristal en el que podía reflejarse el resto de las construcciones. A simple vista parecía tratarse de un sitio de gran prestigio, aunque alrededor, no se observaba ningún alma más que la de ellos. Nadie circulaba por las calles y en cierto modo, el ambiente se tornaba estremecedor.

Las puertas estaban abiertas y llevaban directo a la recepción, seguida de la sala de espera. Detrás del mostrador había una mujer en traje azul marino, con el pelo recogido y unas gafas que la hacían ver atractiva; estaba sentada frente al ordenador, tecleando algunas letras.

—Buenas tardes, señorita —se presentó Allan haciéndola sobresaltar—. Soy el inspector Franco y él el agente Lucas. Investigamos sobre el paradero de una persona que creemos pudo haber estado aquí…

—Buenas tardes —respondió manteniendo la calma, aunque por dentro, la presencia de ambos hombres la hacía estremecer, eso debido al modo en el que se habían presentado y a la sensación que provocaba el inspector sobre ella—. ¿De qué persona hablan, es un residente?

—Eso es lo que queremos averiguar —expresó Lucas.

—¿Tienen su nombre?

—No, pero sabemos su apellido, es Gromund —intervino el inspector.

—De acuerdo —mencionó la mujer volviendo a la computadora para buscar en los archivos.

Lucas miraba a su alrededor. Y Allan no apartaba la vista de la

pantalla, mientras la mujer mantenía la búsqueda pasando de un archivo a otro, escribiendo el apellido sin lograr encontrar resultados.

—Lo lamento, no tenemos ningún registro con ese nombre…

—¿Está segura? —expresó Lucas volviéndose hacia ella.

—Por supuesto, no tenemos ningún registro…

—¿Y a esta persona, la ha visto por aquí? —indagó Allan mostrándole la fotografía de Messier.

—Para nada, jamás lo había visto —habló con seguridad.

—Gracias, pase buen día —mencionaron resignados para después abandonar el recinto y volver al automóvil que seguía esperándolos.

—Listo, vámonos —solicitó el inspector Franco proporcionándole al conductor una nueva dirección, eso luego de soltar un suspiro tras haber abordado el vehículo.

—Como diga, señor —habló el hombre encendiendo el motor para ponerse en marcha.

—Sabía que podía ocurrir, después de todo buscamos sin saber nada —comentó dirigiéndose a Lucas.

—¿Crees que pueda estar en uno de estos sitios?

—Debe estar en uno de ellos… —mencionó manteniendo las esperanzas—. De cinco sitios en la lista queda descartado uno, y aunque ahora me replanteo el hecho de que se haya encontrado en un centro de atención para personas con discapacidad, me parece que no podemos descartarlo.

—Has buscado estos centros por la nota, ¿cierto?

—Sí, ¿por qué otro motivo habría elegido comunicarse de ese modo?

—Tan solo espero que podamos encontrarlo.

—Lo haremos, lo haremos Lucas. Más nos vale.

Los neumáticos rosaban contra el asfalto, el viento volvía a ingresar por las ventanillas y ahora una melodía inundaba el ambiente.

—No les molesta la música, ¿cierto? —preguntó el conductor mirándolos a través del retrovisor—. A veces ayuda a disipar las ideas.

—Para nada, hombre. Nos ameniza la investigación.

—Es bueno saberlo —expresó con una sonrisa y luego volvió la mirada al frente—. ¿Se puede saber qué buscan? —indagó curioso.

—A un hombre.

—¿Y está en un lugar de estos? —Quiso saber.

—No lo sabemos, es lo que investigamos.

—Bueno, pues solo queda uno…

—Sí, estamos conscientes de eso, pero aún nos quedan otros sitios en los que buscar.

—Es ahí, en el edificio de enfrente —reveló el taxista buscando el lugar más cercano para estacionarse.

—Espere aquí, volvemos enseguida —dijo Lucas abandonando el auto y como en la primera ocasión, se adentraron al recinto.

A diferencia del primero, éste carecía de cristales alargados cubriéndolo en su totalidad, en su lugar, mantenía algunos cristales al frente, con dos pilares a los extremos, sosteniendo una placa con el nombre del sitio. En color beige situado en la esquina de la cuadra.

Preguntaron, observaron a su alrededor, mostraron la foto y el resultado fue el mismo. No tenían registros de ningún Gromund y nadie había visto al mago.

—¿No es un alivio que Gromund no esté en uno de estos sitios? —dijo Lucas saliendo del centro—. Por lo menos ahora sabemos que la razón por la que estaba en la villa, no fue por estar enfermo…

—Aún no lo descartes, nos falta visitar los centros de atención a adicciones y en los orfanatos; aunque ahora ya es un adulto, me parece imprescindible saber por qué la familia lo ocultó cuando era menor… Además, si no estuvo en ninguno de estos centros, el hecho es más escalofriante… —habló guardándose el resto para él mientras tomaba nota mental.

—Quizás no lo ocultaron, quiero decir, eran gemelos, ¿y si los vimos a ambos, pero no al mismo tiempo? Puede que el problema hubiera surgido luego de que hubieran abandonado la villa…

—Puede ser, tendría sentido, pero ¿por qué no los vieron a ambos? —inquirió para sí—. Investiguemos en el resto de las estancias y terminemos con las dudas. Aún tenemos una hora antes de la llamada de la familia.

De vuelta al auto, Allan proporcionó las siguientes direcciones y el conductor acudió a cada una de ellas. Conduciendo en la medida de lo posible con mayor velocidad, según lo solicitado por los oficiales. El tiempo era primordial y encontrar respuestas, aún mayor.

No obstante, los resultados no distaban mucho de lo obtenido en los dos primeros. Nadie conocía a Gromund, su nombre no figuraba en los registros, Gromund no tenía ninguna discapacidad, ninguna malformación, ninguna adicción y no había sido abandonado en ningún orfanato. ¿Entonces, cuál había sido la razón para ocultarlo? ¿Por qué nadie sabía de él? Buscar en registros de hospitales sería superfluo y les quitaría tiempo al estar buscando la aguja en el pajar.

—Ahora que lo recuerdo, Camil dijo que el acto representaba un peligro para Messier. Dijo que no por el acto en sí, sino por “los recursos humanos que pensaba emplear”, ¿lo recuerdas? —reveló el inspector con bastante interés. Camil lo sabía y lo habían asesinado por eso.

—Lo recuerdo, no lo había pensado … ¿Y si Messier fue quien asesinó a su hermano?

—No, no lo creo… Era su hermano… —expresó guardando silencio

mientras sopesaba la posibilidad—. ¿Cuánto falta para que te llamen sus padres?

—Ya es hora, debieron haber llamado hace cinco minutos —reveló con desconcierto.

—Entonces, caballeros, ¿de vuelta a casa? —habló el conductor luego de haber terminado con la lista que Allan le había proporcionado. Estaban en el estacionamiento del último sitio y por lo que había escuchado, no habían obtenido nada.

—Sí, por favor.

—Bien… —dijo no tan convencido—. Disculpen que me meta, en este vehículo es imposible no escucharlos. Sé que hemos terminado con la lista, pero me parece que hay un sitio al que deberían acudir, y no lo digo porque no hayan pensado en él sino porque es algo raro, quiero decir, no se encuentra en el buscador. Su acceso es algo restringido, pocos lo conocen. Yo sé de él porque en uno de mis tantos viajes, alguien me pidió ir…

—¿Alguien?

—Sí, lo recordé cuando mencionaron el nombre, Messier…

—¿Maldición, es en serio! —bramó Allan—. ¿Conoce al hombre? ¿Cuándo lo vio?

—Hace unos días, el martes por la tarde… —recordó.

—¿Le dijo algo? ¿Cuál es ese lugar? ¿Podría llevarnos? —mencionó con insistencia.

—Sí, por supuesto. Recuerdo cómo llegar. Sin embargo, el hombre al que buscan solo se limitó a darme la dirección de su destino. Lo dejé ahí, me pagó y luego me fui. No hubo nada más, se los aseguro.

—Llévenos a aquel sitio, por favor —imploró.

* * *

Se encontraban frente a una amplia instalación, el conductor se había marchado, hacerlo esperar no sería correcto, intuían que permanecerían ahí por más tiempo del planeado.

Una enorme reja los separaba de la puerta principal, frente a ellos se extendía un jardín frondoso, con el pasto y los arbustos muy bien cuidados por encima de una colina. Alrededor, vastas extensiones de terreno. Al fondo se podía percibir el establecimiento, con un par de guardias a los extremos de la puerta, y con una calzada que, de poder ingresar, los llevaría directo a ellos.

Máxima seguridad, aunque no se trataba de una cárcel, empero el nombre en lo alto de la reja lo ameritaba. Además, les hacía pensar en

algo que no habían reparado y que, sin duda, encajaba en el caso.

El inspector se acercó a la verja frente al interfono de metal y presionó el botón para hablar.

—Buenas tardes, soy el inspector Franco, tengo ciertas preguntas que quiero realizar…

—¿Tiene una orden? —interrumpió una voz gruesa, sin titubeos, a través de la rejilla.

—No, pero es importante… —intentó explicar.

—El acceso es restringido, solo podrá ingresar con una orden o con una autorización firmada por algún familiar de nuestros residentes —finalizó.

—¡No podemos esperar, obtener información es primordial! —mencionó volviendo a presionar el botón.

—Se lo repito una vez más, solo puede ingresar con una orden o una autorización firmada, nuestra política de privacidad y protección de nuestros residentes, es primordial.

—¡Pero se trata de un posible homicidio de uno de sus residentes! —gritó Lucas apoderándose del intercomunicador. Conjeturando sobre la muerte del gemelo, porque aún no sabían quién había muerto en realidad.

—Si quieren ingresar traigan la orden. Ese será el único modo —finalizaron con brutalidad luego de un prolongado silencio.

Allan no respondió, necesitarían más que una simple petición a través del interfono.

* * *

Su nombre es Jean Paul Gromund, había sido ingresado al hospital psiquiátrico poco después de haber cumplido catorce años. No por nada el lugar era enorme. Estaba dividido por secciones y un ala del edificio, estaba destinada a los menores de edad. Ahí, el gemelo de Messier había pasado el resto de su vida, hasta que finalmente, fue transferido a la sección de adultos.

Además, por declaraciones de la madre, se supo que Jean Paul había sido el segundo en nacer y que a diferencia de Messier, él había pasado sus primeros días de vida en el hospital, debido a fuertes complicaciones. Sin olvidar que los médicos lo habían diagnosticado con nulas posibilidades de sobrevivir.

A pesar de todo y al pasar de los días entre paredes pulcras, medicinas y tubos, Jean mejoró, luchaba por su vida, incluso siendo apenas un bebé. Aquel fue el inicio de su decadencia, siempre siendo

más débil que Messier, se enfermaba mucho, la suerte no parecía estar de su lado.

No asistía al colegio por razones que en ese momento sus padres ignoraban. Jean se negaba a asistir y tomaba clases particulares, logrando destacar en las artes, aunque también era muy violento. Le resultaba difícil manejar sus emociones, ser paciente y empatizar con otros. Era más agresivo que Messier y le costaba canalizar su fuerza. Sus progenitores siempre pensaron que se trataba de un problema de conducta, que era lo que le ocurría a los padres primerizos o que simplemente, aquella era una característica peculiar de los gemelos.

Cuando ambos cumplieron siete años, la familia decidió mudarse. Nadie además de ellos sabía de la existencia de los gemelos. La familia Gromund pertenecía a una estirpe de gran prestigio y, ante tal estatus, les apenaba tener a un niño en esas condiciones.

Les resultaba difícil poder presentarlo a otros padres sabiendo que el evento terminaría fatal, sabiendo que podía alterarse en cualquier momento y que difícil les era poder contenerlo.

Quizás aquel fuera el motivo por el que todos en la villa afirmaban que Messier no tenía hermanos, y por el que nunca nadie los vio juntos.

El mago nunca dijo nada, sabía que era lo mejor, pensaba que de ese modo lo protegía, que alejarlo de la sociedad y evitarle las malas experiencias, era lo más adecuado. Que tal vez era el único modo en el que sus delirios podían abandonarlo, y en el que las voces en su cabeza, podrían esfumarse. No podía estar más equivocado o por lo menos, así lo creyó durante los primeros años.

Al cabo de un tiempo la situación se agravó, Jean Paul tenía fuertes crisis acompañados de alucinaciones siniestras. Deliraba sobre persecuciones, creía que lo seguían, que querían asesinarlo, envenenarlo o incluso hacerle daño, a él y a su familia. Tanta era su insistencia que en algún momento llegó a creer que sus padres eran sus enemigos, que querían asesinarlo.

Su destino estaba dicho. Su condición mental lo afirmaba.

Luego de su inserción al hospital, sus progenitores prometieron visitarlo con regularidad, y lo cumplieron por algunos años. Pero ante tales declaraciones, al volver a su lugar de residencia, Messier fue el único que se preocupó por Jean. Después de todo, no le permitían salir del psiquiátrico.

Para ellos, Jean Paul siempre fue una carga, dejaban su progreso en manos de los médicos, motivo por el cual, muy pronto se olvidaron de él. Por supuesto Jean se percató de eso. Sintió la ausencia y no sabía qué era peor, si tenerlos cerca o mantenerlos alejados. Si como decían, a los enemigos hay que tenerlos cerca… quizás eso debiera ser lo correcto.

Sus cavilaciones en aquel lugar le hacían pasar malos ratos, noches en vela sin poder descansar. Tal vez no fuera el lugar más adecuado para él, quizás estar ahí lo hacía ser más vulnerable y lo obligaba a sumergirse en sus pensamientos, tanto que le era difícil poder pensar en otra cosa.

Jean Paul Gromund tenía esquizofrenia paranoide que, al cabo de los primeros años de su diagnóstico, le pesaba a toda la familia.

Para Messier, vislumbrar a su hermano en ese estado lo ponía fatal, empatizaba con él y sufría al verlo internado, preso de su propia cabeza.

Aquella horrible sensación era lo que le incitaba a estar ahí para él, a brindarle su apoyo y a hacerle saber que tenía un hermano en quien podía confiar.

Convencido de poder ayudarlo, Messier pronto encontró el modo de apaciguarlo. Hacía magia para él, lo afirmaron los trabajadores y psicólogos allegados a Jean Paul; la magia era algo en lo que podía centrarse en sus momentos de cordura.

Jean nunca se olvidó de su hermano, la sangre siempre llama. Su confidente lo apoyaba y en cierto sentido, conectaban.

Tenerlo cerca le hacía bien, eso declararon en el establecimiento.

Jean había progresado, seguía un tratamiento que le permitiría llevar una vida plena y en cierto modo, anular los síntomas de la enfermedad.

—Mejoró bastante, él estaba bien, estuvo bien durante los últimos meses —afirmó uno de sus psicólogos—. Tenía un seguimiento correcto del tratamiento, se medicaba, vaya que lo hacía. Él quería salir, quería ir al exterior, estar con su hermano.

—¿Salió? ¿En algún momento se le permitió salir? —indagó Allan.

—Sí, no podíamos retenerlo. Se había convertido en paciente voluntario poco después de su mayoría de edad y de sus perceptibles avances. Por supuesto, él estaba cuerdo. Además, no iba solo, su hermano lo acompañaba y volvía con él. Hay que recordar que estas instalaciones no tienen por objetivo encerrarlos para siempre, ¿qué clase de institución seríamos si así lo hiciéramos…?

—¿Está diciendo que Jean Paul estaba en condiciones de abandonar el recinto? —preguntó una vez más.

—Sí, estaba en su derecho al ser paciente voluntario, era su decisión permanecer aquí y así lo prefería mientras no estuviera su hermano. Pero siempre volvía, no existían motivos para no permitirle salir.

—¿Sabe usted a dónde iban cuando estaban ausentes? ¿Por cuánto tiempo permanecían fuera? —inquirió Lucas.

Interrogaban a su psicólogo luego de que los padres de los gemelos Gromund se hubieran comunicado con Lucas, declarando la existencia

de Jean y Messier. Mencionando la razón por la que habían tomado la decisión de internarlo y por reconocer, como dignos padres que conocen a sus hijos, que el cadáver que les había sido entregado aquella mañana, luego del incendio del teatro, pertenecía a Jean Paul y no a Messier, como se afirmaba en los medios.

Una cicatriz que tenía cerca de la clavícula se los había revelado; Jean se la había hecho cuando tenía doce años, tras haber escuchado con insistencia, día y noche, a una voz dentro de su cabeza que lo amenazaba con asesinarlo.

Los padres habían reparado en la cicatriz luego de que una elocuente idea los hubiera atormentado, una especie de sexto sentido que les oprimía el corazón y que les impedía respirar con tranquilidad.

No fue necesario mencionarles que Allan y Lucas lo habían intuido antes, que se habían adelantado a la investigación y aunque los padres sospechaban que alguien lo había asesinado, no podían afirmar por qué Jean estaba en el lugar de Messier.

Lo que ellos pedían era encontrar a su otro hijo, y saber qué había ocurrido para que Paul hubiera muerto de un modo tan horrendo, bajo las llamas, a la vista de todos.

No hizo falta pedir una orden, la señora Gromund se comunicó con los encargados del hospital, y al cabo de cinco minutos, la verja frente a ellos se abrió. Caminaron hasta la puerta principal siendo trasladados hasta una de las habitaciones, en la que un psicólogo y un par de trabajadores, se presentaron.

—Había ocasiones en las que Messier asistía tres veces al mes, se llevaba a Jean consigo y regresaban al filo del anochecer.

—Debía ser luego de su ausencia de tres días en sus actos de escapismo…

—Sí, eso decía, que venía de un acto y que tenía tiempo para volver —afirmó el psicólogo.

—¿Pero sabe a dónde iban? —insistió el inspector.

—Para nada, él jamás decía nada, todo lo que hacía con su hermano representaba un secreto. Le guardaba gran lealtad.

—Y aquel día, el martes por la tarde, ¿qué ocurrió? ¿Qué dijo Messier? ¿Recuerda algo que pueda ayudarnos en la investigación, algo que pueda decirnos respecto al lugar al que tenían planeado asistir o por qué no informó a la familia cuando Jean no volvió?

—Les recuerdo que era paciente voluntario, Messier dijo que iba a llevárselo, que ya había pasado bastante tiempo dentro y que había mejorado bastante. No había motivo para retenerlo si tomaba la medicación y seguía el tratamiento… En cierto sentido, tenía razón. Lo dejamos ir, era libre de irse en cualquier momento y nosotros estábamos en el derecho de darle el alta. Pero sí dijo algo —recordó—, Messier le prometió a Jean que participarían en un mismo acto, quizás

ese en el que ha muerto…

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño? ¿Jean le dijo algo más antes de partir? —intervino Lucas.

—No, oficiales, no dijo nada. Nadie quería lastimarlo, quiero decir, solo él representaba un peligro para sí mismo…

—Un peligro para sí mismo —repitió Allan pensando en la brutalidad de la idea, en lo que el hombre les había querido decir—. Pero usted afirmó que estaba bien…

—Por supuesto… No era mi intención confundirlos —expresó con cautela—. Mucho tiempo fue así, Jean era el único que podía afectarse a sí mismo. Y ante la noticia, no pude evitar pensar en la posibilidad. ¿Qué otra cosa habría podido ocurrir? ¿Lo asesinó su hermano? ¿Por qué otro motivo ustedes lo estarían buscando? —Se apresuró a deducir, deteniéndose ávidamente ante la mirada agresiva del inspector.

—¡Si sabe algo más dígalo ya! —retó con insistencia.

—No, por supuesto que no —expresó atemorizado.

—Es todo, gracias por la información, no dude en llamarnos si recuerda algo más. Cualquier cosa será importante —expresó extendiéndole su tarjeta y sin apartar la mirada fría, le estrechó la mano. Fiarse de él, tal vez fuera algo que no podía descartar.

No obstante, ya no existían dudas respecto al hombre que había muerto aquella noche, su nombre era Jean Paul Gromund. Pero ¿quién lo había asesinado y por qué? ¿En dónde estaba Messier? ¿Podía ser él el asesino de su propio hermano? ¿Podía Messier Gromund haber asesinado a su representante? ¿Podía haber sido él, el que les hubiera dejado el mensaje? ¿Qué ocultaba?

# 10

# LA HIJA DEL MINISTRO

—¿No fue cruel haberlo abandonado? Es decir, era necesario internarlo y dejar su estado en manos de expertos, pero estuvo ahí bastante tiempo y sus padres poco a poco se fueron olvidando de él…

—Por supuesto, lo abandonaron en el peor momento.

—¿No crees que esto lo hayan planeado ellos? —vaticinó con odio.

—No, no Lucas —expresó sin dudar—. Sus acciones fácilmente podrían hacérnoslo creer, pero podría jurar que no fueron ellos. No se percataron que el que estaba en el féretro era Jean Paul, hasta la mañana siguiente de haberles entregado el cuerpo. Además, en su afán por mantener su prestigio, no se arriesgarían a llevarlo al teatro para que supieran de él. Y se han negado a hablar con alguien más en la comisaría para evitar habladurías. Créeme, no sabían nada. Temen por la vida de Messier…

Entre sus planes, estaba el caminar hasta la avenida para tomar el transporte. Quizás en quince minutos hubieran llegado a su destino, pero al cabo de unos pasos e interrumpiendo por completo una relevante conversación, apareció frente a ellos el agente Pierre. Montado en su coche patrulla, aparcando junto a ellos, bajando la ventanilla y quitándose las gafas de sol para dirigirles una mirada suspicaz, de pocos amigos, de malas noticias o quizás de datos sumamente estremecedores.

—Suban —pronunció con recelo, pero los hombres no movieron ni un músculo—. Vamos, que no están detenidos.

—¿Ah no? —mencionó Lucas nervioso.

—Para nada, hemos encontrado algo que puede interesarles.

—Creí que cada uno lo resolvería por su cuenta… —habló el inspector manteniendo el encanto.

—En efecto —reveló—. Pero será imposible, ahora su caso se ha vuelto nuestro… Suban, les contaré todo mientras tanto —solicitó nuevamente.

Lucas miró a Allan y movidos por la curiosidad, ambos subieron al auto. Dentro, el calor parecía disminuir. Con buena ventilación y bajo

el techo del auto, pronto se sintieron afortunados de no tener que caminar hasta la avenida.

—¿Encontraron a su hombre? —preguntó Pierre, mirando a través del retrovisor el hospital psiquiátrico que dejaban atrás.

—No, pero ahora sabemos a quién buscamos en realidad. Tenemos una pieza más del rompecabezas…

—¿Cómo nos has encontrado? —cuestionó Lucas.

—No habrás creído que no los tendría vigilados, ¿cierto?

—No habrás creído que somos los culpables, ¿cierto? —devolvió el gendarme recordando el homicidio que querían adjudicarles.

—De acuerdo, me he pasado. Aunque tienes que admitir que las pruebas apuntaban a ustedes.

—¿Pruebas? Lo único que apuntaba hacia nosotros era que se hubiera encontrado en nuestro edificio, además, ni siquiera estuvimos ahí cuando el evento sucedió —intervino Allan.

—Sí ya lo sé, y me disculpo por ello… —carraspeó al percatarse de su error—. Por eso estoy aquí. Verán, he acudido a ustedes porque creo que puede haber conexión en ambos casos. Esta mañana, luego de haber acudido al hotel, volví a mi caso, ya les había comentado la importancia de su resolución ante los ojos del ministro. —Los hombres asintieron—. Bien, él me llamó y como podrán intuir, la petición me desconcertó. Acudí enseguida, lo escuché abrumado o más bien, desesperado. Sabía algo, eso dijo. Así que en cuanto llegué, le pregunté al respecto y me reveló algo que me hizo pensar en ustedes… Él conoce al hombre que buscan —soltó, dirigiéndoles una mirada cómplice.

—¿A Messier?

—Efectivamente, escuchó que lo estaban buscando y me reveló que solían acudir al Colisée. Mencionó que lo había visto el miércoles por la tarde mientras conversaba con Camil, su representante. ¿De qué? Solo ellos lo saben. Eduardo, el ministro, se unió a ellos como grato conocido, compartieron algunas copas y se dejaron llevar por el alcohol. No hace falta decir que guardaban cierta relación y que mantenían el diálogo, pero sobre todo que se conocían y que mantenían estrecha relación, porque su hija estaba enamorada de él.

—¿La hija del ministro? —cuestionaron y Allan no pudo evitar pensar en lo que Pierre ya había anticipado. El motivo por el que sus casos se relacionaban y por el que ahora trabajarían juntos.

—Sí, su hija y Messier se llevaban bien…

—Y el padre piensa que ha sido él, ¿no? Que Messier la ha asesinado —expresó el inspector Franco poniendo las cartas sobre la mesa.

—Es lo que me ha dicho, sí. Piensa que pudo haber sido posible.

Mantenían el rumbo sobre el asfalto, la escasez de tráfico les

permitía desplazarse con facilidad y llegar con prontitud a su destino. El aire que se colaba por las ventanillas les permitía sopesar lo que el agente les revelaba con tremendo frenesí.

—¿Acaso el ministro vio algo? ¿Cuáles son sus fundamentos? —inquirió Allan.

—Dijo que aquel miércoles Messier se despidió con rapidez, era noche, casi al filo de la madrugada del día siguiente. El hombre afirma que Gromund recibió una llamada, la serenidad, el miedo o el pavor se apoderaron de él, se alejó disculpándose y luego se fue. Abandonó la taberna con urgencia.

—Habían bebido, era muy tarde, ¿cómo pudo el ministro estar seguro de eso? —habló Lucas.

—Es el ministro, yo solo les estoy compartiendo lo que me ha revelado. Habrá que investigar, pero no me dirán que su caso y el mío no se relacionan. También quiero encontrar al mago, después de todo, no pudo haber sido coincidencia que, a la mañana siguiente, se hubiera encontrado el cuerpo ensangrentado de la hija del ministro, en medio de su habitación.

—Tendrás que darnos detalles del homicidio —solicitó el inspector con gran interés.

* * *

—¿Sabes qué es lo que creo? Que has sido tú el que ha asesinado a Jean Paul, creyendo que se trataba de Messier y que, al percatarte de tu error, has querido sacarlo del camino, a él y a nosotros… —dijo Allan reconociéndolo como el modo perfecto para sacarle la verdad. A veces, era necesario hacerles creer que lo tenían todo en contra de ellos. Lo único que necesitaban, era corroborar.

—¿De qué hablas? —se extrañó el ministro.

—Sé que quieres que el caso se trate por lo bajo y eso solo puede deberse a la posibilidad de que tú seas el culpable. No quieres que se sepa lo que has hecho con el hermano del mago, y has hablado sobre él intentando desviarnos de la investigación. Sabías que daríamos contigo, que era cuestión de minutos para que supiéramos sobre la relación de tu hija con Gromund. Sabías que llegaríamos a la misma conclusión. De algún modo tenías que hablar y haya sido él o no, para ti, el culpable de la muerte de tu hija, es Messier Gromund. Pero no sabías que tenía un gemelo, ¿no es así? ¡Te has equivocado y has asesinado al incorrecto! ¡Luego, has enviado a tus secuaces para deshacerte de nosotros! —gritó el inspector golpeando fuerte sobre la

mesa haciéndolo sobresaltar al instante.

Ese era su modo peculiar de interrogar.

—No hablaré más hasta tener a mi abogado —escupió con fastidio.

Lucas y Allan habían acudido a interrogar al ministro, el inspector intuía que ocultaba algo. Había que corroborar lo que decía, por lo que luego de los detalles revelados por Pierre, decidieron acudir a la taberna, con una orden para solicitar las cintas de grabación y corroborar lo que el ministro había dicho.

Efectivamente, esa noche estaban juntos. Un incidente había ocurrido, el ministro y Gromund habían tenido una pelea. Lo que el hombre le había revelado al agente, carecía de pruebas.

El ministro se había marchado antes que Messier, incluso Camil abandonó el sitio y Gromund fue el último en irse.

Hubo una llamada, sí, pero el ministro ya no estaba ahí, alguien debió habérselo dicho, haciéndole creer que sus sospechas tenían justificación. Además, no podía sostener su coartada. Ni siquiera lograba recordar a dónde había ido luego de haber abandonado la taberna.

—Ha sido él —dijo Pierre cuando vio a los hombres salir de la sala de interrogación.

—No te apresures —dijo el inspector—. Aún no tenemos una confesión y pruebas tampoco.

—Pero no tiene coartada —recordó el agente.

—Y Messier está desaparecido —intervino Lucas.

—Y nos han querido culpar de algo que no hicimos —escupió Allan—. ¿En dónde estaba el ministro cuándo eso ocurrió?

—En una reunión —aclaró Pierre.

—Pudo haber enviado a alguien… —propuso el gendarme con astucia.

—Sea quien fuere, envió a alguien, sí. Hemos revisado las cámaras del hotel y antes de haber sido cubiertas, pudimos observar a alguien ingresar a la habitación. Un hombre vestido de electricista ingresó al cuarto antes de que tú hubieras llegado al hotel —señaló al inspector — y cuando tú seguías dormido —se dirigió hacia Lucas—. Fue listo, cuidó su rostro para evitar ser capturado por las cámaras. Salió minutos después y nos impidió la visibilidad en las grabaciones. Intuimos que fue él mismo quien les dejó el cuerpo, o por lo menos que lo tenía pensado hacer desde el principio. Ese fue el único modo que encontró para cargarles el muerto. No obstante, nadie en el hotel lo recuerda, el hombre que está en la recepción es pésimo para recordar rostros, intentamos hacer un retrato hablado y tuvimos muchas inconsistencias de su parte. Sobre los hombres que los persiguieron, requerimos que nos den información y en cuanto tengamos los rostros, nos pondremos en marcha. Los buscaremos hasta

dar con ellos. Quizás eso pueda ayudarnos a esclarecer las dudas sobre el ministro, mientras llega su abogado.

* * *

Marion, la hija del ministro había sido encontrada en su residencia a pocas horas del anochecer del jueves, situada en medio de un espeso charco de sangre, en lo que parecía haber sido un acto despiadado. La situación era espeluznante, sin duda.

La Policía llegó al sitio luego de haber recibido la llamada del ministro, quien, con gran resaca, había vuelto a casa, encontrando para su sorpresa, un desastre en el lugar. Parecía que hubieran irrumpido en el hogar para robarle algo de valor, lo que no sabía era que sería la vida de su hija.

Los cajones estaban fuera de lugar, los muebles tirados, las hojas por doquier, las macetas rotas sobre el piso, las alhajas sobre la mesa y todo lo que resultaba de valor, por encima del suelo. Aunque extrañamente, nada faltaba, o por lo menos, el ministro afirmaba no faltar nada. Movido por la curiosidad y el pavor de no percibir la presencia de Marion ante su llamado, se apresuró a ir a la habitación de la damisela.

En la residencia no había nadie más, Marión era su única hija, y su esposa, hacía años que ya no pertenecía a este mundo. Tan solo eran él y Marion.

Su reacción fue tétrica al ver a su hija herida—o muerta, más bien—. Los forenses revelaron que la hora de su muerte, oscilaba entre las cinco y las seis de la madrugada del jueves. Murió al instante luego de haber sido atravesada por un atizador, clavado directo al corazón. Órgano vital.

Tenía los ojos abiertos cuando la encontró. El ministro permaneció en shock por algunos minutos, mientras lloraba su muerte y la tomaba entre sus brazos. Tenía el cuerpo frío, la piel pálida, la ropa ensangrentada y el cuerpo inerte. Cuando reaccionó, tomó el teléfono y llamó a la Policía.

La reconstrucción indicaba que alguien había asesinado a la mujer fingiendo un robo, para despistar y hacerles creer que su muerte había sido la consecuencia de un atraco injustificado, en donde se buscaba algo y jamás se obtuvo.

Aquello se intuía por la presencia de todas las reliquias y por el desorden causado tiempo después de la muerte.

Hasta ese momento no se sabía nada del agresor.

En la escena se habían recabado algunas huellas, pero en los archivos no se había encontrado ninguna coincidencia. Quienquiera que lo hubiera hecho, no había cometido algún otro crimen y no había pisado la cárcel. Eso lo volvía peor, podía ser cualquiera.

En la residencia no había cámaras, el personal de limpieza no supo nada, a esas horas, se encontraba durmiendo, y para descartar su posible culpabilidad, se les tomaron las huellas y se compararon con las obtenidas, aunque nada se obtuvo.

El atizador estaba ahí, clavado con fuerza sobre su pecho. Tanto debió haber sido el odio para ingresar de un modo tan abrupto. Las huellas encontradas en el arma, eran la pista fundamental para cerrar el caso y dar con el culpable empero, no se había obtenido ninguna otra pista que pudiera aclarar el suceso. Eso hasta que el ministro habló y mencionó a Messier.

—¿Por qué no lo hizo antes? ¿Por qué no habló de la relación de Messier con su hija? ¿Por qué hasta ahora? —indagó el inspector de vuelta a la sala.

El ministro mantenía la serenidad, ahora acompañado de su abogado. Le dirigió una mirada cómplice, indicándole que podía hablar y comenzó a mover los labios.

—Mentí, no lo vi hablar por teléfono, me fui antes de eso, pero esta mañana, me lo contó un hombre cuando acudí a la taberna…

—¿Qué hombre?

—El *barman* que nos estuvo atendiendo, le pregunté si no había visto algo raro aquella noche… Tenía mis sospechas, Messier me caía bien, pero yo no lograba recordar nada de lo que había pasado. No pude contactarlo, no tenía el número de su representante y el único que podía ayudarme a esclarecer la mente, era el *barman*. Él me dijo que Messier había abandonado el sitio al filo de la madrugada que, por su aspecto, intuía que algo malo había pasado. Aunque no comentó nada, terminó su trago de un jalón y abandonó el sitio con prontitud.

Ahora decía la verdad, las grabaciones lo corroboraban.

—¿Por qué discutías con el mago? No será la razón por la que lo culpas de la muerte de Marion, ¿no? —preguntó Allan.

El ministro guardó silencio reconociendo el modo en el que las cosas encajaban pero que, sin duda, nada tenían que ver.

—Tonterías —recordó—. Le dije que era un farsante al robar el truco de otro… la situación llegó a mis oídos, me lo dijo Marion —explicó rápidamente ante las miradas recelosas de los oficiales—. Sabía que eso lo molestaría y acerté. Después me retó a adivinar algunos trucos y, entre cada error, un fajo de billetes… Perdí, ardí en cólera… eso fue todo, no iba en serio. Al final no le di nada. Tan solo se trató de una pelea absurda... —expresó quitándole importancia y

algo de arrepentimiento, al considerarse sospechoso.

—Si fue absurda, ¿por qué intuyes que fue el asesino?

—No lo intuí, tan solo di su nombre… lo creí sustancial. Te aseguro que no he sido yo el que ha querido deshacerse de ustedes. Ni siquiera sabía de su gemelo. Lo único que quiero, es justicia para mi pequeña Marion —mencionó echándose a llorar, quebrándose por dentro. Como lo haría cualquier padre.

—¿Sabes a dónde iba cuando estaba aquí, en la villa?

—Tenía una casa, estuve ahí en algunas ocasiones… Puedo darles la dirección, no está muy lejos de aquí, a diez minutos a pie. Tal vez ahora, esté ahí.

# 11

# NO ES POR LA MAGIA

Luego del interrogatorio, los oficiales pensaban en la posibilidad de que alguien más, los hubiera escuchado durante la pelea. Esa podría ser la explicación para acabar con Gromund, al saber sobre la farsa en el acto.

Existía la posibilidad de que alguien hubiera querido asesinarlo para sacarlo del camino y que, también hubiera matado a la hija del ministro, en un arranque de furia para desvelar los detalles y usurpar el acto.

Pero la idea no encajaba, las posibilidades se descartaban entre cada conjetura.

—¿Sabes algo? —mencionó el inspector luego de recobrar el aliento, posicionados nuevamente frente a la casa de Messier, vislumbrando frente a él, algunos coches patrulla y al agente mirándolos a lo lejos, con cara de pocos amigos—. Me parece que no es por la magia, por lo menos no como lo habíamos pensado… En su lugar, ha ocurrido algo verdaderamente atroz, que ha obligado a Messier a ocultarse del mundo entero…

—Algo en lo que ya nos hemos inmiscuido y en lo que, sin duda, estamos en la mira hasta lograr saber lo que en realidad pasó —finalizó Lucas sofocado.

Parecía que habían corrido un maratón y así había sido.

Después de haber obtenido la dirección de la residencia de Messier, se pusieron en marcha y se dirigieron al sitio.

El recinto estaba ahí, justo como el ministro se los había descrito. En medio de una calle de baldosas, a lo largo, los edificios se extendían, algo similar a la residencia de Nora. Todas ellas en tono similar, un beige que hacía contraste con las calles, de apariencia estrecha, similar a un callejón, pero bastante separadas las unas de las otras, para lograr diferenciarle. Con las ventanas abiertas de un edificio frente al otro, y algunos balcones con mira a la calle, además de macetas que daban vida a la villa. También había locales, tiendas, una librería y un café. Y justo a la derecha, la casa que buscaban.

Un lugar pequeño, suficiente para albergar a un individuo, no

destacaba del resto, guardaba la misma apariencia que las demás construcciones. Cualquiera que pasase por allí, no repararía en la importancia del lugar, simplemente admiraría la fachada y continuaría con su caminar.

Pero para el inspector y el gendarme, la situación era diferente. La vivienda guardaba gran importancia para ellos, y lo que fuera que llegaran a encontrar, era sumamente relevante.

Caminaban hacia el sitio atisbando a escasos metros de la casa, la puerta marrón que se encontraba entreabierta.

Sigilosos, apresuraron el paso. ¡Alguien estaba dentro!

Y de pronto, tomándolos por sorpresa, un hombre con la capucha puesta salió disparado de la casa. Corrió sin girar la vista, como un ladrón saliendo de un banco o una joyería.

—¡Hey, tú! —gritó Allan, pero el hombre no se detuvo.

—¡Policía! —gritó Lucas en medio de la persecución, pensando seriamente en desenfundar la pistola, pero lo querían vivo, su muerte no les serviría de nada—. ¡Cabrón! —berreó.

Continuó así hasta la primera esquina que encontró, se colocó el casco en la cabeza y ávidamente, se montó en la motocicleta que estratégicamente había aparcado ahí. Allan y Lucas lo seguían por detrás.

—¡Maldición! —vociferó el inspector al ver que lo perdían.

—¡Taxi! —gritó Lucas arriesgando la vida al plantarse en medio de la calle para lograr detenerlo. La motocicleta se alejaba y la única manera que había para alcanzarlo, en ese momento, era con la ayuda de aquel taxista.

—¡Caballeros! ¡Ustedes una vez más, que coincidencia! —expresó emocionado. Se trataba del hombre que los había llevado al hospital psiquiátrico, hacía unas horas—. ¿Han encontrado lo que buscaban? —preguntó al verlos subir con rapidez.

—¡Sigue a esa motocicleta! —le pidió Allan con el corazón en la garganta—. ¡No lo pierdas! —pronunció con furia viendo cómo se alejaba.

—Seguro, seguro… —habló el conductor pisando el acelerador—. No me multarán por esto, ¿cierto?

—No te preocupes ahora por eso, concéntrate en alcanzarlo y en no dejar que escape —mencionó Lucas recobrando el aliento.

Continuaron en camino recto, observando al conductor maniobrar el volante con agilidad, giraron a la derecha y luego a la izquierda. Las calles solo permitían el paso en una sola dirección y de llegar a cambiar su trayectoria, el hombre que escapaba en la motocicleta, simplemente les daría esquinazo.

Los neumáticos rechinaron sobre el asfalto luego de haber llegado a la glorieta. Estaban más cerca, el hombre pisó el acelerador y

continuó sin perderlo de vista. El motociclista miró por detrás identificándolos cada vez más cerca y aumentó la velocidad, giró a la derecha y se adentró a las calles adoquinadas.

—¡Lo perdemos! —dijo Lucas perdiendo las esperanzas, pero el taxista no estaba dispuesto a eso, aceleró y giró el volante con gran frenesí que casi derrapaban.

Frente a ellos, el hombre cambiaba de dirección adentrándose a un callejón, era difícil seguirlo en auto.

—¡Detente, detente! —gritó el inspector y dejándole algunos billetes sobre el asiento, bajó del auto con prontitud para correr tras él. Lucas lo seguía, se dirigieron al otro extremo y no dudaron en tomar una motocicleta aparcada frente a ellos. Tenía la llave puesta.

Atraparlo era primordial y hacerse del vehículo, había sido lo más viable en un momento como ese.

Allan se situó al frente, Lucas por detrás. Pisó el acelerador y prosiguió hasta donde lo había visto girar. El corazón les latía con vivacidad, la adrenalina los consumía entre cada segundo y aquello era lo que los animaba a no dejarlo escapar.

—¡Ahí! ¡Ahí está! —gritó Lucas señalando frente a él.

El aire pegaba con fuerza contra sus rostros, el ambiente se tornaba tenso.

—¡Saca la pistola! ¡Dispara, Lucas! ¡Dispara al neumático! —insistió con fuerza—. ¡Hazlo ya! ¡Lo perdemos!

El gendarme hizo lo que Allan le solicitaba, asió el arma y disparó sin dudarlo, pero la velocidad a la que iban se lo complicaba. El hombre había dado vuelta, logrando aprovechar un alto mientras arriesgaba la vida, provocando una serie de pitidos en medio de la carretera y algunos insultos.

Allan y el inspector se habían quedado atrás.

—¡Maldición! —gritó con exasperación golpeando con rudeza la motocicleta.

¿Quién era el hombre y qué hacía en la casa del mago? Había que volver, registrar la vivienda e identificar lo que había ido a buscar, si es que así lo hubiera hecho.

* * *

Caminaban de vuelta al recinto, la adrenalina aún circulaba por sus venas, y aunque se dirigían a pie, el corazón seguía bombeando con energía. Habían estado cerca de atraparlo, pero el casco que llevaba les había impedido saber de quién se trataba. No hacía falta

mencionar que habían armado un disturbio en medio de la villa, sin embargo, no imaginaban que el disturbio también se generaría en la casa de Messier.

Apenas doblando la esquina se percataron de los coches patrulla. Pierre los vislumbraba a la lejanía. Algo había pasado y Lucas y el inspector, poco sabían al respecto.

Sospechaban que no era nada bueno, que estaban en problemas y que habían dejado ir al culpable de lo que fuera que hubiera acontecido allí dentro.

—¿Debimos haber ido tras él? —preguntó Lucas sin detener el paso, con la mirada clavada al agente—. ¿O debimos haber ingresado a la casa antes…?

—Estoy seguro de que, de haber ingresado, nos habríamos arrepentido de no haber ido tras él. Nos habríamos estado martirizando sobre si hubiésemos podido atraparlo o no… aunque técnicamente, ahora sabemos que no fue así. Escapó… —suspiró.

—Y ahora él —dijo refiriéndose al agente Pierre—, pensará que somos culpables…

—No lo sé, últimamente la suerte no ha estado de nuestro lado.

Prosiguieron hasta donde se encontraba el agente, esperándolos.

—Lo dejaron ir —habló con fastidio.

—Nos fue imposible poder alcanzarlo —se defendió Lucas—. Hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance…

—Ya, y tampoco saben de quién se trata. ¿No es así?

—En absoluto.

—¿Qué ha pasado? —indagó Allan.

—Ha muerto alguien… —el inspector y el gendarme se miraron curiosos—. Lo han asesinado. Era Efrén, el hombre que les dio información en el Colisée sobre los planes de Gromund —aclaró, hizo una pausa y continuó—. Contactó conmigo, dijo que Messier lo había llamado para decirle que estaba en peligro, que le había pedido ir a su casa. Le dije que me esperara en la taberna, que iríamos juntos, pero cuando llegué, el muy imbécil ya no estaba ahí. Me dirigí a la casa en cuanto antes y los vi a ustedes subiendo a un taxi con la intención de ir tras él… llegué demasiado tarde. El hombre ya estaba muerto. Sigue ahí, se están recabando evidencias.

—¿Por qué no nos avisaste? Podríamos haber apresurado el paso —gruñó Lucas.

—Creí que seguían en el interrogatorio. Cuando Efrén me llamó lo escuché tranquilo, no creí que decidiría aventurarse solo.

—Pues lo hizo y mira cómo resultó —intervino Allan.

—Lo tengo claro, pero lo hecho, hecho está. En lugar de lamentarnos y buscar culpables, lo que debemos hacer es apresurarnos y encontrar al cabrón que hizo esto. O de lo contrario, aquí seguirán

muriendo personas. Me parece que ahora tienen muy claro que esto no es por la magia y un acto robado, ¿cierto? Esto es más grueso de lo que habían pensado. Se le ha salido de las manos, para el asesino hay muchos cabos sueltos que aniquilar.

—Y el más grande de sus errores fue haber dejado vivo a Messier… —desveló Allan anticipando que lo estaría buscando. Ergo, ellos tenían que ser más rápidos.

—Quizá, los siguientes sean ustedes —sentenció Pierre.

Efrén había sido asesinado despiadadamente, le habían cortado la lengua y habían intentado separarle la cabeza del cuello. Un charco de sangre había quedado impregnado sobre la alfombra y el cuerpo inerte, reposaba sobre el piso. Para el inspector Allan Franco, luego de vislumbrar la escena, la única razón factible que había encontrado para que hubieran decidido acabar con él, era que supiera quién era el asesino. Y que, en un acto cruel, le hubieran cortado la lengua como advertencia a quienquiera que quisiera hablar y desvelar su identidad.

## 12

## POSIBLES SOSPECHOSOS

En la habitación no había rastro de Messier ni de Nora, no había nada que pudiera indicarles que ellos habían estado ahí. Y era lógico sabiendo que alguien iba tras el mago. Gromund no sería imbécil como para quedarse en su residencia.

El sitio estaba limpio, a excepción del lugar en donde Efrén había dado su último suspiro, el arma homicida había sido llevado a analizar junto con el cuerpo. Algunos especialistas se habían quedado a inspeccionarlo todo mientras Allan, Lucas y Pierre subían al coche patrulla para dirigirse a la comisaría, lugar donde esperarían por los resultados.

No fue hasta después de unas horas cuando les informaron que, en las uñas del fallecido, se habían logrado identificar rastros de piel. Muy probablemente pertenecientes a su agresor. Efrén se había defendido, aunque sin la oportunidad de poder salir vencedor.

Pierre solicitó cotejar los resultados del arma empleada con Efrén y el arma empleada con la hija del ministro, tenía una corazonada y sacarse de dudas lo liberaría un poco.

—Tan solo digo que no descartemos al ministro —dijo Lucas—. Por supuesto que estuvo aquí durante el incidente, pero pudo haberle pedido a alguien que lo hiciera, después de todo, es su hija y la perdió en un fatal encuentro. Un padre hace hasta lo imposible por sus hijos, por vengar su muerte.

—Es un hombre muy influyente, sí, pero me resulta imposible verlo de ese modo —dijo Pierre—. Lo conozco de años, no sería capaz.

—No tiene coartada y el asesino siempre es quien menos pensamos. El más cercano a nosotros…

—No nos apresuremos —intervino Allan con astucia—. Esperemos a los resultados, solicitemos una prueba de su ADN y tomemos sus huellas. Luego, cotejemos con el atizador empleado con Marion y el cuchillo usado con Efrén. Sin olvidarnos de la piel encontrada en sus uñas. Si coinciden, cerraremos el caso e iremos a tomar una copa de vino, pero si no, por lo menos sabremos que no es el ministro. Además, no estaría de más cotejar también los resultados con las

huellas de Jean Paul… —propuso no logrando abandonar la idea, algo intuía, aunque necesitaba pruebas—. Y por supuesto, diría que con las de Messier… pero no tenemos sus huellas. De una u otra manera, los análisis, algo tendrán que decirnos.

Movidos por el interés de saber lo que arrojarían los resultados, el trío de hombres se dirigió a repasar cada uno de los sucesos, ahora representados sobre una pizarra.

Habían muerto tres hombres: Jean Paul, Camil y el sujeto del Colisée. Además de Marion, la hija del ministro, que si bien habían pensado no encajaba en nada, la relación que había tenido con Messier, era lo que los animaba a pensar que podía haber conexión entre los casos.

En la villa nadie sabía del paradero de Messier y los que podían haberlo sabido, ya estaban muertos, a excepción de Nora que, según la información brindada por el portero de su edificio, se encontraba con el mago. Hasta el momento, la única que podría brindarles información.

—Agente —pronunció un analista asomando la cabeza a la habitación en la que se encontraban—, quizás esto no sea relevante, pero lo dejo a su consideración. En el bolsillo del hombre hemos encontrado un boleto de taxi… quizá pueda darles alguna pista.

—¿Un boleto? Debe ser del conductor que lo llevó hasta allá —dijo Pierre quitándole importancia.

—¿Has investigado a quién pertenece? —indagó Allan.

—Sí, el auto lo conduce un hombre llamado Sebastián Vasilis, tengo una foto en la computadora —explicó animándolos a verla.

—¿Es lo que creo qué es? —indagó Lucas dirigiéndose al inspector.

Era fácil inferirlo, ambos habían tenido las mismas experiencias desde su llegada a la villa, habían asistido a los mismos lugares y habían estado juntos la mayor parte del tiempo. Sabían de su existencia, conocían al hombre, al que imaginaban verían en la pantalla del analista. Se habían encontrado con él en situaciones altamente improbables y quisieran o no, su presencia había sido crucial en la investigación.

—Espero que no, porque de ser así… tú lo has dicho, el asesino siempre es quien menos pensamos.

—¿De qué hablan? ¿Conocen al asesino? ¿El rompecabezas está resuelto? —indagó Pierre con emoción.

—Espero que sí —dijo Lucas sin poder contener la sonrisa.

En la pantalla del ordenador se encontraba un rostro conocido, aquel hombre que los había llevado hasta el hospital psiquiátrico y el que había conducido con frenesí durante la persecución del motociclista. El taxista que sonreía con picardía, el mismo que les había ayudado, incluso sin conocerlos.

—¿Cómo no lo vi antes? —Se lamentó Allan al encontrar coincidencias en la foto y su recuerdo en el taxi. Fácil, ¿no?

—¿Ya está, se ha terminado? —dijo el agente Pierre.

—Eso parece —alardeó Lucas—. ¿Quién sino él? Siempre estuvo ahí, sabía en dónde estaba Jean, merodeaba por la residencia de Messier y conocía al hombre que murió, o por lo menos le dio un viaje… que, para el caso, es lo mismo. Fue él, sin duda…

—¡No, momento! —intervino el inspector Franco luego de sopesar la información—. No creerán que fue fácil —dijo molesto—. No es así, no me hago a la idea. ¿Sebastián? ¿Fue él? Quizás solo estuvo en el momento y el lugar equivocado o correcto, depende de dónde se mire.

—Está claro Allan, nadie dijo que esto se trataría de ser fácil o difícil y que por esa razón juzgaríamos al culpable. Es él, fue Vasilis, el taxista —intentó convencerlo.

—Él tiene razón, ¿guiarnos solo por el boleto…? Además, siguió al motociclista, no pudo haber estado en dos lugares al mismo tiempo. Lucas, me lo pienso, en serio. Lo que debemos hacer es buscarlo, interrogarlo y sacarnos de dudas —propuso el agente y luego salió solicitando a su equipo que buscaran al hombre y lo llevaran a la comisaría en cuanto antes.

Allan, que era buen inspector, guiado por su instinto y su capacidad de inferencia analítica, ahora se debatía entre el resultado que arrojaba la investigación y su intuición. Para él no era posible, para el resto sí. O por lo menos, no podía concebirlo sin pruebas contundentes.

Pero Lucas tenía razón, no se trataba de aquello que pudiera llegar a ser fácil o difícil, no era condición para determinar al culpable, más bien, era lo que su intuición le decía. Había algo que le impedía creer la historia de su culpabilidad.

Y de llegar a ser el taxista, estaría satisfecho por lograr dar con el culpable de tantas muertes, pero de no ser así…

Pensaba, pensaba en todo eso cuando un oficial le avisó de la llegada de Sebastián. Ávidamente, despertó de sus cavilaciones, había que interrogarlo y Allan debía estar ahí.

Lucas no interrogaría, luego de haberle solicitado al taxista la prueba de ADN y sus huellas, el gendarme salió de la habitación para comunicarse y solicitar la información de ADN de Jean, a la comisaría bajo su jurisprudencia. Así mismo, de la información obtenida de la escena del crimen para cotejarla con la de Vasilis.

En la habitación solo estarían Pierre y Allan. El dúo perfecto para hacer hablar al conductor.

—Sea lo que sea, no soy culpable —se anticipó a decir en cuanto vio ingresar a los dos hombres, con altivez y porte sombrío—. ¡Lo juro! —exclamó con miedo.

—¿Conocías a Efrén? —interrogó Pierre con recelo una vez se hubo colocado sobre la silla.

Sebastián lo miraba con miedo, luego bajó la cabeza y respondió.

—No sé quién es.

—¡Vamos! —gritó Allan haciéndolo sobresaltar e incitándolo a levantar la cabeza, lo miró—. ¡Ese hombre murió y tú fuiste el último que lo vio con vida! ¿De qué lo conocías!

—No sé de qué me hablan, caballeros… —divagó.

—¡Con un carajo! ¡Hay pruebas! —Allan golpeó la mesa, quería que hablara—. En el bolsillo, el hombre tenía esto —colocó el boleto con la información del vehículo sobre la mesa—. Tú lo llevaste hasta ahí, fuiste el último que lo vio. ¡Ahora, dilo todo!

—Yo no lo conocía… no he sido el que lo ha hecho…

—¿Qué dices? —mencionó Pierre—. ¿Sabes quién fue? —gruñó molesto.

—Para nada —se apresuró a decir—. No sé quién lo hizo…

—¿Por qué estabas ahí? Cuando investigábamos sobre Messier, tú estuviste ahí, y cuando perseguíamos a ese hombre, tú también estuviste ahí… —mencionó tratando de encontrar una respuesta lógica —. ¡Eres el autor intelectual!

—Coincidencia, lo juro. Nada tuve que ver en esto, no soy culpable de lo que creen que soy culpable. Ni de nada, en realidad.

—Pero conocías al hombre que ellos buscaban —dijo Pierre—. Sabías del hospital y llevaste a Efrén a esa casa, algo te debió decir, algo debes saber.

Vasilis se rascó la cabeza, los miró y luego, ante sus pocas posibilidades de salir libre, decidió contarlo todo.

—Ya lo he dicho, tan solo fueron coincidencias, de no haber sido así, no habría accedido a que tomaran pruebas de mi ADN. Tan seguro estoy de mi inocencia, que no he solicitado a un abogado —dijo—. Se equivocan conmigo, no he hecho nada más que hacer el viaje que el hombre me pidió. No sería tan tonto como para dejarle el boleto, eso solo podría incriminarme justo como lo está haciendo ahora. Que, de haberlo asesinado, no me habría olvidado de ese trozo de papel… He visto bastantes series policíacas como para saber que no hay que dejar evidencia.

—A nosotros no nos diste ningún boleto —mencionó Allan con recelo.

—Sí… sobre eso —habló—, puedo ser culpable —expresó mirándolos y luego bajó la cabeza—. A ustedes los encontré en el camino, en este oficio no se gana mucho y menos esperando por clientes en el estacionamiento. Ahí fue donde Efrén solicitó el viaje…

—¿Dices que haces negocio fuera del estacionamiento? —intervino Pierre iracundo.

—Sí, pero no es delito… por favor, que no lo sepan en mi trabajo porque me quitarán la placa —imploró—. Efrén solicitó el viaje y a ustedes los encontré en el camino, no es difícil de entender. Pero ¿qué iba a saber yo que ese hombre iba a morir?

—¿Entonces, por qué negabas conocer al hombre? Y ¿por qué merodeabas por el sitio? —indagó el inspector percatándose de que era como había anticipado, que el taxista no era a quién buscaban pero que había que hacerle hablar para sacarse de dudas y que, con su peculiar manera de interrogar, había logrado.

—Porque al pasar por el lugar vi a las patrullas y pensé que algo malo había ocurrido, tenía miedo, me culparían. Lo mejor siempre es negar las cosas… por lo menos hasta que se demuestre lo contrario… ¿No? Además, estaba ahí porque el hombre me pidió que lo esperase, pero tardó demasiado. Me pidió aparcar en una esquina lejos de ahí, y al no verlo, decidí abandonar. Ya había perdido muchos clientes al esperar y el hombre ni me había pagado. En ese momento los encontré a ustedes y nos adentramos a la persecución.

—¡Maldición! —soltó Allan—. ¿Qué pasa con toda esta gente? ¿Te das cuenta de lo mucho que nos podíamos ahorrar si desde el primer momento nos hubieras dicho lo del viaje? —habló fastidiado—. Como sea, ¿escuchaste si Efrén dijo algo? ¿Mencionó a quién iba a ver o qué hacía allí?

—Juro que no escuché nada, esta vez digo la verdad, sin rodeos —afirmó.

Lo dejaron marchar, estaba claro que no se trataba de él, y pensar que Lucas podía haber jurado que lo tenían.

Pierre comenzó a reír, ya fuera de la sala mientras llenaba un vaso de agua, el calor seguía matándolos.

—Es cierto —dijo entre risas—. Era fácil, pensar en que hubiera sido él —se dirigió hacia Allan—. Eres bueno, tu intuición es buena, bastante buena. Pero ¿por qué aún no has dado con él culpable? —quiso saber.

—Lo mismo me pregunto —dijo en un suspiro—. Créeme, lo mismo me pregunto.

—Quizás has perdido la confianza creyendo que podías haber errado —habló el agente—. Puede que incluso ya lo hayas visto y no te hayas percatado de eso… —vaticinó—. ¿Qué sabemos de la mujer? ¿La has investigado? ¿Y si es ella? Después de todo has dicho que fue la primera con la que establecieron contacto al llegar aquí, la que te habló de Messier y sus planes, la que sabía de Camil, el representante. Y la que te llevó al Colisée. La que según declaró, estaba enamorada del mago. La que desapareció luego del primer encuentro, la que sabía en qué habitación y en qué hotel se hospedaban. Con la que habías bebido…

—¡No me atormentes más! —pronunció Allan llegando a una conclusión que no quería aceptar.

Se había visto imposibilitado de inferirla debido a la idealización que se había hecho de ella, a su cautivadora presencia, a la impresión que le había dado. Quizás fuera como Pierre le decía, ¿y si no lo estaba haciendo bien porque se trataba de ella? Por que como recordaba, Nora lo hacía estremecer y lo hacía sentirse culpable ante Camille, su novia; mujer que corría riesgo ante la investigación.

—Además, has dicho que el portero la ha visto irse con Messier, ¿y si hizo todo esto para poder estar con él? Quiero decir, deshacerse de la hija del ministro era la solución, era el obstáculo en su historia de amor… —conjeturó al percibir la posibilidad y por lo poco que habían reparado en ello.

—Pero no mencionó nada de su gemelo, no sabía al respecto.

—En ese momento tampoco tú lo sabías, quizás no quiso sacar el tema pensando que no sabías nada… Es cauta.

—¿Pero por qué asesinar a Jean y a Camil, incluso a Efrén? —indagó queriendo sacarse de dudas. Pretendiendo estar convencido de su carente atracción hacia ella. Pretendiendo no importarle en absoluto.

—Por amor, el amor todo lo puede —exclamó él.

—¿Y Messier, por qué ha accedido a estar con ella sabiendo lo que ha hecho?

—¿Y si no lo sabe? ¿Y si le ha mentido? —dijo poniendo en duda las cavilaciones del respetado inspector—. Algo es seguro, debemos acudir a ese apartamento e investigar, quizás encontremos algo que podamos cotejar... —propuso con encanto.

Ni siquiera él había previsto el giro que daría la investigación. De llegar a ser ella, las cosas estarían claras y el inspector podía reafirmarse como un verdadero idiota, por mucho que le fastidiara y que significara un golpe bajo a su trabajo y desempeño.

Pero en la vida, los errores estaban permitidos, a veces hacía falta uno para caer y permitirnos bajar del pedestal, cuestionarnos sobre lo que somos y sobre lo que queríamos llegar a ser. Para reconocer cuando estamos creando una falsa percepción de nosotros y para reafirmar que no somos perfectos, que lejos estamos de eso, pero que, ante una atroz caída, lo mejor es espabilarse, mirar al frente y esta vez, hacerlo mejor.

El atardecer estaba por llegar, Allan y Pierre se dirigían a la casa de la mujer, el inspector lo guiaba, recordaba el camino y agradecía que esta vez, la temperatura estuviera bajando.

Un aire fresco pegaba contra ellos y tal vez fuera eso lo que desde un inicio necesitaban para poder pensar con claridad.

Habían dejado a Lucas en la comisaría, esperaba por los resultados,

en la vida había que ser pacientes para llegar al objetivo, pero en ocasiones, también había que apresurar las cosas. Eso era lo que hacía el gendarme, apresuraba al personal para obtener lo que buscaba.

—Es ahí —pronunció frente al edificio y una especie de *déjà vu* se apoderó de él al recordar la visita anterior junto a Lucas.

Atravesaron la calle y se adentraron al sitio. El portero se encontraba ahí, con el mismo uniforme, pero esta vez, sentado resolviendo sudokus. Tardó en notar la presencia de los oficiales, estaba concentrado y no alzó la cabeza hasta que Pierre carraspeó.

—¡Caballeros! ¿Puedo ayudarlos? —mencionó dirigiendo la mirada al inspector, reconociéndolo de la visita anterior.

—Sí, buscamos a Nora, reside aquí…

—¿Nora? Pero si ya la han venido a buscar antes, usted y otro hombre —dijo—. No me digan nuevamente que no pasa nada, porque no los dejaré pasar.

—Tranquilo, hombre. No pasa nada, tenemos razones para pensar que puede darnos información sobre un hombre al que buscamos —explicó el agente—. ¿Se encuentra la señorita?

—No, desde la mañana no ha vuelto, ya se lo había dicho a él —señaló con rabia al inspector.

—¿Podemos pasar? —preguntó—. Soy el agente Pierre, no hay problema —dijo mostrando la placa.

—Adelante, adelante —expresó guiándolos, parecía que la placa cambiaba la cordialidad en algunas personas.

Y guiados por el portero, los oficiales caminaron detrás de él hasta llegar a la habitación. Colocó la llave y la puerta se abrió.

—Gracias —dijo Pierre animándolo a abandonar el cuarto.

—Sí, por supuesto, hagan lo que tengan que hacer y no tarden mucho, la gente aquí suele alarmarse.

—Seguro, no hay problema —mencionó Allan cerrando la puerta luego de que el hombre se hubiera retirado.

Mucho recordaba del lugar. Sabía que ella no había vuelto porque la comida permanecía sobre la alacena, y los rastros del gato de la huida anterior, seguían ahí.

Lo que necesitaban era una muestra de su ADN así que buscaron algo que pudiera ayudarles. Pierre se había adelantado, ya se había hecho de una muestra mientras observaba cada objeto en el lugar.

—¿Por qué crees que se haya ido? ¿En dónde están? ¿Lo habrá asesinado? —dijo arrepintiéndose al instante por tan horrenda cavilación.

—No lo sé. Tal vez tuviera alguna otra vivienda… Quizá pretenden esconderse hasta que esto termine, hasta que lo olvidemos y demos carpetazo.

—Mira —señaló una fotografía sobre uno de los muebles—. Es en

la villa, solo hay que descubrir dónde exactamente.

Al fondo se podía observar una casa construida con piedra y tejado rojizo, alrededor algunos árboles y arbustos. La fachada daba aspecto de usarse durante las vacaciones, cuando se quería descansar apartados del bullicio y de la sociedad.

Ella estaba en el patio, sobre una silla, sonriente, mostrando una copa. Con una sombrilla roja sobre ella cubriéndola del sol.

Pierre tomó la fotografía y la guardó en el bolsillo junto a la evidencia que había encontrado.

Se hacía tarde, en el cielo el tono rojizo comenzaba a aparecer. Cualquiera se embelesaría ante esa vista, sin embargo, Allan solo podía pensar en Nora, en el patio de la casa de la foto, en su tranquilidad por creerse incapaz de ser encontrada. En el motivo por el que había pasado a ser la principal sospechosa.

# 13

# LA SUMA DE TODOS LOS ANÁLISIS

Era cierto, los análisis afirmaban que lo que había acontecido en el teatro había sido planeado, el fuego se había propagado con avidez y Jean había sido el más afectado. La situación había sido comunicada de inmediato a la familia, quienes, sin duda, pidieron justicia por su hijo muerto y por el otro desaparecido. La noticia los consternaba, pero preferían mantenerlo en secreto. Lo mejor para ellos era dejar las cosas como estaban, prefiriendo que los fanáticos, rindieran luto a Messier. De nada servía abrumarlos con su gemelo. Para ellos solo existía un único Messier Gromund, y él había muerto en un acto de magia. Como se pensaba que un mago debía hacerlo—por supuesto, sin planearlo—.

Sus padres no sabían nada de la hija del ministro y de la relación que Messier mantenía con ella. Les tenía sin cuidado lo que hacía, sabían de sus paseos por la villa con su hermano, pero ignoraban a dónde se dirigían.

Así mismo, se había obtenido el ADN de Sebastián, el taxista; del ministro y de Nora. Todos ellos se habían cotejado con los resultados obtenido de las armas homicidas, empero no se habían encontrado coincidencias ni siquiera con el de Jean Paul.

Entre las armas había una coincidencia, el atizador y el cuchillo tenían las mismas huellas, pero en los archivos no había relación alguna. Alguien se había molestado en ser demasiado cuidadoso para no pisar la cárcel o quizás, todo se le hubiera salido de las manos.

El ADN identificado en la piel que Efrén había logrado arrancar de su agresor, no coincidía con el del ministro, ni con el del taxista, ni con Nora y por supuesto, tampoco con los hermanos Gromund.

—¿De quién es entonces? —preguntó Pierre fastidiado al no haber acertado en sus suposiciones sobre la chica—. La idea sonaba tentadora, todo encajaba con Nora…

—Me parece que queríamos que así fuera, pero los resultados lo dicen, no fue ella ni ninguno de los que creímos que eran sospechosos —expresó Allan con gran soltura, quizás emocionado por saber que la mujer no había tenido nada que ver. Y, a decir verdad, pese a saber de

sobra que ella no era culpable, hubo un momento en el que lo llegó a dudar.

—¿Qué ha pasado con las cámaras y la muerte de Camil, no se sabe quién ingresó a nuestra habitación? —cuestionó Lucas intentando dar esperanzas.

—Nada en los archivos. Sabemos que las huellas coinciden con el resto de las muertes. Eso nos dice que se trata de un mismo agresor, asesinó a Marion, a Camil y a Efrén. En las cámaras nunca se le ve el rostro. Me temo que debemos cerrarlo, no tenemos nada. ¡Es un maldito misterio indescifrable!

—Es tarde, deberíamos dormir, ha sido suficiente por hoy, un calor sofocante, una persecución, muertes horrorosas y análisis sin claras coincidencias. Me parece que antes de dar carpetazo, deberíamos volver con esto por la mañana, con la mente espabilada y el cerebro oxigenado. De nada nos sirve pasar la noche y errar con brutalidad. Debemos admitir que por hoy hemos perdido, pero que mañana podremos cambiar la situación. Lo primero que haremos, será dar con la casa de la fotografía. Nora debe estar ahí y con suerte Messier. Algo podrán decirnos, ya sea uno o el otro, su testimonio será importante —propuso Allan con gran lógica.

—Tienes razón, dejémoslo aquí, mis párpados se cierran y justo ahora no puedo pensar… Nos vemos mañana, buenas noches, caballeros —dijo y abandonó la comisaría sin mirar atrás.

El inspector y el gendarme hicieron lo mismo, salieron del lugar y se pusieron en marcha. Sintieron gran alivio ante la frescura de la noche. Tomaron un cigarrillo y dejaron marcar su camino por el humo exhalado. Ya hacía falta una dosis en su sistema.

Claramente sabían que los agresores no descansaban, que un asesino o un criminal actuaba a cualquier hora, que no podían darse el lujo de descansar. Pero la noche lo ameritaba, pudieran arrepentirse o no, sabían que poco podían hacer a esas alturas. En ese momento, lo que primaba era comunicarse con las personas que habían dejado a cargo de la seguridad de sus parejas.

Camille y Céline eran lo primordial para ellos.

Las noticias fueron buenas, cada una de ellas había sido muy bien resguardada y protegida por un individuo de confianza. Nada había ocurrido y nadie se había presentado ante ellas. Para Allan estaba claro, habían utilizado sus nombres y la relación que tenían con las damiselas para hacerles creer que estarían en peligro, que de no abandonar la investigación sufrirían las consecuencias. Y aunque no dudaba que así lo hiciera, al agresor le faltaría tiempo para acabar con las dos. Para el criminal, asesinar a Messier era el objetivo y pese a aún no saber nada sobre el enigma del mago, el asesino no tenía por qué acabar con ellos. Más bien, quería apartarlos, desviarlos de la

investigación o hacerlos dar carpetazo.

Por el momento no corrían peligro. Y lo más inteligente era ir a dormir. Cerrar los ojos y confiar, por tan solo un momento, en resolver el misterio a través de sus sueños. Como suele ocurrir ante una situación abrumadora, cuando se busca respuesta a algo y de la nada, la respuesta es generada por nuestro cerebro, en medio de nuestros sueños.

En eso confiaban Lucas y Franco, entre cada paso que daban.

Cuando llegaron al hotel, les ofrecieron una nueva habitación, pues la que les habían proporcionado con anterioridad había sido clausurada hasta lograr dar con el culpable. Cerrar el hotel no era oportuno, había mucha gente y lo más accesible, fue cambiarlos de piso.

De camino a su nueva habitación repararon en las cámaras y en las singularidades del pasillo, todo igual al anterior, aunque ahora el misterio y la probabilidad de que algo similar volviera a ocurrir, los consumía por dentro. Sobre todo, a Lucas, que de haber despertado antes, quizás hubiera logrado verlo.

—Tranquilo, no ocurrirá nada. No nos quiere a nosotros, por lo menos no ahora…

—¿No? ¡Vaya, qué alivio! —dijo sarcástico mientras colocaba la tarjeta sobre la puerta y giraba la manija—. ¿Por qué estás seguro de eso?

—Piénsalo —expresó ingresando tras él al tiempo que cerraba la puerta—. ¿A quiénes ha asesinado?

El lugar guardaba cierta similitud con la habitación que tenían antes, pero con ciertos lujos, era una suite. Al parecer, en el hotel estaban bastante apenados por la situación vivida dentro de sus instalaciones, por el fallo en las cámaras y por dejar ingresar a un hombre que había fingido ser parte del equipo de mantenimiento. Lo más viable era ofrecerles sus mejores servicios.

—A hombres… —expresó Lucas fatigado, tumbándose sobre una de las camas, omitiendo por completo la mesa de billar que tenían, el minibar surtido o la pantalla inmensa en la habitación.

—No, Lucas. Bueno, sí —rectificó—, pero no es eso a lo que quiero llegar. Es cierto que ha asesinado a hombres con los que hemos tenido contacto, situación que nos hace pensar que podríamos llegar a ser el blanco, pero —habló con cuidado y gran entonación en la voz para asegurarse que lo entendiera y que no se perdiera ningún detalle—, sabe que nada sabemos. Que seguimos en la investigación sin saber a quién buscamos, que lo más claro que tenemos es encontrar a Messier, al igual que él o ella lo pretende… —explicó con encanto aprovechando la mesa de billar, golpeando pelotas para despejar la mente—. Ha estado acabando con lo que encuentra a su paso, pero

siempre con los que saben sobre su identidad…

—¿Quieres decir que no corremos peligro por el simple hecho de no saber de quién se trata y que en el momento en el que lo sepamos, nuestras vidas estarán en peligro o incluso las de ellas? —reveló comprendiendo la crueldad en sus palabras, pretendiendo olvidarlas al inhalar de un cigarro que, con mucho cuidado, tomó de su chaqueta.

—Sí, algo así —dijo golpeando una pelota más—. Por ahora no estamos en peligro, lo tengo claro. Sé que Camil, Efrén y Jean sabían de él o ella, incluso Marion pudo haberlo sabido.

—¿Y aun así te piensas que no fue Nora? Por supuesto, su ADN no se encontró en la piel encontrada bajo las uñas, pero ¿quién nos asegura que no tiene un cómplice?

—No lo tiene, ¿cuándo te he defraudado? Me has visto trabajar, sabes de lo que soy capaz —finalizó ganando la partida.

—Nunca, pero…

—Nos conviene hacerle creer que no sabemos de quién se trata… así ganaremos tiempo, lograremos localizarlo y ¡bam! ¡Lo tendremos! —Acudió a él solicitándole un pitillo mientras buscaba con inquietud, el encendedor de metal que debía estar en su chaqueta. Palpó entre cada uno de los bolsillos con detenimiento, tomó su libreta y con ella el frío y reluciente objeto.

De pronto, una idea fugaz atravesó su mente. Había dejado reposar el encendedor sobre la mesa sin apartar la mirada del cuaderno que no había abierto desde su llegada al sitio. Y con el cigarro aún sin encender sobre los labios, prosiguió a pasar sus dedos entre las páginas.

El inspector leyó la última nota y junto a ella, encontró números escritos en tinta negra, con una caligrafía que no conocía, pero que, por su aspecto, podía intuir que se trataba de Nora.

Le había anotado su número de teléfono la noche anterior.

Motivado, luego de haber pensado en lo que había visto, cerró con satisfacción la libreta y miró a Lucas con una sonrisa reveladora, con algo de complacencia y tremenda alegría, de su boca no salió ninguna palabra.

Luego, se recostó con tranquilidad sobre la otra cama, miró hacia el techo y guardó completo silencio. Como si todo hubiera terminado.

—Lo tienes resuelto, ¿no es así? —dijo Lucas soltando una bocanada de humo, esta vez reincorporándose sobre la cama—. ¡Cabrón, lo has descubierto! ¡Sabes quién está detrás de todo esto y no me dirás nada? —Lucas mostraba gran exaltación, difícil de contener a pesar de lo poco que Allan había revelado con tan solo una mirada.

—¡Oh! ¡Inteligente! ¡Asombroso! ¿Cómo no lo reconocí antes? —expresó su tremenda emoción ante un gran descubrimiento. Se había levantado, caminaba con rapidez a lo largo de la habitación, con

ímpetu y gran frenesí—. Después de todo, no erraban.

—¿Quiénes? ¿A qué te refieres? —cuestionó sin contener la alegría.

—¡Ustedes, tú y Pierre! El amor. Siempre fue eso. Las visitas de Messier, más allá de ver a su hermano eran por ella. No se quedaba tres días con él, lo dijeron en el psiquiátrico, solo desaparecían un día y regresaban al anochecer. El resto de los días, estaba con Marion.

—Pero ¿qué tiene que ver? —indagó sin llegar a una conclusión.

—Mira, vayamos a dormir, te lo diré mañana por la mañana.

* * *

A Lucas le costó trabajo conciliar el sueño al pensar en que Allan sabía quién era el culpable. Y con Franco durmiendo, poco valía quedarse despierto.

Allan sabía que los análisis no tenían relación alguna, pero que, por muy extraño que pareciera, alguien encajaba.

Lo único que necesitaba era corroborar los resultados, solicitar algo que había olvidado; saber la historia detrás del misterio y permitir que otros—o, mejor dicho, otro— se la contará tal y como había sucedido. Con grandes detalles, los suficientes para permitirles atar cabos y comprender la atrocidad en tantas muertes.

A primera hora del día el inspector Franco se levantó de la cama, tomó el teléfono y tecleó los números registrados sobre el cuaderno, no pasó del segundo pitido, cuando una voz conocida al otro lado de la línea tomó la llamada.

Era ella, sin duda.

—Fue la suma de todos los análisis —explicó sentado frente a Lucas, esperando por una taza de café en un local cercano a su hotel. Habían despertado temprano, quizá fuera por las revelaciones aplazadas la noche anterior o por una especie de entusiasmo incontenible, que los animaba a levantarse y a descubrir las maravillas de un verano lleno de misterios—. Y no quiero mostrar osadía al vislumbrar algo que no se ha probado todavía, pero mi intuición me dice que es así, que puede ser posible. Además, no quiero darte falsas esperanzas, tan solo digamos que en mente tengo a alguien que, de llegar a decírtelo, correrías peligro… Recuerdas lo que te dije ayer, ¿cierto? No figuramos en sus planes porque no lo sabemos… Más nos vale seguir en el juego. Por lo pronto esperemos a Nora.

—¿La has llamado? ¿Tenías su número? —Las interrogantes no se hicieron esperar, tan solo era la primera parte de una gran revelación.

—Lo registró en mi libreta y no me percaté de ello hasta ayer por la noche, un grave error no haberlo visto antes. De cualquier manera, la he contactado, nos dará la dirección de la casa y para el final del día, tendremos al culpable. En cuanto llegue se los contaré todo y armaremos un plan para capturarlo. Debemos hacer que el asesino venga a nosotros…

—¿Estás loco? El asesino, además de actuar con prontitud y prudencia. Ha sabido dar con cada uno de nosotros, me temo que esta vez no se lo pensará y jalará el gatillo.

—Lo sé. Por eso debemos actuar con rapidez y llevarlo hacia donde queremos que vaya. Hacia donde crea que ha ganado, hacia donde sienta seguridad y se olvide de nosotros. En donde le sea imposible contener la ira, tanto, que olvide que vamos tras sus espaldas. Esta vez, un paso adelante.

—¿Cómo lo haremos? ¿Cuál es ese lugar? —indagó perdiéndose entre sus palabras.

—En la casa de la fotografía que hemos encontrado en el departamento de Nora —vitoreó—. Sabemos que Messier está ahí o por lo menos lo intuimos, y si nosotros lo hacemos así, él también lo creerá. El recinto pertenece a Nora, pero ¿cuánto tiempo tardará en saberlo? ¿Cuándo podemos llevarlo ahí? Recuerda, la pregunta no es ¿cómo?, sino ¿cuándo? Es lo que hemos estado obviando desde el principio. No era cómo nos hizo creer que Messier estaba muerto sino cuándo nos lo hizo creer; no era cómo planeó el incendio en el teatro sino cuándo lo planeo; no es preguntarnos ¿cómo hizo el truco de magia? Sino ¿cuándo lo hizo? No olvides que en la villa todos amaban a Messier, amaban la magia, amaban el misterio. Amaban hacernos creer que algo era factible de ocurrir sin explicación alguna más que con la palabra “magia”.

—Magia… La suma de todos los análisis —vaciló Lucas quizá llegando a la misma conclusión a la que el inspector había llegado.

—¡Allan! —Se escuchó a alguien gritar con emoción al otro lado de la calle. El acto provocó la atención de ambos y de todos los presentes en la terraza quienes, ante sus fútiles conversaciones interrumpidas, no pudieron evitar mirar con curiosidad. Posaron sus miradas en ella por algunos segundos, para examinarla, para saber sus intenciones y ver hacia los que se dirigía, después, volvieron a sus coloquios sin sentido.

La mujer no pudo evitar llamarlo y como ante una invitación no pronunciada, corrió hacia ellos, como si se tratara de un encuentro luego de largos años sin verse.

—¡Nora! —dijo él sin poder contener la alegría. Franco dejó reposar la taza de café sobre la mesa y se levantó de la silla para recibirla con un fuerte abrazo. Su asombro era tanto que le resultaba

imposible poder contener una sonrisa y el brillo en sus ojos. Sentirse culpable por reaccionar de ese modo, era algo que se pensaría después. Por ahora le bastaba con tenerla frente a él, saber que estaba bien y que había vuelto.

—La mujer que podrá ayudarnos a cerrar el caso… —susurró Lucas dándole la bienvenida y reconociendo su importancia en la investigación.

Ella se aproximó encantada y los saludó con un beso en la mejilla. Para haberse conocido en una sola noche, se podía decir que se había tomado ciertos atrevimientos. Lo cierto era que Nora era así, una chica intrépida, amante de las aventuras y de las conversaciones con desconocidos. Porque siempre tenían algo que decir. Siempre había algo nuevo que descubrir.

—¿Cómo están? ¿Han terminado con lo que buscaban?

—¿Qué si hemos terminado? —carcajeó Allan—. ¿Te parece que lo hemos hecho? —mencionó tomando asiento—. De no haber sido por el número que registraste en mi libreta, no habríamos podido contactar. ¿Dónde habías estado? Te hemos buscado por cielo, mar y tierra, parecía que ella te había tragado.

—Vamos —sonrió con maravilloso encanto—, no pensarán que soy culpable de algo…

—¿Lo eres? —indagó Lucas con recelo aún de pie frente a ella—. No lo sé, poco te conozco, algo me dice que sabes más de lo que nos dices. Quizás algo sobre Messier —susurró como si alguien ajeno a ellos pudiera escucharlos.

—¿Yo? ¡Qué va! —exclamó con intenciones de degustar un café con buena compañía—. Allan me contactó, creí que lo habían resuelto y que podíamos tomar una copa para brindar. Quiero decir, les di información sobre el Colisée…

—Por supuesto, estamos cerca de eso… —Allan sorbió de la taza, tomó un largo suspiro y continuó—. Pero necesitamos tu ayuda, sé quién es el culpable, ignoro si Messier lo sabe. Lucas y yo sabemos que el mago acudió a ti la mañana anterior. El portero los vio, y sabemos que lo llevaste a una de tus residencias, a una casa para vacacionar…

—¿Qué les hace pensar eso? —expresó incómoda.

—Encontramos una de tus fotos… —reveló Lucas sin apartar la mirada—. No lo protejas más, créenos, corre más peligro. Messier puede ser el siguiente.

Nora guardó silencio, los escuchaba con atención y sabía que tenían razón. Había escuchado sobre los crímenes que habían acontecido en las últimas horas y temía por él, después de todo, era su amigo. No era difícil intuir que podía ser el siguiente.

—Yo también lo pensé así —dijo al fin, elevando la mirada hacia ellos. Había llegado el momento de contarlo todo—. Al principio no

sabía qué ocurría, Messier había llegado a la villa con pésimo semblante, lo encontré caminando hacia su casa, lucía deplorable, tenía heridas, olía a humarada y tenía el pelo cenizo. Durante las primeras horas no quiso pronunciar palabra alguna. Se recostó sobre el sofá y comenzó a sollozar, luego de unas horas, cayó dormido. Entre sueños lo escuché decir que había sido su culpa, lo dijo una y otra vez, parecía vivir en una espantosa pesadilla. No hice más que quedarme con él, creí que había hecho algo horrible, que había cometido una atrocidad, pero como sabrán, nada de eso había ocurrido —explicó con cierto dolor—. Y no fue hasta la mañana siguiente cuando me lo contó todo…

—Espera, Allan dijo que estabas consternada cuando te reveló que estábamos aquí para investigar su muerte…

—Mintió —aclaró Allan mirándola con sagacidad al reconocer lo fácil que para ella había resultado engañar al inspector. Se excusaba en las copas, pero en realidad, no había podido intuirlo. Ella lo miró con una sonrisa de satisfacción—. Creyó que éramos los que íbamos tras Messier…

—¡Como lo dije! —vitoreó Lucas con emoción.

—Me habló del incendio y de la pérdida de su hermano —continuó —. Dijo que no había sido coincidencia, que alguien lo había planeado. Según afirmó, se encontraba en pésimo estado al inicio del acto, algo desconcentrado, tan ajeno a lo que acontecía, que difícil le fue reconocer el olor. En ese momento no lo percibió, pero lo hizo después, cuando repasó los sucesos del fatídico desenlace.

—El olor a gasolina —pronunció Allan reconociendo lo que había previsto con anterioridad y lo que el informe había arrojado.

—Sí, eso fue lo que él dijo —afirmó refrescando la garganta—. Estaba de luto cuando los encontré a ustedes… y ahora sabrán porque no dije mucho al respecto. No sabía si eran los que habían asesinado a su hermano. Tenía mis dudas, y tampoco ayudaron mucho. Se presentaron con muchas interrogantes y cierto misterio.

»Intenté averiguar por qué lo buscaban y qué querían de él. Para el final de nuestro encuentro supe que no eran los malos, confié en ti —se dirigió al inspector esbozando una sonrisa—, pero caíste abatido sobre el sofá y solo pude escribirte mi número, confiando en que lo hallarías. Posteriormente, poco después de que hubieras caído dormido, contacté con Messier y le hablé sobre ustedes. No obstante, no pensó igual que yo. Me pidió alejarme de ahí, dijo que no eran confiables, que no podía depositar mi confianza de ese modo.

»Me hizo dudar y abandoné la habitación a primera hora, sin volver a ingresar hasta haberte visto marchar. Más tarde, Messier acudió por mí y decidí llevarlo a la casa que han dicho. Era de mi abuela, la pobre murió hace unos años y me la dejó como herencia a

mí, su única nieta. Suelo ir allá a vacacionar, como has conjeturado, y en algunas otras ocasiones, cuando quiero desconectar del mundo. Es un sitio tranquilo, algo alejado del suburbio… Messier está ahí pero no sabe que he acudido a ustedes, sigue desconfiando.

—Así que no sabe quién está tras él —aclaró Lucas—. Pero tú sí —mencionó con interés girándose a Allan, sin poder contener la intriga aún más—. ¡Vamos Auguste Dupin, dinos de quién se trata y cómo lo has descubierto! —expresó con gran entusiasmo.

—Antes que nada, Dupin es mucho mejor, sin duda. Yo no soy un máster de la intuición. Tan solo conecto los sucesos… y como habrás visto, tengo errores, soy humano —dijo el inspector alabando la creación de Poe.

—Créeme, tienes algo de él, ahora comprendo el motivo de tu nombre —Nora sonrió con complacencia, preparándose para la gran revelación.

—Bien, como lo dije antes, fue la suma de todos los análisis. A mi llegada a la villa me percaté de la influencia que tenía la magia en los residentes. El nombre de Messier estaba por todos lados, pero llegaste tú y me dijiste que un hombre había acudido a ti, afirmando que Messier estaba muerto, ¿no? —Lucas asintió rememorando lo ocurrido, formándose ya algunas ideas—. Todo habría quedado en una situación banal de no haber sido por el incendio y el augurio de la muerte en el “Truco Final”. Podíamos sospechar de muchos, de enemigos, fanáticos, familiares e incluso amigos. El asesino sabía que investigaríamos e ideó un plan con altas posibilidades de ser exitoso… eso hasta que lo interrogamos.

—¿Félix? No me jodas, ¿qué razones tendría? —intervino con astucia y gran incertidumbre tras seguir el hilo—. Acudió a mí a primeras horas del día, la catástrofe ocurrió después, no podría saberlo.

—Ese fue precisamente el motivo, el móvil. Piénsalo, todo formó parte de un siniestro plan, sabía que aquel era el único modo en el que podríamos dejarlo en paz, y lo hicimos. Durante el interrogatorio recordó todo a detalle, incluso los números y el sistema braille. ¿Quién lo recordaría con nitidez más que aquel que lo hizo? —conjeturó con entusiasmo viendo como Lucas cambiaba su expresión.

»Félix elaboró una copia exacta de la nota que aseguró le había dejado Messier, pero él no tendría razones para comunicarse de ese modo. ¿Recuerdas que dejamos la nota para su análisis y que Félix, al “descifrar” el mensaje, lo escribió en tinta? Pues bien, luego de comunicarme contigo —se dirigió a Nora y luego hacia Lucas sin perder el encanto en las palabras—, solicité los resultados al departamento de grafología y me dijeron que no coincidía con la letra de Gromund. Entonces, recordé que Félix había hecho un facsímil en

mi libreta. Comparé las grafías y pese a haberlas intentado cambiar, había ciertos rasgos en letras como la "e", la "s" y la "t" —expresó su idea mostrándole la libreta y la fotografía de la nota que tenía en el móvil. Lucas seguía escuchando mientras observaba lo que Franco había descubierto.

»También recordé los mismos patrones en la amenaza que dejaron en el baño, la que encontraste la mañana anterior —el gendarme elevó el rostro recordando lo que había visto, era cierto, la amenaza lo había consternado tanto, que no había podido sacarse el mensaje de la cabeza. Los patrones de los que Allan le hablaba eran los mismos que recordaba de aquella mañana.

—Momento, momento —lo detuvo Lucas perdiéndose entre la explicación o más bien no queriendo aceptarlo—. Félix arriesgó la vida en el teatro, quiso salvar a Messier…

—O quizá quiso asegurarse de que hubiera fallecido —intervino Nora con frialdad.

—Eso, o tal vez quiso rematar el crimen con Messier y al no encontrarlo supo que debía hacer algo. Al final le funcionó como coartada para hacernos creer que era ese tipo de persona. Alguien incapaz de asesinar a un amigo y que, por el contrario, era quien daba todo por el prójimo. Un buen samaritano.

—Pero hay algo que aún no me cuadra, ¿qué hay del sistema Braille?

Acto seguido, el inspector recibió un correo electrónico en su teléfono. Era el informe que había solicitado sobre el "amigo" del mago. Buscó lo que necesitaba y al haberlo encontrado, sonrió frente al aparato. Después, reanudó su habla.

—Messier no tendría motivos para conocerlo, estamos de acuerdo en eso. Todo lo contrario a Félix, quien según la información que solicitamos, pertenecía a una organización que ayudaba a niños y adultos en esas condiciones. Era el único que lo sabía. Incluso si te quedaran dudas y pensando en la posibilidad de que Félix se lo hubiera llegado a enseñar a Messier, aspecto que creo rotundamente improbable. En el correo que acabo de recibir me han informado que Félix abandonó el hospital horas después de que hubiéramos partido. Puedes llamar tú mismo, enviar a tus hombres y solicitar su búsqueda, pero no lo encontrarán. Vino a esta villa, nos siguió el paso, era el único que sabía que investigábamos sobre la muerte del mago, aparte de su familia. Pero ya lo has visto, a ellos no les importaba demasiado…

»Fue él quien nos dijo en dónde podíamos encontrar a Messier, quizá fuera un error o parte del plan, pero nos guio hasta aquí. Supo del hotel e intentó hacernos doblegar. Casi lo logra cuando dejó el relicario, aunque no tomó acción porque sabía que no teníamos nada.

Lo más viable era encontrar a Gromund antes que nosotros.

»Nos mintió en todo, dijo que se había demorado en descifrar el mensaje, aunque no fue así. Abandonó esta villa, volvió a casa e ingresó a su lugar de trabajo en plena madrugada. Estuvo haciendo la nota, armaba su plan, sembró en ti la duda de su preocupación. Solo así no sospecharíamos.

—¿Qué hay de los hombres que nos persiguieron en la taberna?

—Pudo haberle pagado a alguien —dijo Allan.

—¿Y asesinó a Camil y a Efrén para obtener información?

—Sí y no. Creía que ellos, al tener cercanía con Messier, podrían saber sobre el lugar en el que se escondía, pero erraba. La única que lo sabía era Nora —expresó percatándose de lo que eso significaba, expresarlo con esa nitidez lo obligaba a encarar la situación—. Y al no obtener respuesta, los asesinó sin piedad, le habían visto la cara, sabían de sus intenciones y dejarlos libres, sería un gran riesgo.

—Pero ¿por qué asesinarlos? Eran amigos —parecía que Lucas quería defenderlo, aunque quería estar seguro de que se trataba de él.

—Eso lo puedo responder yo —intervino la mujer—. Para ser sincera, cuando los conocí no les dije todo sobre Messier. Él llegó a venir a la villa en compañía de Félix, en algunas ocasiones por supuesto, y en una de tantas, Messier le presentó a Marion, la hija del ministro. Creerán que estoy loca y que lo que diga a continuación carece de completo sentido, pero sé reconocer cuando un hombre se siente atraído por una mujer. Esa sensación la percibí en él —Allan notó la indirecta ante el contacto con sus ojos, aquellos luceros que hacían contraste con sus labios—. A Félix le agradó Marion y Messier no tardó en darse cuenta. Justa razón para dejar de venir con él y pasar más tiempo con Jean y Marion, por supuesto.

—Sí —Franco tomó la palabra corroborando sus sospechas ahora más claras—. Basado en las coincidencias en las huellas del arma homicida entre Marion y Efrén, y en la relación entre el homicidio de Camil y Efrén, y las coincidencias en los patrones de las letras, se puede deducir que Félix es el culpable de la muerte de Marion, Efrén, Camil y Jean Paul. Hasta ahora todo está claro, ¿no? —Ambos asintieron sabiendo que venía lo mejor.

»Ahora bien, cuando Pierre nos habló de lo que había ocurrido en el caso que investigaba, no pude evitar pensar en las fechas. La muerte ocurrió la madrugada del jueves, un día antes del incidente en el teatro. Messier preparaba su acto y acudió a la villa el martes por la tarde para sacar a Jean del hospital psiquiátrico.

»El miércoles se encontró con Camil y hablaron del acto que aún no estaba listo, pero Gromund ya tenía sus planes. Jean no quería estar más en el hospital y a Messier le importaban los deseos de su hermano. Quería darle un motivo para vivir. Además, el psicólogo

afirmó que Jean Paul se sentía mejor en compañía de la magia y por supuesto, su hermano estaba al tanto. Estaba decidido, harían el acto de magia.

»Félix era su confidente y me juego la vida a que antes de que se hubieran distanciado, Messier le contó sobre su plan. En otras circunstancias, esto carecería de fundamentos, pero el ministro confirmó el romance entre su hija y el mago. Messier tuvo que haberla visto durante su llegada a la villa, o por lo menos Jean lo hizo. ¿Recuerdas la llamada que recibió Messier la madrugada del jueves en el Colisée? —Lucas asintió—. Era Jean, ¿con qué otra situación Messier se habría visto alarmado?

—Pero ninguno de los hermanos Gromund la asesinó, no se encontraron sus huellas.

—Justa razón para saber que en la habitación había alguien más, alguien a quien Messier no logró ver, pero Jean Paul sí. Ese fue el motivo por el que Félix decidió matarlo. Abrumado por lo que había hecho, volvió a casa, elaboró la nota, acudió a ti a primera hora del día y tuvo tiempo de sobra para planear el incendio y acabar con la vida de los hermanos Gromund.

»Actuaba a ciegas respecto a la posibilidad de que Jean hubiera contado algo. De cualquier forma, le funcionaba, con los dos en el acto, terminaría con ambos y problema resuelto.

—Joder —chifló Lucas digiriendo toda la información. Había sido un plan muy elaborado—. Hay que estar desquiciado para cometer semejante atrocidad.

—Espera, no es todo —advirtió Franco con sagacidad—. El peso de la muerte de la chica le cobró factura sí, y el resto de las víctimas fueron producto de una mente desquiciada. Sin oportunidad a salir vencedor más que con el exterminio de los involucrados.

»No obstante… La muerte de Marion fue accidental, cuando leí el informe, observé las fotografías que habían tomado y lo que habían redactado.

»La mujer murió por un atizador clavado con fuerza descomunal al corazón, como si se hubieran lanzado con odio sobre ella, pero él la amaba, no existía razón para intentar siquiera hacerle daño. Créeme, fue un accidente… De cualquier manera, será algo que él deberá contarnos —finalizó con emoción, al observar la tremenda satisfacción en el rostro de Lucas y Nora, por haber dado con el culpable. Aunque con una extraña sensación que los hacía simpatizar con la pérdida de individuos inocentes, ajenos a su final.

—Así que el siguiente paso es traerlo a nosotros —mencionó Lucas comprendiendo la factibilidad de dicha acción.

—Sí, quiere a Messier. Se mueve por la villa y nos sería difícil encontrarlo. Lo más factible es guiarlo hacia Gromund, confiando en

que así podemos encararlo.

—¿Y si Nora lo contacta y le da la dirección? —propuso percibiéndola como una buena oportunidad.

—Pensé lo mismo, pero… no, no arriesgaríamos su vida. Se lo diremos al agente, él podrá ayudarnos —expresó mirándola con cariño.

En la vida los momentos inesperados ocurren, ocurren todo el tiempo y difícil es predecirlos, siquiera anticiparse a ellos. No es cuestión de suerte o magia, tan solo ocurren, en circunstancias adversas, cuando las cosas parecen ir bien. Quizás sea aquello lo que nos toma por sorpresa, lo que nos obliga a despertar de lo idílico, tan solo para estamparnos con fuerza descomunal contra la acera. Y ante ellos, es de vital importancia saber reaccionar, actuar con prontitud, intentar tomar ventaja y mantenerse con la sangre fría, respirar, oxigenar el cerebro y no colapsar.

Ante todo, sobrevivir, activar nuestros sentidos de supervivencia y hacer algo para evitar caer de bruces contra el asfalto. Eso fue lo que ocurrió en ese momento. Franco lo supo y todos los presentes también.

A poco más del mediodía del martes rugió el motor con frenesí, acelerado, dispuesto a todo, a arriesgar la vida y a llevarse consigo a unas cuantas más, o por lo menos, a una.

Al otro lado de la esquina, sin dar oportunidad al gendarme de reaccionar, un hombre se dirigió ante ellos, montado en una motocicleta sin placas, en prendas negras y con el casco en la cabeza, asió su pistola y comenzó a disparar en su dirección.

Franco no lo pensó, se posicionó frente a la mujer y la lanzó hacia abajo para protegerla. Gritó, gritó con dolor, preguntándose si así defendería a Camille. Si lo daría todo por ella.

—¡Dispara! ¡Dispara ya! —Vociferó con vehemencia ante el hombre que les apuntaba sin piedad, pero Lucas se había desplomado sobre el piso y no podía escucharlo. Un hilo de sangre brotaba de su costado.

El individuo en la motocicleta volvió a disparar, y ante el despiste del inspector por salvar la vida de Lucas y de Nora, otra bala le dio de lleno. Disparó a discreción, sin piedad, su intención: acabar con todos los que iban tras él.

Los presentes supieron reaccionar al percatarse del estruendo, quizá lo hubieran visto en las películas, en los documentales, en las noticias, o tan solo se trataba de una reacción primitiva de supervivencia. Sea como fuere, todos se tiraron al piso, con las manos sobre la cabeza. Encomendándose a un Dios, o a un ser todopoderoso.

—¡Llama… a una… ambulancia! —solicitó con dolor a la chica. Presionaba su propia herida sobre sus costillas izquierdas, pero también sentía un caudal por detrás del costado derecho. Había

recibido dos impactos, sus manos estaban ensangrentadas y Nora lo miraba con preocupación. Sabía que había arriesgado la vida por ella —. ¡Haz lo que te digo! —gritó con dolor.

Los estruendos habían cesado, el hombre en la motocicleta se había alejado luego de haberlos visto desplomarse.

—Allan… —mencionó con miedo a perderlo. Se acercó a él y vislumbró sus heridas.

—Toma… el teléfono… Yo estoy bien… —aspiró con sufrimiento sabiendo que no era cierto—. Llama, y presiona la herida de Lucas… hasta que lleguen los paramédicos… Creo que la mía ha logrado salir… puedo sentir que atravesó… eso es bueno… —mencionó intentando aliviarla entre cada respiración que dolía como navajas en los pulmones.

Nora se apresuró a hacer lo que el inspector le había solicitado, llamó a la ambulancia y asistió a Lucas.

Había muchos heridos. La pesquisa había resultado horrendamente peligrosa, más de lo que habían imaginado. Un demente no quería ir a la cárcel, pero con sus acciones, lo único que hacía era condenarse.

Una de las primeras balas había sido recibida por Lucas, la velocidad con la que iba y el vehículo en el que se transportaba pudo haber sido lo que le hiciera disparar sin acertar. Iba por ella, por la mujer que sabía en dónde se escondía Messier. O quizás fuera por ellos y por todos los que quisieran verlo tras las rejas. Lo había logrado. Y de no llegar a tiempo, Lucas y Allan podían morir.

Sus brazos perdieron fuerza, sus párpados no hicieron más que cerrarse y su respirar poco a poco fue perdiendo intensidad.

Allan Franco habían perdido el conocimiento.

# 14

# ESTÁ VIVO

—¡Milagro! ¡El mago ha resurgido de las tinieblas! —graznó Pierre con burla, elevando las manos mientras esbozaba una sonrisa sarcástica, al verlo ingresar a la comisaría. Era como lo había visto en las fotografías, aunque más demacrado.

Iba agitado, preocupado, con extraño semblante. Con el chaleco desabotonado y la camisa por fuera, con el pelo alborotado y una mirada afligida. Caminaba con rapidez hacia uno de los oficiales, hasta que la voz del agente, lo detuvo con violencia.

El mago estaba hecho un desastre, tenía aliento alcohólico y una barba que reflejaba el descuido que había tenido hacia su persona durante los últimos días. Algo similar a como se vería un millonario luego de haberlo perdido todo.

—¡Así que los rumores eran ciertos, jamás estuviste muerto! —mencionó el agente con hilaridad aproximándose a él. Mientras tanto, el oficial continuó con el papeleo y obvió toda conversación entre ellos.

—¿Quién es usted? —inquirió con prontitud. Ahora estaba más cuerdo, pero el alcohol aún seguía en su organismo, el olor seguía impregnado en su vestimenta.

—Comencemos por ¿qué diablos haces aquí? ¿Fingiste tu muerte o se te salió de las manos y asesinaste a tu gemelo? —rechistó con interés.

Messier lo miró con odio reconociendo que estaba en problemas, que su secreto ya no era secreto y que, aunque aún hubiera cosas que desconocía y ocultaba, había que aclararlo para obtener lo que buscaba.

—Quiero hacer una denuncia, alguien me persigue y Nora, la mujer que estaba conmigo, ha desaparecido esta mañana sin dejar ni una nota...

—¿Y no has pensado que pudo haber ido a la tienda a comprar el bocadillo? —respondió con guasa.

—No, ella me habría despertado… —refutó identificando el poco interés que el oficial tenía por la denuncia—. ¿Me va a ayudar o no?

—No puedo hacer nada, es mediodía y tú mismo lo has dicho, la mujer abandonó el lugar por la mañana… Creo que eres demasiado inteligente para saber que hay poco rango de tiempo entre ambas horas. No obstante, agradezco que hayas venido hasta aquí, nos has ahorrado el esfuerzo. Hacía días que quería hablar contigo sobre Marion, la hija del ministro.

Pierre lo guio hasta la sala de interrogatorios. Messier Gromund había palidecido y sus piernas apenas le respondían. Haber acudido a la comisaría quizás hubiera sido un error, pero ya estaba ahí y nada podía hacer.

—¡Es el ministro, es él quien está tras de mí! —Se apresuró a revelar lo que había estado pensando desde su ausencia, provocando que el agente le dirigiera una mirada frenética—. Quiero decir, sabía del romance y… como sabrá, su hija ha muerto… Tal vez se piense que yo la he asesinado y quiere cobrar venganza. No me extrañaría… —vaticinó con odio frente al agente.

—¿Y no has sido tú? —indagó Pierre con prontitud sin llegar a creer lo que le decía—. Estamos al tanto de lo que ha acontecido, sabemos lo que le ha ocurrido a tu hermano, a la hija del ministro y sobre las muertes que todo esto ha traído consigo. Hasta ahora todo gira en torno a ti. ¡Desapareciste en medio de la catástrofe! ¿Te parece poco?

—¡No he sido yo! ¡Y no estaba al tanto de nada de lo que me ha dicho! —Gromund sabía que lo mejor era negarlo, no sabía sobre el modo en el que todo podía terminar y sin duda, en su mente la historia no terminaba con él en la cárcel.

—Mira, sé que ocultas cosas, cosas que no tardaré en descubrir, cosas que quizás el inspector y el gendarme ya sepan, pero te aseguro que de esta no saldrás. ¡Así que más te vale hablar, antes de que ocurra otra muerte!

—¿Cuántas veces se lo tengo que decir, agente? ¡No sé nada! —gritó con fuerza provocando fastidio en el oficial.

—Piénsalo bien, tu libertad está en tus manos —finalizó con claras intenciones de abandonar la habitación.

Acto seguido, dio indicaciones para tenerlo vigilado. Las novedades pronto se las comunicaría a Franco.

—Le diré lo que sé, lo juro —mencionó con dolor evitando que cerrara la puerta—. Tan solo quiero saber sobre ella, no me perdonaría una muerte más… ¡Maldición! No debí haberme quedado dormido… —articuló con desesperación. Sus recuerdos lo abrumaban y saberse perseguido, le obligaba a cuidar de la mujer que lo había ayudado a huir.

—¡Tranquilo, hombre! —expresó Pierre volviendo a su lugar—. Estoy seguro de que ella está bien, debió haber salido a tomar un

respiro. Pero primero lo primero, has dicho una muerte más, ¿exactamente a qué te refieres? ¿Sabes quién ha sido el responsable de todo esto? Está claro que sabes que es tu culpa, pero ¿qué quieren de ti? —expresó con rudeza volviéndose hacia él y tomando asiento sobre la butaca, esperó claras respuestas con gran expectación.

—Yo no… No estaba al tanto de lo que ocurría, quiero decir, sabía que alguien estaba tras de mí. ¿Por qué? No lo sé, no tenía tiempo para pensar en eso... Perder a mi hermano fue… —expresó su dolor, con las manos cubriéndole la cara ante los funestos recuerdos del teatro—. Joder, Nora me lo dijo, fue ella quien me habló de las muertes, de esos hombres que preguntaban por mí en la taberna…

—¿Me estás diciendo que no estabas al tanto de lo que había ocurrido desde tu desaparición? —cuestionó molesto.

—¡Estaba de luto! ¿Acaso usted no ha perdido a alguien que le importa? —se excusó con gran dolor mirándolo con frialdad y ante una respuesta no obtenida, continuó—. Ella dijo que había encontrado a un par de hombres que preguntaban por mí en el Coliseo Dorado, creí que lo mejor sería mantenerme apartado. ¿Sabe? La muerte de mi hermano no fue producto de un accidente. ¡Lo asesinaron, nos quisieron asesinar! ¡Querían acabar con nosotros! No me fue difícil saber que vendrían a por mí al no saberme muerto.

—¿Por qué los querrían asesinar? —indagó con gran curiosidad—. Habla y no te guardes nada, podrías comenzar por lo que ocurrió en el teatro o mejor aún, habla del motivo por el que la noche del miércoles, te retiraste de la taberna con tremenda violencia, y sin decirle nada a nadie. —Pierre lo miraba con recelo, percibiendo el miedo en el mago, en el misterio que escondía a través de la mirada y en lo mucho que su estado de ánimo había decaído luego de haber mencionado aquellas palabras.

Gromund colocó las manos sobre la cara apoyando los codos sobre la mesa, suspiró hondo y soltó un gemido de dolor al recordar lo ocurrido. La muerte de su hermano le pesaba, el dolor que había sentido al morir calcinado, le apretujaba el corazón. Jean Paul jamás había gozado de una buena vida, el guionista de su vida había sido atroz, inhumano y salvaje.

—Jean era mi hermano gemelo —comenzó con voz quebrada apartando las manos del rostro, aunque aún con la mirada gacha—. Estuvimos largo tiempo distanciados, él tenía un problema, tenía esquizofrenia y la opción más viable que mis padres encontraron, fue haberlo abandonado en un hospital psiquiátrico. A los pocos años se olvidaron de él, Jean solo me tenía a mí. Lo visité con mayor frecuencia cuando cumplimos la mayoría de edad, a él le agradaba la magia y pensé que podría participar en uno de mis actos. Se lo propuse y recobró el ánimo.

»Entre cada visita me preguntaba si el día había llegado… Se me partía el alma al verlo encerrado en una habitación de cuatro paredes. Tampoco la pasaba muy mal, pero me aterraba saber que no podía salir…

»Comprenderá que ante dicha situación tuve que hacer algunos arreglos, y agilizar las cosas con mi representante para hacer el truco en cuanto antes —Pierre lo escuchaba con atención, acomodándose sobre el asiento, con las manos detrás de la nuca y los pies sobre la mesa, la historia le estaba resultando fascinante—. Nos costó años llegar a un acuerdo con la congregación de magos, pero al final accedieron. Podía hacer el acto con ciertos ajustes y con un personaje estelar: mi gemelo. Sería un acto descomunal. Además, en el hospital Jean había ganado el pase para poder salir bajo mi custodia. Parecía que finalmente las puertas se abrían para él, que el guionista de su vida le estaba dando una oportunidad. —Suspiró al saber que no había sido cierto.

»Jean Paul estaba emocionado, ensayamos algunas veces, le expliqué lo que había que hacer, el momento en el que debía actuar y el modo en el que todo debía concluir. Lo tenía claro, no tenía dudas y se mostraba animado, yo estaba igual, el evento significaba un logro en mi carrera y un avance en el estado mental de Jean. Hacía meses que tenía el alta, aunque no la aceptó hasta hace unos días atrás, cuando se sintió con mayor seguridad. Él estaba bien, pero esa noche…

—Te llamó y lo encontraste asesinando a la hija del ministro, limpiaron todo, lo hicieron parecer un robo y huyeron esa misma madrugada para presentarse en el teatro —se anticipó Pierre a revelar con bastante atrevimiento.

—¡Para nada! —La mirada que le había dirigido reflejaba odio y desesperación por contar la verdad, no podía permitir que el nombre de su hermano fuera manchado con conjeturas banales. Pierre lo percibió y se reincorporó sobre la silla, articulando una disculpa—. ¡Jean no sería capaz!

—Lo siento, lo siento, continúa —mencionó con los brazos sobre la mesa.

—Me lo dijo antes de iniciar el acto, me dijo que no había sido él. Veníamos de haber presenciado una escena horrorosa. En el recinto ya se podían escuchar los murmullos de la gente aclamando por el acceso al sitio. Cuestión de segundos para permitirles la entrada y con tiempo insuficiente para cancelar el evento.

—Que él no había hecho ¿qué? ¿De qué escena hablas? ¡Dilo ya!

—Eso, ¡de la muerte de Marion! —gritó con dolor.

—¿La hija del ministro? Así que es cierto, los dos estuvieron ahí.

—¡No! No es como usted cree. Marion había muerto, Jean había

estado distante y ni una palabra había salido de su boca. Creí que había caído en transe, que su enfermedad volvería y lo consumiría como en muchas ocasiones.

—¿Y no creíste que la muerte de Marion se debió a una recaída de tu hermano? —mencionó esta vez con mayor profesionalidad, guardándose las burlas.

—Para ser sincero, sí. Así lo creí, estaba preocupado por él y al verlo en tan horrenda escena, no hice más que sacarlo de ahí. No me molesté en limpiar nada ni en hacer que pareciera un robo. Tan solo me lo llevé e inmerso en aquellos pensamientos, creí que lo mejor era pasar tiempo con él, hacer lo que tanto había deseado y presentarnos frente al público. Lo que llegara a venir después ya lo solucionaríamos.

»Yo ingresé a la caja de cristal, que más bien era de espejos, para hacerle creer a los espectadores que la magia realmente existía.

»Como lo dije antes, sería un acto descomunal. Él ingresaría después, ante los ojos de todos. Pero justo antes de cerrar la caja, me dijo que no había sido él. Al principio pensé que se debía a sus alucinaciones, que él lo había hecho y que no lo recordaba. Pero estaba cuerdo, hacía tiempo que lo estaba. Luego comenzó el acto, las luces se apagaron y al cabo de unos segundos, cuando escuché los gritos y vi el incendio, supe que estaba en lo cierto, que Jean no se atrevería a hacerlo. Acto seguido escuché el ruido de la caja romperse, la mía cayó minutos después. En ese momento me lo repitió, en medio del ardiente fuego y ante su último aliento.

»Esta vez con mayor dolor, dijo: “No fui yo, no fui yo”, segundos después, lo percibí muerto, no podía hacer más por él, así que salí. Hui escondiéndome entre el tumulto, huyendo de quienquiera que lo hubiera planeado. Jean se llevó consigo el nombre del verdadero asesino.

—¿Sospechas de alguien?

—No había tenido tiempo de pensar en eso, por mi aspecto podrá deducir que la muerte de mi hermano me pesó demasiado, tanto que me refugié en esta villa para olvidarlo todo, para pasar el luto… Eso hasta que Nora me contactó y me habló de los hombres que había encontrado, de la muerte de mi representante y de la de Efrén. Por ahora no puedo hacer más que pensar en el ministro, ya se lo he dicho.

—Los hombres de los que hablas no están tras de ti, por lo menos no como lo piensas. Son de la Policía e investigan la muerte de tu hermano. Conjeturaron lo que me has revelado, quizá la mujer que buscas esté con ellos. Pero déjame aclarar mis ideas, dices que no fue Jean quien asesinó a Marion, entonces ¿quién fue? ¿Qué ocurrió cuando llegaste a la casa de tu novia?

—Jean me habló con urgencia, me dijo que estaba muerta. No hice más que acudir con prontitud. Llegué cuando todo se había consumado, el sitio ya estaba deshecho. Parecía que había ocurrido un robo, sin embargo, no había nadie en la planta baja. Así que con gran frustración y con el corazón en la garganta, llamé a mi hermano con insistencia, hasta que logré escucharlo en la que me pareció ser la habitación de Marion. En cuanto llegué, lo miré sin mover un músculo, parado a un costado. Jean estaba ahí, un claro reflejo mío, y como una imagen en el espejo, me vi sufriendo, quiero decir, lo percibí en él, frente al cuerpo inerte de Marion, tumbada sobre el piso. Parecía que la intención siempre había sido asesinarla.

—¿Había alguien más?

—Para nada. Solo él, justa razón para al igual que ustedes, llegar a creerlo culpable, ¿no? ¿Qué otra cosa podía hacer más que llevarlo conmigo y volver después? De habernos quedado o incluso de haber avisado a la Policía, nos habrían detenido y el acto no podría haberse llevado a cabo. Hubiera terminado con la ilusión de Jean. Yo amaba a Marion, es cierto, pero mi familia es lo primero.

—Por eso lo hiciste, planeaste su muerte… —expresó Pierre encontrando motivos para no creer en lo que le había dicho.

—¡No! Ya se lo he dicho, quería hacer el acto con él, no sabía que resultaría catastrófico, sabía que investigarían la muerte. No limpié nada, si Jean lo hizo sus huellas estarían ahí, ¿no es así? Estaba seguro de que sería nuestro último día juntos, nuestro primer y último truco. No mentiré, soy fiel a las últimas palabras de Jean, confío en él, no lo hizo. ¡Tiene que creerme! —finalizó con la mirada del agente clavada a sus ojos. Quería fastidiarlo, sabía que las huellas de Jean no se habían encontrado en el arma homicida, pero existía la posibilidad de que Messier lo hubiera limpiado. Sin embargo, comenzaba a dudar.

—¡Agente! —Un oficial había ingresado a la habitación interrumpiendo con brutalidad el interrogatorio. Se le notaba bastante alarmado, aunque no habló hasta obtener respuesta por parte de Pierre—. Ha ocurrido un tiroteo, alguien ha disparado a mano alzada en el café cercano al hotel donde se encontró el cuerpo de…

—¡Maldición! —Lo interrumpió con rudeza golpeando la mesa e irguiéndose con rapidez, al apartar la mirada del mago, se apresuró a abandonar el sitio. Intuía lo que aquello podía significar—. Vigila a este hombre, ¡no dejes que se vaya! —indicó con violencia.

* * *

—¡Por aquí! —gritó Pierre al encontrar al gendarme y al inspector tumbados sobre el piso. Se apresuró a tomar sus signos vitales y a llamar a los paramédicos—. ¿Quién ha sido? —Cuestionó a la mujer que seguía en shock, sentada sobre el piso, con la mirada sobre los cuerpos inertes—. ¿Has visto de quién se trataba? ¿Por dónde se ha ido? ¡Señorita! —gritó con exasperación.

—A un lado —dijo uno de los paramédicos—. No podrá decirle nada, está en shock. Espere al otro lado y déjenos hacer nuestro trabajo —solicitó apartándolo de ahí.

Unos hombres se apresuraron a subir a los heridos a las ambulancias y fueron dirigidos al hospital. Pierre fue tras ellos y no apartó el ojo de la chica, recordando que era la mujer a la que Messier había estado buscando. Si estaba con ellos algo debía saber.

* * *

Lucas había ingresado a urgencias, Allan se encontraba en mejor estado que él, aunque seguía en recuperación, una de las balas había atravesado su cuerpo sin afectar ningún órgano. ¡Maldita suerte! La otra había sido arrojada en una de sus costillas, empero había logrado ser extirpada sin fuertes complicaciones. Todo lo contrario con Lucas, él seguía en cirugía, la bala había sido arrojada en su abdomen y la operación resultaba mayormente complicada. Como en todo, se corrían riesgos. Los médicos luchaban por salvar su vida y Franco, al saber de la crítica situación en la que su amigo se encontraba, imploraba porque viviera para ver el sol una vez más, y para que no ocurriera lo que tiempo atrás, había vivido con su hermano.

La noticia había llegado con prontitud a los medios que ya se estaban dando un festín; había periodistas y reporteros por todas partes, guardando distancia para que el equipo de primeros auxilios hiciera su trabajo, pero sin perder una sola nota.

De ese modo, Messier se enteró de lo acontecido. Lo había observado todo frente al televisor de la comisaría luego de haber convencido al oficial que le permitiera ir al aseo. Horrorizado ante la noticia, se culpó por lo que pudo haberle pasado a Nora.

—Le dije que estaba arriesgando su vida, que encontrarse con ellos era la peor idea que podía haber tenido, ¡se lo dije! —dijo para sí, arrepentido y alarmado al mismo tiempo.

La situación lo consternaba, le daba un vuelco al estómago y lo hacía querer vomitar. Sabía que no podía permanecer en la comisaría,

que lo mejor era acudir al sitio y ayudar a Nora, estar para ella y, sobre todo, saber si estaba bien. Del agente y su interrogatorio ya se encargaría después.

Ante la noticia y movido por la culpabilidad de los sucesos desencadenados, ávidamente se apresuró a observar a lo largo de los pasillos, hasta encontrar el momento adecuado para escabullirse y abandonar la comisaría. Salió a toda prisa, con las palpitaciones incrementándose entre cada tramo, imaginándose lo peor, obligando a sus músculos a dar lo máximo y a no detenerse hasta llegar. Corrió afligido hasta el hospital, no le quedaba lejos, debía verla y asegurarse que ella estuviera bien.

Con todo lo ocurrido, Messier no podría perdonarse una muerte más.

Lo cierto era que muchas cosas habían pasado tras su rotunda decisión por guardar luto lejos de casa. Haberse apartado de la sociedad le había privado de saber lo que acontecía y aunque sabía que habían querido asesinarlo, no supo de los crímenes que se habían cometido en su nombre hasta que Nora se lo contó. Sucesos de los que no pudo evitar sentirse culpable.

Prefería pensar que todos ahí afuera lo creían muerto, que pese al dolor que sentía, había muerto haciendo lo que más le apasionaba. Aunque técnicamente nada de eso hubiera ocurrido. Ante esta idea, sabía que su reaparición infundiría miles de preguntas y que los secretos sobre su vida, comenzarían a resurgir. Quería evitarlos, por lo menos durante el luto. Y no pensaba volver a salir, no estaba entre sus planes volver, pero su temor a perderla y a saberse responsable, fue lo que lo incitó a cambiar el plan, a correr como si de ello dependiera su vida.

Pasaron horas hasta que Pierre obtuvo noticias del estado en el que el inspector y el gendarme se encontraban. Había estado esperando en el hospital desde su llegada al sitio y comenzaba a exasperarse. La mujer tampoco había hablado, esperaba por un nombre, por una dirección, pero nada había salido de su boca. Ella se encontraba en una habitación, en una especie de chequeo médico. Pierre esperaba a que el hombre que había ingresado a examinarla saliera de la habitación para hablar con ella, pero un médico más, acudió a él para informarle que Allan había despertado y que podía pasar a verlo.

Prontamente el agente abandonó el lugar pensando que no podía ocurrir más, que se encontraban en un sitio seguro, pero ¿qué lugar en el mundo es verdaderamente seguro? El estado mental de Jean Paul era digno ejemplo de que ni siquiera dentro de nuestra cabeza estábamos a salvo.

—Ha reaparecido, Messier se ha presentado en la comisaría, buscaba a la chica y terminó hablándome de lo que ocurrió aquella

noche —reveló una vez dentro de la habitación en la que Allan se encontraba recostado sobre la camilla, con vendas sobre el torso y con el suero circulando a través de sus venas. Parecía derrotado, cualquiera tendría aquel aspecto luego de haber recibido dos balazos.

—¿El mago? ¿Qué te ha dicho? —cuestionó reincorporándose con dolor.

—Lo que ya decías tú, ha confirmado lo del teatro y lo que vio al llegar a la casa del ministro. De cualquier manera, está en la comisaría, lo he dejado custodiado. Tenemos la pieza que faltaba, podrás interrogarlo mañana, cuando les den el alta.

—¿Ha salido Lucas de cirugía? —indagó con curiosidad.

—Su situación es complicada, ha salido, sí, pero esperan para volver al quirófano. Por ahora los médicos han logrado salvarle la vida —mencionó con gran alivio—. Esta vez la ha librado… Quiero decir, la mayoría de los que estuvieron presentes, corrieron con suerte. Y tú, que arriesgaste la vida para salvar a esa mujer…

—Era la única que podía decirnos en dónde encontrar a Gromund —explicó encontrándolo razonable, sin poder olvidar la situación en la que se encontraba Lucas—. ¿La has interrogado ya?

—No, la ingresaron a un cuarto para examinarla, no dijo nada desde el acontecimiento. Además, ya no es necesario, tenemos a Messier, era él a quién buscábamos, ¿no? Pues ya está, lo tenemos, ahora el enigma puede resolverse y como te lo he dicho antes, lo interrogarás mañana por la mañana.

—No podemos esperar tanto…

—¿Por qué? —curioseó con intriga avanzando un paso más—. Está seguro en la comisaría.

—Lo he resuelto, sé quién es el culpable. Messier puede aclararlo con tan solo una pregunta, pero es necesario hablar con él ahora mismo, a estas alturas asumo que él asesino también lo sabe. Irá tras Gromund y debemos encontrarlo antes de que él lo haga. Ya se lo había revelado a Lucas en el café, Nora también lo sabe, hablábamos sobre cómo hacerlo venir a nosotros… luego ocurrió el tiroteo y no pudimos ir tras él —reveló con presunción sin apartar la mirada del hombre.

Acto seguido, un halo de inconformidades se hizo presente, aunque Pierre no se detuvo a objetar, más bien, pensaba en cuándo lo había desvelado y en las razones que Allan Franco había tenido para decidir no contar nada. Pensaba en la pesquisa y en las complicaciones que había traído consigo, en las muertes, en las discusiones, pensaba si podían haberse impedido.

—¡Agente! —interrumpió con prontitud su subalterno, abriendo la puerta con gran brutalidad que provocó un fuerte estruendo en la habitación, lo suficiente para hacerlo despertar de sus cavilaciones—.

Es Messier, ha escapado —mencionó con agitación—, y la mujer, la que estuvo en el tiroteo, ya no está.

—¡Con un demonio! ¡¿Cómo fue posible?! —vociferó Pierre con desesperación y Allan alarmado comenzó a reincorporarse.

—Debo asumir que no le preguntaste sobre el lugar en el que se habían estado ocultando, ¿cierto? Ni a él ni a ella… —expresó Franco con fastidio.

—¡No quiero escuchar un "te lo dije"! Que bien pudiste habérselo preguntado en el café, ¡listo! —escupió bastante irritado mientras caminaba hacia la puerta de salida—. Además, ¿qué caso tenía si ya los teníamos?

—Ahora que Nora sabía quién era el asesino, quizá pudo haber ido a advertirle. ¡Debemos encontrar a Félix! —mencionó mientras desconectaba los tubos de su organismo y con gran esfuerzo, se reincorporaba para ponerse la ropa. Pierre detuvo el paso—. Eso si el asesino no lo ha encontrado ya…

—¿Piensas ir así? ¡Estás demente! —gritó volviéndose hacia él—. ¡Cometerías suicidio!

—Debemos llegar antes que él.

—De acuerdo, de acuerdo, pero ¿quién es Félix y por qué no había escuchado el nombre hasta ahora? ¿Cómo lo supiste? —habló esperando respuestas que en ese momento no podían ser respondidas.

—Lo sabrás en el camino, ¡vamos, estará en la sala de espera! —pronunció saliendo del baño y apresurando el paso para llegar a tiempo.

—¿Quién estará en la sala de espera?

—¡El mago, querrá ver a Nora!

—Pero ella no está.

—Él no sabe que ha desaparecido. Y será el momento perfecto para que nos revele la dirección de aquella residencia.

Allan sabía que contaban con minutos para capturar al culpable y que, de no hacerlo, el blanco tan aclamado podía morir ahora que había resurgido de las tinieblas.

Actuar con prontitud, eso debían hacer.

Con los segundos transcurriendo y no precisamente a su favor, se apresuraron a abandonar la habitación, sin la mínima intención de ir por Lucas. Él seguía sedado, recuperándose de la muerte, y como lo había declarado el agente con anterioridad, llevarlo en ese estado era suicidio seguro.

Con prontitud y dolor en el plexo solar, Allan avanzó por los pulcros y silenciosos pasillos del hospital. Adelantarse a sus movimientos era fundamental ahora que sabía quién era. Quizá todo lo hubiera planeado desde el principio. Allan sabía que quienquiera que fuera el asesino debía acercarlo a Messier, siendo éste el único

modo de poder detenerlo, algo arriesgado, sin duda.

Nora era la opción, pero antes del tiroteo habían acordado no arriesgar una vida más.

—Momento —Pierre lo detuvo con fuerza interponiéndose en medio del pasillo. Había sabido interpretar muy bien sus palabras, más de lo que hubiera hecho Lucas—. Lo sabías, ¿no es así? ¿Tu idea era que ella se comunicara con el asesino para llevarlo a la residencia? ¡Maldición! ¡La enviaste a una muerte segura! ¡Serás cabrón!

—¡No! Lucas lo propuso en el café, pero me negué a la idea. Ella no lo haría, no se arriesgaría de ese modo.

El inspector lo observó con detenimiento, pensando en lo que había acontecido en el café, estaba seguro de la osadía de la mujer y de sus habilidades por sobrevivir o luchar. Lo suficiente para no recular ante una decisión así, además, lo habían acordado, no se haría de ese modo, ella no lo haría.

Todo lo que Allan había hecho había sido deliberadamente encausado a sus fines, había que hacerle creer al criminal que buscaban la aguja en un pajar, que estaban un paso detrás de él y que no podrían llegar a capturarlo. Lucas debía creer lo mismo, era un hombre fácil de desvelar y si Franco se percataba de eso, el agresor también.

La visita al departamento de Nora había sido fundamental para corroborar que hubiera contactado con el mago y así, advertirle de lo sucedido. Aquel debía ser el momento adecuado para dar con él. Y lo hubiera sido, si Allan y Lucas no hubieran bebido durante la investigación. Así que, de vuelta al departamento, Franco no dudó en preguntar al portero por el hombre que había visitado a Nora.

El paripé de la pesquisa en los centros de atención para personas con discapacidad había sido buena idea, algo debía hacer para comprobar la existencia del gemelo, para descartar a Messier como posible culpable y, sobre todo, para llamar la atención del culpable.

Para hacerle saber que iban tras él y que sabían de sus planes. Aunque la aparición del taxista le había ayudado a desvelar algo que no había imaginado: el hospital psiquiátrico.

Y fue ahí donde una idea más lo consumió con gran intriga. Algo que le hizo atar cabos en el caso de la hija del ministro.

Además, en manos de Nora, Allan podía enfocarse en recabar evidencias contundentes que le permitieran aclarar sus sospechas, sin embargo, supo que la situación se había complicado cuando regresaron al hotel y encontraron el cadáver de Camil.

La situación se agravó cuando asesinaron a Efrén por tener información. ¡Justa razón para agilizar el plan!

Pero el hombre se les adelantó, reapareció queriendo asesinarlos y casi logrando su objetivo.

—A ti tampoco te dio la dirección, ¿cierto? —Lo miró con intriga y cierta gracia, todo en él era difícil de desvelar y no sabía si aquello era bueno o malo.

—No, se suponía debía comunicárnosla esta mañana, pero…

—Tampoco sabías que actuaría por su cuenta y que se pondría en peligro al acudir a la residencia, ¿no?

—¿Qué quieres que te diga, que estoy abatido, que me ha defraudado? ¡En absoluto! Sabía que existía la posibilidad, nos creyó muertos. Es demasiado inteligente, ella debía actuar sabiendo que nosotros no podríamos hacerlo. ¡Tan solo mira cómo ha terminado Lucas! —expresó arrepentido por no desvelar a tiempo sus descubrimientos y por arriesgar la vida de Lucas, aunque sin lograr externarlo frente a él.

Lo cierto era que a pesar de la indiferencia que Franco expresaba hacia el paradero de Nora frente a Pierre, se preocupaba por ella y temía por su vida.

—¡Basta! Te conozco poco, pero sé que te importa y ¿sabes qué? No creo que le hubiera dado la dirección. De así hacerlo, el hombre sabría que se trataba de una trampa —conjeturó—. Si es como dices y es una mujer inteligente, estoy seguro de que no lo contactaría para darle la dirección, ella lo esperaría…

—No —pensó con prontitud ante las palabras que salían de su boca, quizás fuera cierto y en realidad, Nora le importaba, por lo menos lo suficiente para obligarse a creer que había decidido actuar por su cuenta. No podía estar más equivocado—. Tienes razón, ella no lo haría así, es cauta, se piensa todo con frialdad y sabría anticipar lo que has conjeturado. Ella no lo contactaría, no sabiendo sobre el estado en el que nos encontrábamos y de lo que ese maldito imbécil es capaz de hacer. Tampoco lo esperaría, no después de lo acontecido, él tuvo que habérsela llevado —pronunció con un nudo formándosele en la garganta.

—Lo entiendo, puedo comprenderlo. Pero quiero detalles, todo este tiempo has estado un paso adelante y no nos habías dicho nada —gruñó Pierre—, por lo menos, no a mí.

—Quería estar seguro. Después de todo, ¿cuánto ha pasado desde que lo supe? Un día, ¡un maldito día! Por ahora quiero ver a Messier, hacer que hable y cerrar este maldito caso —finalizó deteniendo el paso a mitad de la sala, luego de haberlo visto ingresar con desesperación. Lo que le habían descrito sobre él era cierto, lucía fatal, la muerte de un ser querido no le sentaba bien, para nada, y ¿a quién sí? Pensó reavivando la muerte de su hermano.

—Messier es mago, haber salido de la sala de interrogatorios no debió haberle resultado complicado, pero ¿por qué escapar? Estaba seguro ahí —susurró Pierre.

—Estaba seguro sí, pero quería asegurarse de que ella también lo estuviera —insistió Franco aproximándose a él con suma decisión, olvidando el dolor y recobrando la compostura—. ¡Messier Gromund! —cantó con emoción—. Finalmente, cara a cara.

El hombre giró el rostro dejando a la enfermera hablando sola, y reconociendo al agente que lo había interrogado con anterioridad, no dudó en caminar hacia el sujeto que lo miraba con animadversión.

—El mismo, quiero ver a Nora —expresó intentando no perder la cordura.

—Todos queremos algo y justo ahora, alguien quiere tu sangre sobre sus manos. Así que, dinos, ¿en dónde te escondías durante todo este tiempo? —habló Allan sin rodeos.

Tiempo, eso era lo que necesitaban.

# 15

# JALAR EL GATILLO

Había transcurrido una hora desde que el cuerpo policial había llegado a la casa en la que Nora había llevado a Messier para ocultarlo. Una hora desde que se habían percatado de que la mujer no estaba ahí, de que jamás había contactado con el criminal y que, en su lugar, había sido raptada por Félix, el amigo del mago.

Un testigo afirmaba haber visto a un médico llevársela consigo. Un hombre que portaba una bata blanca había ingresado a la habitación en la que ella se encontraba, segundos después de que el verdadero médico hubiera abandonado el cuarto.

El residente no mentía, llevaba poco tiempo en las instalaciones para identificar a todos los que ahí trabajaban. Además, no quería parecer un idiota en sus primeras semanas al preguntar sobre el motivo por el que se llevaban a la señorita. Ni siquiera le pareció relevante o incluso extraño.

Prontamente, Allan y Pierre tuvieron que interrogar al personal y solicitar observar las cámaras de vigilancia. Lo que les habían dicho era cierto, en ellas se podía observar a un hombre con bata ingresando a la sala, luego de que el oficial a su cuidado se hubiera retirado por un vaso de agua. Acto seguido, sedó a la mujer, aprovechando un pequeño despiste para llevársela consigo, postrada sobre una camilla.

—Sabía que Nora tenía las coordenadas y que podría llevarlo hasta Messier, esta vez revirtiendo el plan. La usa como carnada para guiar a Gromund hacia él.

—Pareces conocerlo bastante bien, y estás tan seguro de que se trata del amigo, pero no me has dicho nada al respecto. ¿Y si no es él? El mago culpa al ministro… —articuló Pierre situado en el patio de la morada. Un sitio rodeado de basta naturaleza. Poco había que ver dentro del lugar, porque no había más que comida, basura y latas de cerveza ante el dolor que Gromund había sentido por tantas desdichas.

—Interroguemos al mago, así lo comprenderás todo y mis ideas dejarán de ser simples conjeturas —mencionó hastiado de la situación en la que Félix los había envuelto y del peligro en el que se habían sumergido ante la insistencia de Allan.

No sabían de cuánto tiempo disponían para poder encontrar a Nora, las manecillas en el reloj parecían avanzar más rápido de lo normal. El tiempo era relativo, lo sabía muy bien, pero odiaba tener que percibirlo de ese modo en un momento como éste. Franco intentaba mantenerse firme y no permitir que sus sentimientos influyeran en la investigación. Lo más viable era pensar en ello como un caso más, como otro caso que debía resolver con la cabeza fría.

Y esta vez, con mayor decisión, tiró la colilla del pitillo estrujándolo con la punta del zapato sobre la tierra, exhaló por última vez y miró a Pierre indicándole que el momento había llegado.

Ambos ingresaron a la casa y tomaron asiento frente al hombre.

Franco lo miró con animadversión reconociendo el efecto que había causado en él, quizás los últimos sucesos que había vivido y las fatídicas muertes ocurridas en su nombre, lo hubieran vuelto más apacible. No guardaba parecido alguno con el mago convincente e infalible que se vendía en los promocionales, para nada similar al hombre capaz de persuadir o incluso capaz de engañar a cualquiera con sus actos.

—Tenía planeado un buen acto —habló sin que el inspector se lo pidiera, tan solo lo consideró necesario—, posiblemente el mejor de todos, algo que, sin duda, no podía hacer solo. Había estado pensando en ello desde hacía mucho tiempo. Quería hacer algo diferente, unir trucos, inspirarme en los mejores y…

—Robarlos —intervino Allan logrando fastidiarlo.

—¡Para nada! No quería robarlos, veía en ellos lo relevante, lo que despertaba el interés en el público para después, usarlo a mi favor. Todo con un toque personal. Eso lo sabía Camil, él estaba al tanto, tenía carta blanca para poder hacerlo. Todo estaba arreglado.

—Pero Camil no estaba de acuerdo, dijo que el truco aún no estaba listo. Puedo intuir lo peligroso que era, pero ¿por qué actuar con prontitud? Él murió por tu culpa, todos ellos perecieron por ti.

Messier esquivó la mirada del inspector.

»Mira, dejemos las trivialidades a un lado —mencionó aclarando la voz, pero sin evitar generar la misma reacción pavorosa en el interrogado—. El agente Pierre ya me puso al tanto de lo que has testificado. Sé de sobra lo que ha ocurrido en el teatro y lamento lo anterior, tan solo quería probarte para saber si contarías lo mismo. Ahora que me ha quedado claro, quiero preguntarte si le habías hablado a alguien sobre el acto que pensabas hacer el viernes. Quiero decir, todos sabían que realizarías el acto, pero no sabían qué recursos emplearías. ¿Alguien sabía que usarías a tu hermano? —indagó con inteligencia.

Messier lo miró con extrañeza sin comprender adónde quería llegar.

—Camil era el único que lo sabía, para el resto, debía ser un secreto. En eso consiste la magia —afirmó con soltura.

—Además de tus padres, ¿quién más sabía de la existencia de Jean Paul Gromund?

—Camil, Nora, Marion... —expresó finalizando con un largo silencio, trataba de recordar quién más sabía sobre su gemelo y le estaba costando trabajo.

—Te lo pregunto porque quiero agilizar las cosas, uno de ellos asesinó a Jean Paul y quiere hacer lo mismo contigo. Al principio tenía mis dudas, pero cuando el agente nos habló de la muerte de la hija del ministro y de tu relación con ella, logré atar cabos. Algo ocurrió entre ustedes que te hizo volver a la villa y llevar a cabo el acto con prontitud. Huiste queriendo salvarte o más bien, salvar a tu hermano. Ahora dime, ¿estás seguro de no habérselo contado a Félix?

—¿De qué me habla? ¿Es en serio? ¿Félix? No… —negó con gracia al creerlo incapaz de hacer una cosa así.

—Lo interrogamos, aseguró haber arriesgado la vida para salvarte. Fue ingresado al hospital por algunas quemaduras, nada grave, pero lo suficiente para hacernos creer en sus buenas intenciones. Dijo que acudías a él luego de cada acto de escapismo, pero que ese martes no volviste. Creó todo un paripé para afirmar que ustedes seguían siendo amigos… —explicó.

—Hacía tiempo que él y yo no hablábamos, nos habíamos distanciado, ya no lo veía entre cada acto. Tuvimos problemas, a él le gustaba mi novia…

—Sí, de eso nos habló Nora.

—Pero quizá sí inspector, pude haberle dado detalles de lo que pensaba hacer. En ese momento no era algo seguro, tan solo eran ideas que no creí llegar a concretar. De haberlo sabido antes, ¡maldición! ¿Cómo pude haber sido tan imbécil! —se lamentó con desesperación—. Y sí, él era el único en esa villa que sabía sobre Jean.

—Y de la nota ya ni hablamos, ¿cierto? —soltó el inspector reconociendo la certeza en su análisis.

—¿Qué nota? —quiso saber.

—En el hospital, Félix nos dijo que le habías dejado una nota en la que asegurabas que estarías aquí, para hacernos creer que habías muerto. Quería desaparecer de la lista de sospechosos al llevarnos por otro lado. Nos trajo aquí para asegurarse de que tu nombre figurara en el asesinato de Marion.

»Con la nota excusaba tu ausencia y tu presencia en esta villa que, tarde o temprano, nos llevaría a tu relación con la hija del ministro. Ergo a tu culpabilidad en el asesinato. Pensó en todo, si te presentabas, el teatro ardería en fuego. Y con la nota aseguraba los planes de alguien más para asesinarte. De una u otra forma, saldrías

perdiendo.

»Pero escapaste, hubo irregularidades en su plan y al ver que no abandonábamos el caso, comenzó a buscarte. Asesinó sin piedad a tus allegados y fue por nosotros —reveló extendiéndole la hoja en la que el hombre había escrito el mensaje.

El mago lo examinaba con extrañeza. Félix era un hombre que había perdido los cabales.

—Sí. Él solía enviar mensajes de este tipo, los creía interesantes… Así que el cabrón quiso inculparme, asesinarme y fue el maldito responsable de la muerte de Marion y de mi hermano.

—Eso parece —rechistó Pierre con fastidio—. El desamor fue su arma.

Lo peor de su trabajo era darse cuenta de lo inhumanos que podían llegar a ser los criminales.

—Me quiere a mí, pero ¿por qué llevársela? —Gromund intentaba comprender lo que a Félix le había llevado a cometer tantas atrocidades.

—La usa como carnada —Franco se levantó de la silla y comenzó a caminar a lo largo de la sala, pensaba en algo, en un lugar, en un momento—. ¿Sabes de algún lugar en el que pudiera esconderse?

—En el departamento de Nora.

—No, ya hemos enviado a unos oficiales a corroborar, también han asistido a tu casa y no se ha encontrado nada. ¿Nora tenía otra propiedad?

—No que yo sepa —articuló con pocas esperanzas.

—¿Tú, tienes alguna otra residencia?

—No…

—¡Bingo! —mencionó deteniendo el paso, aproximándose hacia él. Provocando un sobresalto en Messier al notar los puños del inspector muy cerca—. Tu hermano, Jean Paul. ¿Tenía una residencia? —pronunció hablando con rapidez y con cierto halo de entusiasmo.

—¡Calle Léandre! Una casa blanca de dos pisos, atiborrada de plantas y arbustos, al lado de una residencia con fachada rosa. La ocupaba pocas veces, siempre decía que era mejor que estar en el hospital…

—En marcha —expresó Pierre emprendiendo camino hacia su auto y avisando a los refuerzos para acudir a la vivienda.

Los hechos se habían esclarecido, la mayoría de las interrogantes habían sido respondidas; ahora se sabía el nombre y el paradero del agresor.

Con Pierre al volante y con Allan de copiloto, emprendieron camino hacia el lugar indicado por el mago.

Ambos sabían que la prudencia debía estar presente, que de hacer algo mal, el evento podía terminar con una muerte más.

Allan pensaba en lo que el amor podía llegar a hacer, a algunos les afectaba más que a otros y sin duda, Félix era uno de los que se lo tomaban con tremenda brutalidad y violencia. Con los sentimientos desbordados.

Se preguntaba qué era lo que le había ocurrido para haber terminado de ese modo. Con su amada bajo un charco de sangre, con un atizador clavado en el corazón. Una mente desquiciada.

Su cuerpo seguía adolorido, las heridas seguían frescas y evitaba cualquier tipo de movimiento brusco. Intentaba llevarlo bien, después de todo, no había muerto.

El cielo comenzaba a oscurecerse, las nubes grises indicaban que en cuestión de minutos caería una fuerte lluvia, y en cierto modo, el inspector lo agradecía. El día anterior habían vivido un calor infernal, que un poco de lluvia no les vendría nada mal.

—Es ahí, dobla a la izquierda —mencionó siguiendo el recorrido en el GPS. A Messier no le permitieron ir con ellos, sabían que no era prudente y que, de llevarlo, ambos corrían peligro, él y la mujer.

—Entendido —mencionó Pierre echándole una mirada rápida—. Escucha, creo que debería ir solo, no estás en condiciones para encararlo. Esta mañana la has librado y no quiero ser yo el que le dé las malas noticias a tu compañero…

—Estoy bien, puedo hacerlo, además, solo ingresaremos a la casa, dirás el típico: ¡Policía, manos arriba! Le leerás la cartilla y en cuestión de nada estaremos de camino a la comisaría. No hay de qué preocuparse, se ha acabado.

—Sí, espero que por tu bien sea así de fácil.

Segundos después, Pierre aparcó el auto. La descripción del lugar había sido acertada, Messier había dado buenos detalles. Los coches patrullas se colocaron frente a la residencia y el agente y el inspector bajaron del auto con claras intenciones de ingresar a la casa. Sin embargo, una situación imprevista los detuvo.

El ajetreo provocado por las patrullas había alertado al asesino incitándolo a pensar con rapidez. No tenía escapatoria, la puerta principal podía ser su única salida, eso pensaban ellos que poco conocían el edificio. Pero lidiaban con un criminal que en su afán por sobrevivir podía ser capaz de hacer cualquier cosa.

Inmovilizados ante la situación intentaban pensar con frialdad.

—¡No se acerquen! —gritó con rabia—. ¡O la mataré, juro que así lo haré! —advirtió con firmeza. El hombre estaba loco, se había convertido en un verdadero desquiciado. En sus manos tenía sangre de inocentes, personas que no merecían morir por un error que él mismo había cometido.

—¡Déjala ir! ¡No hagas algo de lo que puedas arrepentirte! —vociferó Pierre elevando el rostro hacia el maniático—. ¡Entrégate, no

lo hagas más difícil! ¡No tienes escapatoria!

—¡Cállate! ¡Cállate o juro por Dios que jalaré el gatillo! —gritó con desesperación.

Félix se encontraba en el balcón, un paso detrás de la balaustrada negra. Sostenía a Nora con su brazo izquierdo mientras con la otra mano, sostenía la pistola sobre su sien. Ella intentaba mantenerse tranquila, pero entre cada grito y la amenaza de jalar el gatillo, la verdad es que comenzaba a pensar si podría salir libre del rapto.

Sus ojos comenzaron a cristalizarse y a transmitir a quienquiera que la viera en esa situación, el horroroso pavor que sentía.

Le fue imposible poder contener el llanto.

—¡Esto no tiene que acabar así! ¡Déjala ir, sabemos que no querías asesinar a Marion! —gritó el inspector intentando convencerlo o por lo menos, despistarlo mientras un francotirador policial ingresaba a una de las casas frente al recinto para abatirlo.

—No fue mi intención —mencionó arrepentido—. Juro por mi alma que la quería, ¡pero la muy idiota se interpuso frente a él para salvarlo! —escupió sin dejar de moverse—. Tan solo quería hablar con ella, quería aclarar las cosas, quería decirle lo que sentía. Ingresé a la casa, la llamé una y otra vez hasta que escuché a alguien más en la habitación, no lo pensé, conocía el timbre de voz. Tomé lo primero que vi y me llevé el atizador conmigo, quería asesinarlo. Él era el obstáculo entre nosotros…

Pierre se comunicaba con el francotirador que ya debía haber estado en posición, listo para disparar, todo eso mientras el hombre, con gran arrepentimiento y algo de vesania, contaba lo que realmente había sucedido.

—¡Dispara ya! —susurró al radio junto a su hombro derecho.

—Me es imposible, el objetivo está detrás de la víctima, si disparo, puedo matarlos a ambos —habló el hombre.

—¡Maldición! —expresó con frustración—. Debemos entrar, inspector… —propuso irguiendo la mirada aún sin saber si era la mejor opción.

Todos los presentes mantenían la vista en lo que acontecía en el balcón, como en bastantes ocasiones solía ocurrir, siempre atentos a un punto, a un solo escenario. Lo que los magos hacían para distraer al público, aprovechando todos los escenarios posibles. Aquellos fuera de nuestra vista, mientras nos incitaban a mantener el ojo en uno solo. En lo que ellos quieren que veamos para poder consumar un acto maravilloso, increíble, difícil de explicar.

—Subí las escaleras, mis sospechas fueron certeras, él estaba ahí, ambos riendo como si yo no importara. Y posicionado frente a él, no pude evitar arder en cólera, tomé el atizador con gran fuerza y no lo dudé, la ira se apoderó de mí. Ella lo percibió, se interpuso en el

camino y no pude hacer nada. Estaba hecho… cayó al instante… —declaró con dolor.

—¡Maldito imbécil! —De pronto, otro personaje se interpuso en la escena, era Messier. El hombre había omitido las indicaciones que se le habían dado y había aprovechado el despiste de todos para ingresar y encarar al asesino de su gemelo—. ¡Suéltala! Ya has causado tanto daño —habló con odio. Félix le repugnaba.

—¡Maldición! —gruñó Franco ante la imprudencia sabiendo que debían actuar con rapidez.

—Toma esto —mencionó Pierre entregándole un arma antes de emprender el paso—. La necesitarás.

Acto seguido, el agente y el inspector se adentraron a la casa, subiendo por las escaleras que los llevaría hasta el cuarto en el que estaba Félix.

—No era mi intención —sollozó sin soltar a la mujer—. Lo juro, no lo era —habló con dolor frente al hombre.

—¡Y sin embargo lo hiciste! Mataste a muchos otros después de ella… Y lo incendiaste… ¡Cabrón!

—Debía hacerlo, eran ellos o yo. Eras tú o yo… Después de todo, no sabía quién me había visto esa madrugada, si Jean o tú; era el escenario perfecto para terminar con ambos. ¡Tu maldito Truco Final! —escupió con rabia.

—¡Suelta el arma! —gritó Pierre apareciendo en la habitación, con la pistola a la altura de los hombros apuntando en su dirección.

Félix carcajeó al mirarlos frente a él, sabía que no había escapatoria, pero podía intentarlo. Y cuidando su espalda, se alejó del balcón obligando a Messier y a los presentes a retroceder.

—¡Atrás! ¡Atrás o le disparo! —Caminó con decisión a lo largo de la habitación, con una idea en mente, la última que intentaría.

Messier atendió a la indicación; no podía hacer más, estaba armado y reconocía en su mirada la seguridad entre sus palabras. Lo conocía, hablaba en serio. Pero si alguien, en el pasado, le hubiera dicho que su amigo sería el responsable de la muerte de su hermano, de la mujer que amaba y de muchos más, no se lo creería. Era increíble el modo en el que la gente solía reaccionar bajo presión, ante una situación de supervivencia.

Gromund ya no lo reconocía.

—¡Baja la pistola! —repitió el agente alzando la voz sin poder dispararle, el hombre se escudaba en la mujer y Félix sabía muy bien que con ella no intentarían nada.

—¡Háganse a un lado! —gritó nuevamente—. ¡Apártense y esto terminará aquí! —dijo dirigiéndose con cautela a la puerta de la habitación.

Los había puesto en una situación difícil, lo más oportuno era

dejarlo ir, esperar que por su bien soltara a la mujer, luego, ir tras él.

Pero Félix debía ganar ventaja, así que una vez situado en el borde de la puerta y con los oficiales imposibilitados a actuar, cambió la dirección del arma, disparando con rapidez hacia Messier mientras empujaba a la mujer con fuerza hacia ellos.

Todo había ocurrido muy rápido, como se ve en las películas de acción, como ocurre en la vida, como la vida pasa ante nuestros ojos.

Al instante, el mago soltó un gritó ahogado cayendo sobre el piso, Félix le había disparado provocando un caudal de sangre.

Afuera, los oficiales se apresuraron a ingresar tras escuchar el disparo, sin embargo, el hombre había sido más rápido. A su llegada había localizado una salida trasera que conectaba al segundo piso. Apresurado, corrió en esa dirección y desapareció ante la vista de todos.

—¡Joder! —maldijo el inspector apresurándose hacia él y con un fuerte dolor en el costado, corrió siguiendo el mismo recorrido.

—Presiona su herida hasta que lleguen los paramédicos —indicó Pierre a Nora con rapidez, y yendo tras Allan, avisaba a los refuerzos a través del radio—. ¡Ha escapado! ¡Llamen a una ambulancia, hay un hombre herido! ¡El asesino ha salido por el patio trasero!

Sin perder un segundo más, ambos se encontraban bajando las escaleras de caracol que llevaban al jardín de la residencia. Disparando a mano alzada al hombre que se alejaba con rapidez, atravesando el jardín, para luego, saltar con gran agilidad la valla de madera.

—¡Joder! —soltó el inspector y dispuesto a no dejarlo ir, trepó la barda como lo había hecho Félix. Saltó con fuerte pesar cayendo con violencia sobre la acera. Se había golpeado el abdomen y ante el esfuerzo que había realizado al subir, su herida aún fresca y cubierta con vendas, pronto comenzó a sangrar—. ¡Maldición! —gritó con dolor.

Pierre apareció enseguida ayudándolo a reincorporarse. Félix, aventajado, a nada de doblar la esquina, giró la vista y al observarlos sin posibilidades decidió tomar la oportunidad. Asió su pistola y jaló el gatillo haciendo que el agente se desplomara en el acto. Le había dado en la pierna.

—¡Ve, ve! —le gritó a Allan quien, con mucho esfuerzo, se apresuró a correr a pesar de la condición en la que se encontraba.

—¡Oh, no! ¡No escaparás, está vez, no! —gritó viéndolo subir a una motocicleta aparcada a escasos metros de él.

Sin pensarlo, elevó la pistola y con la vista en el blanco, jaló el gatillo. La bala salió disparada, Félix había logrado arrancar y apenas poniéndose en marcha, azotó contra el suelo soltando el arma, con la motocicleta aplastándole el pie. Allan había apuntado al hombro

haciéndole perder el control del transporte. El sujeto se tiró con dolor y Allan se apresuró a ir tras él con una mano sobre el abdomen.

Lo puso de espaldas, con el pecho pegado al suelo. Pateó la pistola que estaba junto a él para impedirle que hiciera una tontería más y colocó la pierna sobre la herida del hombro, aplastándolo con fuerza contra el piso.

Félix soltó un grito desgarrador. Estaba adolorido e imposibilitado a moverse. Con la pistola sobre su cabeza, Allan esperaba la llegada de los refuerzos.

—¡Queda usted arrestado por daño a la ciudadanía, por disparar a un agente y por las muertes de Marion, Jean Paul Gromund, Efrén y Camil! —Se escuchó al agente Pierre aproximándose a él, con la pierna ensangrentada y jadeando al caminar.

Le colocó las esposas, Allan se levantó del suelo y lo dejó en manos del agente.

—¡Las cosas habrían terminado con la muerte de Jean! Estaba dispuesto a perdonarle la vida a Messier, pero tus investigaciones me llevaron a asesinarlos —se excusó con odio hacia el inspector.

—Cada uno es culpable de sus propias acciones —escupió Allan evadiendo el juego del criminal.

Las patrullas no tardaron en llegar, con sus luces centelleantes y el sonido estremecedor que hacía pensar que algo malo había ocurrido.

Una vez posicionadas, metieron al sujeto en uno de los coches patrullas, y ambos, el agente y el detective, lo vieron partir.

Se había acabado.

La lluvia cayó sobre el asfalto y empapados, fueron transportados en una ambulancia. Tenían heridas que debían ser atendidas con prontitud.

—Ya está, inspector. Justo como lo dijo, demasiado fácil —dijo Pierre esbozando una sonrisa llena de dolor.

—No pudo haber sido más fácil —comentó en el mismo tono de broma—. Espera a que Lucas sepa de lo que se ha perdido.

# 16

# MAGIA

Aquella sensación incontenible de tenerlo resuelto, de lograr algo, de concluir un caso más. De saberse vencedor. Una sensación inexplicable, difícil de poder transmitir a otros más que con gran euforia.

Algo que Félix no pudo conseguir, algo que Jean Paul Gromund no pudo conocer, algo que Lucas no llegó a presenciar. Aquella sensación que produce el éxito alcanzado, algo que solo nosotros comprendemos, porque el éxito es concebido de diferente manera para cada uno de los individuos en este planeta. Diferente para cada uno dependiendo de la experiencia propia.

Éxito, una palabra surrealista, efímera, real.

Pero, sea cual sea el éxito, siempre nos hará sentir bien, una sensación de satisfacción imposible de poder borrar de nuestras mentes, de nuestros recuerdos. No nos faltarán las ganas de querer mantenerlo para siempre, sin embargo, aferrarnos a ellos no es lo ideal. Un paso adelante, siempre uno adelante. Allan estaba consciente de ello.

Había salido vivo, Lucas igual, Pierre, Messier y Nora, todos ellos la habían librado pese a haber creído que sería el último de sus días. El último truco.

Así es la vida, te sorprende cuando menos lo esperas, te desploma, te hace sentar cabeza, y al final, comprendes que era necesario para poder ser abordado por una sensación incontenible de alegría.

Sea como fuere, las cosas habían resultado bien en la pesquisa en la que se habían aventurado. Pensaba el inspector.

Luego de haber sido atendidos en el hospital y bajo los cuidados indicados, cada uno de ellos fue dado de alta.

Todas las novedades fueron comunicadas a Lucas, quien arrepentido o no, estaba más que feliz por saber que no había perdido la vida.

El juez dictaría sentencia para Félix, a quien se creía que le darían diez años de condena en prisión por cada una de las muertes. Le esperaban largos años tras las rejas.

—Ha sido un placer, esperamos verlos por aquí una vez más —expresó el agente su satisfacción—. *Au revoir* —despidió al inspector llevándose una buena impresión de él.

—*Adieu*, hasta el siguiente encuentro —mencionó Allan dándose un apretón de manos acompañado de un fuerte abrazo, para después, abordar el tren.

Lucas hizo lo mismo sabiendo que siempre podía acudir a la villa para visitar a un viejo amigo.

Frente a ellos, se veía por la ventana el campo extenso con un verde maravilloso, flores y algunos árboles. Podía decirse que el paisaje muy poco había cambiado desde su llegada, las cosas parecían mantener su curso, por lo menos para el gendarme, porque para el inspector, había resultado diferente.

Allan nunca volvía a ser el mismo luego de concluir un caso. Siempre quedaban marcas, aspectos que le hacían percibirse diferente, ya fuera por el impacto, las impresiones, los balazos, las sorpresas o las cicatrices, siempre algo le hacía pensar con mayor detenimiento.

Amante de la experiencia, de las situaciones adversas, siempre atento a todo.

Su cambio siempre influía en lo profesional, le costaba, pero no solía permitir que le afectara en el ámbito personal. Y en esta ocasión, lo había permitido. No le fastidiaba sentirse abrumado por el caso, incluso por estar a punto de perder la vida, por arriesgarla…

—¿Estás bien? —preguntó Lucas al percibir la distancia, su letargo y la mirada perdida en el paisaje.

—Sí —respondió tratando de convencerse—. Estoy bien, debe ser por el caso, arriesgamos mucho y te llevé a eso —mintió o tal vez no. De cualquier manera, encajaba en lo que Lucas quería escuchar.

—No te atormentes, fui yo quien te involucró en esto… —comenzó a hablar con Franco ya alejado de la realidad.

No podía olvidarlo, había algo que tenía que hacer, estaba decidido. No era el mismo y la culpable era Nora, la mujer que, sin planearlo, había deslumbrado al inspector.

Temía por la relación que mantenía con Camille, no quería engañarla y los sentimientos por ella seguían siendo los mismos, pero sabía que Nora despertaba una fuerte inquietud en él, aunque no sabía muy bien por qué.

Quizás fuera porque ante su presencia se sentía eufórico, dispuesto a arriesgarlo todo, como vivir en una aventura. Algo a lo que él estaba acostumbrado, algo que ella debía comprender.

Lo tenía resuelto, la llamaría esa misma noche para proponerle verse en uno de los bares de la villa o de ser posible, volvería a viajar para verla.

En el sitio se respiraba un ambiente más tranquilo, nadie sabía lo

que había ocurrido a kilómetros de ellos, y así estaba mejor, porque no habían logrado convencer a Messier de volver y decir la verdad. Para él, lo correcto era abandonar la magia y evitar el odio de sus fanáticos.

Quizás no estuviera tan equivocado.

Sin embargo, sus decisiones no les impedían hablar con sus padres, de modo que una vez hubieron apeado del transporte, se dirigieron a la casa de la familia Gromund solicitando hablar con el señor y la señora Gromund. Les dieron el pésame y las novedades ocurridas después de la última llamada.

La madre, consternada ante la noticia de la persecución hacia su hijo, cayó en llanto. Y el padre, decepcionado al saber que Messier no tenía intenciones de volver, la acompañó en un silencio estremecedor. No se podía esperar más de ellos, no habían sido los mejores padres.

De vuelta al hotel parecía envolverlos una fuerte sensación hogareña. Transitando por las calles pavimentadas en baldosas, aproximándose a los adoquines de los callejones, lugares que tanto embelesaban al inspector.

Luego de haber tomado un cigarro que Lucas le había ofrecido, Allan buscaba con inquietud su encendedor metálico en sus bolsillos.

—Ten, toma el mío —dijo el gendarme al notar que lo había perdido—. Quizá lo perdiste en alguna de las persecuciones.

—Como sea —añadió aceptándolo y haciendo un cuenco con su mano prendió fuego al tabaco—. Gracias —pronunció soltando una bocanada de humo sobre él. Quizás algo abrumado por haber perdido el encendedor de su hermano.

—Descuida —Lucas guardó el objeto en el bolsillo de su chaqueta y luego habló—: ¿qué harás ahora? ¿Volverás?

Franco lo miró pensando en la pregunta, inhaló y exhaló.

—No, me quedaré unos días más. Como en los viejos tiempos, después de todo, aún no se cumple mi plazo —mencionó recordando las vacaciones de Camille con su madre—. Quizás ahora sí puedas mostrarme la villa, hacía tiempo que no la visitaba.

—Tenlo por seguro —dijo frente a las puertas de su hotel—. Te veo mañana por la mañana.

El atardecer estaba llegando a su cúspide, en ese momento no quería hacer nada más que descansar.

—Tira, nos vemos luego. —Y sin estrecharle la mano más que esbozando una sonrisa, subió las escaleras y se perdió por el acceso al vestíbulo.

Caminó hasta el elevador, accionó el botón y las puertas se cerraron frente a él. En cuestión de minutos se encontraba transitando sobre el pasillo que lo llevaría a su habitación, abrió la puerta y las luces se encendieron.

Se sentía bien estar de vuelta, pensó y ante aquella idea, pronto se quitó la ropa y abrió el grifo de la regadera. El agua caía sobre su cuerpo, las heridas sobre su abdomen eran señal de que había sido real.

Instantes después y algo adolorido, tomó la toalla de baño sujetándola por debajo de la cadera.

Se encontraba sobre la cama cuando el teléfono de su habitación sonó y algo extrañado, descolgó mientras se secaba el cabello.

—¿Sí?

—Lamento molestarlo, señor Franco, le llamo de la recepción. Una mujer pregunta por usted, afirma que lo conoce.

—¿Cómo se llama? —cuestionó con intriga.

—Nora, Nora Balerdi.

—Déjala pasar —sonrió al aparato. Acto seguido cortó la llamada, se colocó una playera y los pantalones.

Franco pensaba llegar a ser el primero en contactarla, pero ella se había adelantado. Debió haberlo anticipado.

Instantes después, Nora llamaba a la puerta que le había indicado el recepcionista.

Posicionada frente a él, con una sonrisa llena de misterio y tremendo entusiasmo, lo miró esperando respuesta de su parte. Una punzada en el estómago lo sorprendió, una sensación de las buenas. De aquellas que tenía luego de haber concluido un caso con éxito.

—Pasa, pasa. Creí que… —la invitó a ingresar a la habitación con una sonrisa incontenible.

—¿Que no nos volveríamos a ver?

—Sí —contestó guardando la emoción—. ¿A qué debo tu visita?

—Lo olvidaste, es tuyo ¿no? —Le mostró el encendedor de metal que creía haber perdido—. Lo dejaste caer cuando desenfundaste la pistola al ir tras Félix.

—Vaya, gracias… Me alegra saber que lo has encontrado, fue un obsequio de mi hermano, justo antes de morir…

—Lo siento —dijo mostrando empatía palpándole el hombro.

—De eso ya ha pasado un mes… No hay problema —añadió queriéndole quitar peso al asunto.

—Bueno, eso era todo…

—Espera, ¿ya te vas? —mencionó con claras intenciones de no dejarla marchar. La tomó del brazo y la miró directo a los ojos. Perdiéndose en ellos y estremeciéndose ante el contacto.

—Sí.

—Vamos, no seas así, has venido hasta acá para darme esto y ¿dices que te vas? Anda, demos un paseo —expresó su ánimo y tomando su chaqueta la incitó a salir del hotel para deambular por los callejones.

Hablar sobre ellos no fue complicado, parecían ser viejos conocidos, su capacidad para entablar relación con el exterior era lo que les permitía conectar con intensidad.

El aire fresco pegaba contra sus rostros, el ambiente los acercaba cada vez más y mantener distancia, era imposible.

A su lado, los transeúntes marchaban sin reparar en la pareja, las luces centelleantes se extendían frente a ellos y los murmullos, las risas y las camaraderías podían percibirse dentro de los locales.

—No pudiste haberlo encontrado en ese momento, quiero decir, imposible que el encendedor se me hubiera caído al desenfundar la pistola —expresó sus dudas, percatándose del momento en el que lo había hecho.

—¿Ah no? ¿Cuándo, entonces? —Lo retó a desvelar el robo.

—Fue un pretexto… —la mujer asintió—. Aquella tarde en la estación de tren, nos despedimos dándonos un abrazo, tardaste más de lo usual. No, espera, no fue ahí… ¡Fue con Messier! Sentados en la mesa, tú a mi lado, él frente a mí y Lucas a un costado. No… ¿en serio? —dijo con júbilo llegando a algo imposible de suceder—. ¡Es inadmisible!

—Lo es, Messier me ayudó.

—Con el truco…

—Magia.

—Despiste.

—Tú mismo lo viste, ¿de qué otro modo si no? La prueba está ahí, en tu encendedor, lo tuve en mis manos cuando el acto se consumó. Ni siquiera sabría decirte cómo ocurrió, y no me alejé en ningún momento, nadie movió ni un músculo...

—¿Sabes qué creo? —mencionó tomando asiento frente a la barra. Habían ingresado a un bar luego de haber dado una larga caminata—. Que usamos la palabra “magia” para dar respuesta a todo aquello que no podemos explicar, porque es el modo más sensato que encontramos para ahorrarnos las explicaciones…

—¡Anda ya! Cada uno con sus creencias —expresó su opinión.

El *bar tender* se había acercado a ellos para ofrecerles bebidas. El murmullo y la música inundaban el lugar. Las luces iluminaban el rostro de Nora como nunca antes en la vida. O por lo menos, como nunca antes Allan lo había percibido. La vislumbraba con cariño, embelesado. Su aroma cálido fue un deleite para sus sentidos. Y la magia, en ese instante, se apoderó del inspector.

A escasos centímetros el uno del otro, al terminar de reír por algo que ya ni recordaba, se detuvo por un momento a contemplar la magia que albergaba en su rostro. Las facciones que cambiaban con una sonrisa siempre nos hacían deslumbrar, y de eso él se había dado cuenta. Allan creía que no podía llegar a existir nada mejor en ese

momento.

Dispuesto a tomar el riesgo, se aproximó con cuidado, dibujando con la mirada un sendero que iba de sus ojos hasta sus labios y elevando las manos hasta sus mejillas, se dejó llevar por la embriaguez de su encanto. Hasta lograr besarla con pausa, con cuidado y violencia, sin temor y con encanto.

Quizás, aquella sensación fuera el modo correcto para definir la palabra “magia”, porque aquello no tenía explicación.

El amor simplemente es enigmático y ocurre cuando menos lo esperas, como las mejores cosas que pasan en la vida.

Porque la pregunta no es ¿cómo?, sino ¿cuándo?

# EPÍLOGO

Sus cavilaciones se hacían profundas a medida que la noche caía sobre él. Frente a la barra, un hombre observaba la televisión, en ella se narraba el éxito obtenido con la captura del responsable de la muerte de la hija del ministro de relaciones exteriores.

La popularidad del inspector que había resuelto el caso lo había deslumbrado. Sumaba un éxito más a su carrera. Decenas de ellos, resueltos; ninguno inconcluso o por lo menos, el hombre que miraba el televisor, sí lograba recordar uno.

Había pasado tiempo desde la última vez. Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces, aquel evento fue la primera y única investigación que Allan no pudo resolver.

El hombre conocía a Allan Franco, le seguía la pista y le reconfortaba saber que esta vez, podía hacerlo mejor. Que el inspector había mejorado y que ahora podía darle más juego.

Sería el primero en acabar con su racha, en hacerlo estremecer y con suerte, perturbarlo.

La idea le maravilló, había estado planeando un buen crimen. Siempre lo hacía. Jamás había sido descubierto, se mantenía en anonimato. Su nombre artístico había pasado a la historia y con eso aseguraba que sus crímenes fueran reconocidos al instante. Después de todo, ganar una partida de ajedrez no era tan fácil, mucho menos si alguien tenía que morir entre los movimientos.

Acto seguido, terminó su bebida, colocó el vaso de cristal sobre la barra, y de su chaqueta sacó un sobre que había estado guardando desde su llegada. Lo contempló por un instante, sonrió y luego lo depositó al lado del hombre de detrás de la barra.

El cantinero recogió el vaso y la paga, después se marchó y con la encomienda que el extraño le había dado, se dirigió hasta donde Allan se encontraba en compañía de Nora.

—Es para usted —pronunció frente a él extendiéndole un sobre negro.

Allan se estremeció ante el color y la situación, cauteloso ante lo que podía esconder ese objeto de papel, por la marca que podía

encontrar y, sobre todo, por el mensaje que podía traerle.

Desconcertado, con mano temblorosa y sin decir palabra alguna, tomó el sobre. Imaginaba lo que podía ser. Con cuidado, se apresuró a darle la vuelta.

Tenía un sello característico. Una estampilla dorada con la imagen del trebejo de más bajo nivel que, si se jugaba bien, podía ser letal: un peón, eso era lo que sellaba la carta. Y justo como lo había pensado, se dio cuenta de que él había vuelto.

¡El asesino de los trebejos había vuelto!

—¿Quién te lo ha dado? —preguntó furioso atisbando por todos lados.

—Usted sabe que no puedo decírselo, si lo hago asesinará a mi familia… —habló con precaución, cuidando sus palabras y sus acciones para evitar decir algo más—. “Este es el segundo movimiento, actúa con astucia, cinco crímenes fueron consumados antes, pero esta vez, comenzaremos desde cero” —dijo el cantinero recordando las palabras que el criminal le había pedido expresar frente al inspector.

—¿Sigue aquí? —insistió mirando a su alrededor. Nora estaba asustada, no comprendía lo que ocurría, pero, aun así, estaba segura de que al inspector lo había tomado por sorpresa. Era algo que le inquietaba y que lo hacía estremecer.

El cantinero se alejó de ahí sin decir nada más. Seguía indicaciones y pese a querer decirle quién era el hombre que le había dado el sobre, sabía que salvaguardar a su familia era lo primordial.

El extraño observaba sus acciones en la lejanía. Lo había perturbado. Todo había sucedido como lo había planeado. El juego había comenzado y una ferviente e incontenible sensación de alegría y emoción, lo había abordado.

Seguro de lo que había que hacer, Allan Franco volvió a lo que sostenía entre las manos, rompió la estampilla con odio y sacó lo que había dentro, la hoja era del mismo color que el sobre. Él había escogido sus piezas, el asesino jugaba con las negras y la Policía con las blancas.

—Lucas… —habló a través del aparato luego de haber sido abrumado por un horrible pavor—. Félix no colocó el relicario en la boca de…

—Allan… —lo interrumpió en sollozos, con la respiración agitada y a punto de desmayarse—. Céline… ella está muerta —finalizó provocando un frío helado en la espina dorsal del inspector.

Franco dejó caer el teléfono. Algo dentro de él se había roto.

El juego había comenzado.

*5:01 p.m.*

*9 de junio de 2019*

*Atlacomulco, México*

# AGRADECIMIENTOS:

Quiero agradecer a Hilda, por ayudarme a ordenar mis alocadas ideas. A Poe y a su maravillosa creación: C. Auguste Dupin. A todos aquellos que inspiraron esta historia, personajes ficticios y reales, series televisivas y grupos musicales, a la maravillosa música en 8D. A las experiencias vividas, a los gritos en los conciertos, a los días de viaje y a las noches en vela. A Caden, personaje de mis primeras novelas porque sin él, Allan Franco no habría existido. A quienes me siguieron y confiaron en mí desde el inicio: Mtra. Juanita, María Concepción, Joat, Edgar, Víctor, Miriam, Mtra. Vero. A Pablo Poveda, Pedro Tarancón y Ana Vacarasu, por el apoyo que me han brindado. A mi hermano, Rodrigo, compañero de ideas y fiel seguidor de los sueños arruinados: “Todo tan bonito, pero solo es imaginación”, como suele decir. A ti, estimado lector, que le das sentido a cada una de las palabras de esta obra. Y a mis personajes, con los que paso tantos ratos maravillosos, increíbles, emocionantes.

*Con cariño, Gi Maelys*.

# ACERCA DE LA AUTORA

Patsy García (México, 1994) es escritora y profesora. Tras el seudónimo de Gi Maelys, es autora de thrillers de suspense, novelas policíacas y romance que, ante todo, narran la singularidad en las personas, en el mundo y en todo aquello que falsamente se ha idealizado como “normal”.

Agradecida de descubrir lo que en realidad le apasiona, algo que ama y quiere compartir, porque a las palabras no se las lleva el viento, son un legado que quiere conservar.

Comenzó en Facebook y Wattpad con novelas romance y juvenil.

* * *

El Truco Final es una obra que comenzó por el placer y la ilusión de la autora, por contar las hazañas del inspector Allan Franco. Un personaje que debuta en Hotel Ephemeral durante una investigación transcurrida en una noche.

**Si te ha gustado hazlo saber a través de estas redes:**
Contacto: gimaelyswriter@gmail.com
Página web: www.gimaelys.com
Twitter: @kanade_drew
IG: gmwords

**Otras obras:**
Serie Misterio – Suspenso (Caden)
Buenas Noches Querida
Grulla
Hotel Ephemeral

Serie policíaca (Allan Franco)
El Truco Final

Romance
Fake

Gracias por darme la oportunidad de llegar a ti…